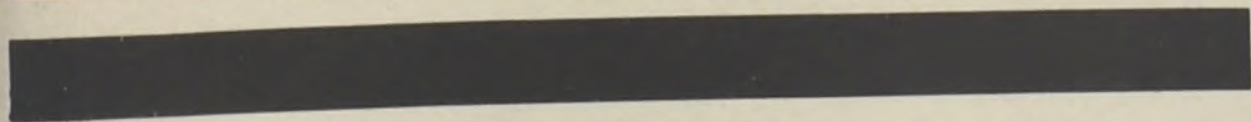


aportes

Mayo 1979

Año 3, Nro. 9





aportes

APORTES se imprime en los talleres gráficos de ABF, Lund. Su edición responde a la necesidad de información que tienen los uruguayos en el exilio sobre el desarrollo político y social en nuestro país y América Latina.

Sus materiales pueden reproducirse mencionándose la procedencia. Los artículos redactados por el grupo editor de la revista serán firmados expresamente.

Ansvarig utgivare (Editor responsable): G. Lezama

Utgivningsbevis för periodisk skrift (certificado de publicación periódica): Ub 11316, 18.12. 1978.

Se acepta canje con otras publicaciones.

La correspondencia y solicitudes de suscripciones deben dirigirse al Box 760, 220 07 Lund, Sweden.

APORTES aparece cuatrimestralmente. Precio del ejemplar: 10 coronas suecas. Suscripciones por un año: 35 coronas en Suecia y 8 dólares en otros países. (Los envíos al exterior son por vía aérea).

Los giros deben hacerse a nombre de APORTES y al postgiro número 441 69 24 - 1.-

ISSN, 0348 - 6400

SUMARIO

Carta de los lectores.....	3
Este número.....	5
Jorge Dimitrov, El fascismo en los Balcanes.....	6
Agustín Cueva, La cuestión del fascismo.....	10
Pedro Vuskovic, El neofascismo en América Latina.....	20
Theotonio Dos Santos, Socialismo y fascismo en América Latina hoy.....	32
En el próximo número.....	47
Fernando Claudín, Democracia y dictadura en Lenin y Kautsky..	48
Información/Solidaridad: 7to. Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia. 5 y 6 de mayo 1979.....	62
Eduardo Mignona, Información Sumaria.....	63



NUEVO POSTGIRO: Comunicamos a nuestros lectores y amigos que -a partir de esta fecha- todas las solicitudes de suscripciones, giros, etc., deben efectuarse a nombre de APORTES y al postgiro nro. 441 69 24 - 1.



cartas de los lectores

DESDE ITALIA

Con gran interés hemos recibido los ejemplares de Aportes que nos han enviado. Si bien llegaron con cierto atraso, lo importante es que vinieron, dado que nos interesan mucho sus materiales y, después de llevar arriba algunos años de exilio, nos resulta difícil conseguirlos.

Un abrazo grande, seguros de seguir recibiendo la Revista.

Por el Comité de Brescia, Mario

CON EL PESIMISMO DE LA RAZON Y OPTIMISMO DEL CORAZON

Recibí la revista Nro. 8; yo pensaba que no salía más. Evidentemente me suscribo y apoyo vuestra lucha.

Los diferentes materiales por Uds. publicados me han servido mucho para reflexionar y estudiar el pasado, para poder ver el presente con el optimismo del corazón y el pesimismo de la razón.

Gabriel Bidegain Greising, Louvain
Bélgica

PROPUESTA FRATERNA Y MILITANTE

No tengo dudas de que Aportes es un buen aporte a la necesaria lucha por la solidaridad y les agradezco los envíos que siempre me han hecho en forma gratuita.

Precisamente decido escribirles preocupado por el justo llamado que Uds. hacen a la suscripción porque, ¿quién puede no comprender el esfuerzo que significan estas publicaciones, sino aquellos que no están en la militancia diaria? He recibido la misma nota del Grisur y de la revista Alternativa. El problema que se presenta es que resulta imposible suscribirse a todas las publicaciones que sobre el problema uruguayo están saliendo (afortunadamente).

Más de una vez hemos discutido aquí sobre ese tema frente al financiamiento de nuestras propias publicaciones.

Pero no les escribo simplemente para plantearles el problema, sino para hacerles una proposición como cantor militante.

Por qué no organizar un Festival o como quieran llamarle, para hacer fondos para la Revista, recurriendo al concurso de los cantores que están en Europa?

Podrían incluso realizarse periódicamente. El asunto sería coordinar con nosotros una fecha conveniente.

Me permito enviarles, por sí no lo tienen, el modo de ubicarnos.

En fin, era eso y espero que "todo sea para bien" como decía Wimpi.

Un abrazo,

Marcos Velázquez, París

FELICITACIONES

Por casualidad ha llegado a mis manos -y lamentablemente por pocos minutos- un ejemplar del Nro. 4 de Aportes. Con esta carta quiero pedirles un ejemplar de cada uno de los números aparecidos y por aparecer.

A la distancia, los uruguayos seguimos en nuestra Patria, como dice Cristina Peri Rossi, en el último Chile-América: "Nos venimos al exilio, pero no terminamos de irnos..."

Un abrazo y felicitaciones sinceras por la tarea de información y análisis.

M.Z., Lima
Perú

MATERIALES QUE APORTAN

Una vez más les felicito pues vuestra Revista es realmente buena. El tipo único de material que aporta y resulta hoy fundamental para la discusión y el análisis del proceso uruguayo.

Como Uds. comprenderán, por el tipo de material publicado en ella y por lo que este representa para nuestra tarea, es de vital importancia que tengamos la colección completa.

Pedro Martínez, Warrawong
Australia

CON OPTIMISMO

Cuanto recuerdos vuelven con vuestra revista! Amargos recuerdos de todos los amigos y compañeros que han caído luchando por un Uruguay mejor. Y nosotros acá. Tan lejos de todo! De ese todo que formó gota a gota el sentido de nuestra existencia. Si embargo el día vendrá en que podamos volver a nuestra Patria, a luchar con ella su destino, oscuro o luminoso, pero nuestro.

Con un abrazo,

Ethel/Enrique, Red Deen
Canadá

LA UTILIDAD DE "aportes"

Tengo en mi poder un ejemplar de vuestra revista de marzo de 1978. Me interesaría, si fuera posible, la colección completa hasta la fecha.

Demás está decirles que encuentro sumamente útil esta publicación, por lo que los felicito y deseo sigan adelante.

L. Grezzi, Ginebra

RECONOCIMIENTO AL ESFUERZO EDITORIAL

Es verdad que somos un poquito pacherrientos para concretar las suscripciones. De todas maneras, siempre devoramos cada artículo o documento que Uds. nos acercan. Creo que es general en la comunidad uruguaya del exilio, el reconocimiento al esfuerzo que realizan los compañeros de todas las publicaciones.

Un abrazo y arriba!

José Carbajal, París

DIFUNDIR MAS LA REVISTA

He "ojeado" vuestro nro. 6, del mes de Junio, y aunque no he podido pasar de esto, porque hay más compañeros en espera, creo que vuestro esfuerzo bien vale la pena de que la Revista se difunda un poco más en Madrid.

L. Destéfano, Madrid

CANJE

Nos complacemos en proponerles el establecimiento de relaciones de intercambio entre APORTES y nuestra publicación. En nuestra institución poseemos una biblioteca especializada en América Latina y sería de gran utilidad poder contar con su revista que constituiría un magnífico aporte para nuestro fondo Latinoamericano.

S. Gil, Casa de las Américas, Cuba

SOBRE LA NECESIDAD DE PROFUNDIZAR LA AUTOCRITICA

Después de mil años, me largo a escribirte -a vos pero también eventualmente a los otros encargados de Aportes-, contento con el nro. 8, recién recibido.

Aportes ha logrado mantener la veta de trabajo en que se había dispuesto. Tal vez esto sólo ya merecería una felicitación.

Sin embargo, el editorial de la 8 me arrancó otras preocupaciones. Con desconocimiento y por cábala, o mejor dicho, creyendo rastrear el estilo, se me ocurre que no sos ajeno a la redacción de dicho editorial.

E inevitablemente cotejé mentalmente su lectura con alguna charla tenida durante mi tiempo en Mölle. Y aquí viene el segundo y el que finalmente se convierte en el motivo de fondo de esta carta:

-se quejan de haber fracasado en el esfuerzo "por hacer de la revista un órgano de discusión en el que intervienen todas las organizaciones y militantes antidictatoriales". Creo que se les cuele una cuota de falsa buena conciencia al hablar de tal fracaso: vos tenías bien claro que en la revista tendrían cabida las diferentes posiciones de las organizaciones y que, en el nivel individual, se atendería los aportes de gente "más o menos importante", más o menos reconocida", tipos "significativos". Supongo que es siguiendo esa línea de selección de trabajos (o mejor dicho de búsqueda de trabajos), que se han publicado colaboraciones de líderes reconocidos como Erro o de figuras del llamado primer plano nacional, como Héctor Rodríguez.

Yo me imagino que esa posición tuya procuraba resguardar la revista del aluvión de cualquier "chantada" conque en el viejísimo tema de "arreglar el mundo"

es tan fácil tropezar. Pero ese mismo punto de partida condenaría a la revista y al futuro que se procuraba defender: a la revista, porque la cantidad de aportes -se reduciría; es lo que ustedes comprueban hablando del fracaso de la discusión. Pero también condenaban al futuro, y esto tal vez sea lo más grave, porque al exigir la firma de consagrados para cualquier colaboración vos, o la revista, estaban congelando "la lista de oradores". Porque aquellos que tuvieran algo que decir, aquellos que con su militancia, su trabajo, su vida, hubiesen procesado alguna experiencia y tuvieran algún testimonio -siempre apto para una discusión y para una instancia de reflexión- no tendrían cabida si carecían de aquella importancia pre-establecida.

Esta siempre injusta (entre otras cosas por arbitraria, hasta casual) separación entre militantes-importantes o conocidos y militantes o fulanos a secas, -inhibe cualquier desarrollo en profundidad y verdaderamente creador de una discusión.

Pienso que con un mínimo de rigor con sigo mismo, con una actitud autocrítica, no cabe mencionar la falta de discusión sólo como fracaso; habría que ir más lejos y preguntarse cómo se motorizó dicho fracaso, donde pueden estar las causas -de dicho fracaso, de dicha ausencia de aportes a una discusión, para mí, siempre necesariamente abierta.

Luis Sabini, Estocolmo

En el editorial del nro. 8 sostuvimos que habíamos fracasado en el intento de hacer de APORTE "un órgano de análisis, crítica y diálogo del exilio uruguayo" -por dos razones: el sectarismo y nuestra posición de independientes.

No obstante lo cual, con el mínimo de rigor autocrítico que reclama Sabini, debemos reconocer que también nosotros, al analizar las causas del fracaso, incluimos entre las mismas nuestros criterios de selección de autores, textos, etc.

Pero -siempre hay un pero salvador para quienes administran las "Cartas de los lectores"- nosotros sabíamos que la tan temida invasión de artículos no se había producido. Por ello entendíamos -que este error en la "búsqueda de trabajos" carecía, realmente, de importancia ante las causales mencionadas precedentemente.

hacia una

confluencia

revolucionaria por el socialismo

Poste Restante
101 10 Stockholm, Sweden

Doc. Nr. 43097897, Fermo Posta S.
Silvestro, 00100 Roma, Italia

ESTE NUMERO

Este número de APORTES está destinado a publicar algunos textos sobre la cuestión del fascismo. El artículo de Jorge Dimitrov, publicado en marzo de 1929, a primera vista parecería referido a situaciones y lugares muy distintos a los de América Latina. Pero el interés de este trabajo deriva, entre otras cosas, de observaciones del autor sobre el ascenso del fascismo en los Balcanes que cobran vigencia observando, por ejemplo, el proceso seguido por las dictaduras militares en América Latina.

Los artículos de Agustín Cueva y Theotonio Dos Santos, nos acercan sus análisis sobre la cuestión del fascismo en América Latina. El primero expresa que "lo que interesa en el caso de regímenes como los del Cono Sur de América Latina es pues conocer su esencia, y no por mero capricho intelectual sino porque ese conocimiento es de vital importancia para la acción política". El artículo del segundo está referido a la lucha antifascista y a la necesidad de entender que "La única seguridad de triunfo sobre el fascismo depende aún de que el movimiento obrero sea capaz de entender la unión intrínseca de las tareas democráticas y anti-imperialistas con las tareas socialistas".

El trabajo de Pedro Vuskovic es un análisis de las causas internas y externas que llevaron a la militarización del Estado en Chile y aporta, además, una serie de observaciones sobre el proceso latinoamericano de indudable interés en el marco de la discusión y el análisis sobre el neofascismo en nuestros países.

El texto de Fernando Claudín "Democracia y dictadura en Lenin y Kautsky" constituye un excelente aporte a la discusión ideológica porque, como lo señala el propio autor, "...Los problemas que discutían en 1918 los dos máximos representantes de las dos principales corrientes del movimiento obrero de inspiración marxista, siguen estando hoy sobre el tapete, y con más actualidad que nunca, aunque sea en una nueva situación que encierra grandes cambios respecto a la de medio siglo atrás".

Y, finalmente, el cuento de Eduardo Mignona fue incluido en este número respondiendo al criterio de divulgar la producción literaria de otros autores latinoamericanos. En este caso, un argentino.

EL FASCISMO EN LOS BALCANES

JORGE DIMITROV

Artículo publicado el
15 de marzo de 1929 en el nro.112
de la "Fédération Balcanique".-

Los países balcánicos unos tras otros caen bajo la dictadura fascista. Además de Bulgaria, Yugoslavia y Albania, donde esa dictadura ha sido establecida bajo esta o aquella forma, Grecia y Rumania se encaminan también hacia una dictadura fascista.

Además de las causas generales, que impulsan cada vez más a las clases dominantes de todos los países a abandonar el terreno de la democracia burguesa e implantar la forma y métodos del sistema fascista, existen en los Balcanes razones particulares, históricas, políticas y económicas, que empujan a estos países en ese sentido.

Se sabe, que la revolución democrática-burguesa, que hubiera podido agrupar política e ideológicamente a las amplias masas populares en torno a la burguesía, no pudo ser realizada en los países balcánicos. La burguesía de estos países, desde el comienzo mismo de su dominación, se vinculó estrechamente al capital internacional. Se convirtió en su agente y, por extensión, en clase contrarrevolucionaria. A los campesinos — que son la enorme mayoría de la población de los Balcanes — no se les entrega la tierra de los feudales por la revolución democrática, dirigida por la burguesía, como ocurrió en Francia y demás países occidentales. Por el contrario, la burguesía vió tan sólo en los campesinos un objeto de explotación ilimitada, de su anhelo irrefrenable de acumular capitales en los países balcánicos. El feudalismo no ha desaparecido aún por completo; incluso hoy la gran mayoría de las masas trabajadoras soporta su dominio, lo que abre un profundo abismo entre las clases dominantes y las masas campesinas.

El problema nacional tampoco ha sido definitivamente resuelto en los Balcanes. Millones de personas gimen bajo el yugo nacional. La burguesía trata de vencer las grandes dificultades, que surgieron principalmente a raíz del sistema colonial impuesto en las zonas conquistadas y la desnacionalización de la población llevada al extremo, y que son problemas que exigen una solución. Ese sistema viene a agudizar el problema nacional. Por esta razón, los pueblos oprimidos son lanzados a una lucha intransigente contra el poder burgués.

Los países balcánicos esencialmente agrícolas y con una industria poco desarrollada viven una situación de semi-colonias del capital internacional. Su dependencia de este último crece de día en día. Esos países llevan a cabo luchas económicas entre sí y a causa de las grandes potencias imperialistas, que con la conquista de los Balcanes persiguen sus propios intereses, se encuentran incesantemente ante conflictos que no tienen solución. Como consecuencia de la pauperización de las masas, los mercados interiores atraviesan una mala situación, mientras que los mercados exteriores son en la mayoría de los casos inaccesibles para ellos. Además, son muy limitadas las posibilidades de estabilización y racionalización capitalista. Las ruinas producidas por la guerra imperialista mundial, las deudas y reparaciones de guerra, que deben pagarse, agudizan aún más la crisis económica y financiera en estos países. Los empréstitos exteriores, a los que recurre la burguesía y que considera como la salida más favorable de esa situación, hacen recaer sobre las masas populares impuestos cada día más pesados y acrecientan su descontento contra la burguesía.

La burguesía de los países balcánicos tropieza con la competencia de los países occidentales con una industria muy desarrollada. Ella se ve obligada a buscar una salida en la explotación sin límites de las masas campesinas y obreras. Ella, a diferencia de la burguesía de los grandes países imperialistas, no puede hacer determinadas concesiones, aunque sean pequeñas, para atraerse a una parte de las capas trabajadoras. La conquista económica incluso más insignificante de las masas es obtenida por medio de una lucha tenaz y prolongada contra ella. Eso ahonda aún más el profundo abismo que existe entre la burguesía y el proletariado, ello explica en parte el espíritu revolucionario de las masas trabajadoras y su firme voluntad de luchar contra la burguesía. Nos indica además la debilidad de la aristocracia obrera y de la socialdemocracia en los países balcánicos a diferencia de lo que ocurre en los grandes países imperialistas. La victoriosa Revolución de Octubre, que liberó al proletariado, a los campesinos y a los pueblos oprimidos del gran imperio ruso, produjo una profunda impresión en las masas trabajadoras de los países balcánicos, cuya estructura económica tiene muchos rasgos comunes con la Rusia zarista. El desarrollo político en los Balcanes se hacía cada vez más profundo en estos 11 años de existencia de la URSS por su política revolucionaria y edificación socialista, por su lucha decisiva contra el imperialismo y la paz internacional.

Por eso, la burguesía de los Balcanes no está en condiciones de mantener su poder por medio de la democracia burguesa y el parlamentarismo. El imperialismo occidental tampoco puede por estos métodos establecer definitivamente su dominación en los Balcanes. Estos métodos ejercen una

acción cada vez más obstaculizadora, ya que ahora se trata de arrastrar a los pueblos balcánicos a la guerra que se prepara contra la Unión Soviética, hecho que halla la oposición más rotunda de las masas populares. Por consiguiente, a la burguesía balcánica y al imperialismo internacional no les queda otra vía que recurrir a los métodos de la dictadura fascista e implantarla.

Las peculiaridades históricas, económicas y políticas de los países balcánicos ya mencionados, dan al fascismo en esta zona un carácter particular. El rasgo principal del fascismo en los Balcanes reside ante todo en el hecho que, a diferencia de lo que vemos en Italia y Polonia, no surge desde abajo, como movimiento de masas, para adueñarse del poder, sino que por el contrario, se implanta desde arriba por medio del aparato del Estado, apoyado por la fuerza militar de la burguesía y sometido a la autoridad del capital financiero, de todas las fuerzas contrarrevolucionarias de la burguesía, de los grandes terratenientes, de los campesinos ricos, de la pequeña burguesía y de la burocracia contra el proletariado; las masas obreras y campesinas y las minorías nacionales que luchan por su liberación.

Un arma particularmente eficaz del fascismo balcánico es, sin duda, la del nacionalismo burgués: las pasiones nacionalistas y chauvinistas se desatan dado el delirio de una gran Bulgaria, de una gran Serbia (Yugoeslavia), de una gran Grecia, de una gran Rumania. Utilizando esa ideología nacionalista, el fascismo en los países balcánicos trata de aliarse, aunque muy débilmente, con las capas poco conscientes de la pequeña burguesía, con elementos campesinos y obreros, para ampliar la base social de su dictadura y hacer más soportable su política contrarrevolucionaria burguesa (de colonización y desnacionalización). Para la dictadura fascista el movimiento de liberación de las organizaciones nacional-revolucionarias de los macedonios, dobrudshanos, albaneses, etc. constituyen un serio obstáculo. Por eso, el fascismo balcánico despliega contra esas organizaciones, el movimiento revolucionario del proletariado y de los campesinos, una política de terror inaudito. Se sirve en gran escala de las organizaciones nacionales fascistas, para establecer y conservar su dictadura y disminuir las fuerzas revolucionarias del proletariado, los obreros, los campesinos y el movimiento nacional-revolucionario. Sus esfuerzos coordinados en ese sentido con las organizaciones macedónicas de Alexandrov—Protoguerov y la organización fascista de Dobrudsha son bien conocidos. En el mismo sentido marcha también la dictadura yugoeslava militar-fascista, instrumento de los colonialistas serbios y sus pandillas en Macedonia, que trata de hacer otro tanto de los movimientos albanés, montenegrino, etc.

Por su propia naturaleza, el fascismo está estrechamente ligado al poder de la burguesía capitalista y capitalismo internacional. No es un hecho momentáneo, ni episódico. Su liquidación definitiva sólo es posible por medio del derrocamiento de la burguesía. Por eso, la lucha que hay que librar contra él será muy intensa, revolucionaria. Ni un solo sector de la burguesía, de los grandes terratenientes y campesinos ricos, está interesado en esa lucha contra el fascismo; por el contrario, ansían profundamente la con-

tinuidad de esa dictadura. Ellos necesitan la dictadura fascista como fortaleza contra el movimiento revolucionario de liberación de las masas trabajadoras y de las nacionalidades oprimidas. Esa lucha es y sólo puede ser la lucha de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo, dirigida por la clase más organizada y de mayor espíritu revolucionario: el proletariado, en alianza con todas las masas oprimidas en sentido nacional. Sólo el bloque revolucionario de las masas populares de los Balcanes estará en condiciones de librar combate contra el fascismo y su dictadura y alcanzar la victoria definitiva.

Las organizaciones nacional-revolucionarias en los Balcanes, a las cuales el fascismo ha declarado una guerra sin cuartel, consideran con toda razón que la lucha contra el fascismo y la dictadura fascista es su propio combate, parte indivisible de la gran batalla contra la opresión nacional y por su liberación.

«La Fédération Balcanique»
Nº 112, 15 de marzo de 1929
Firma: J. Dimitrov

J. Dimitrov, Obras Completas,
tomo VIII, pág. 397-402.
Editorial del PCB, 1953

PATRIA GRANDE

"Nada tenemos que esperar,
sino de nosotros mismos"

ARTIGAS

●
aparece mensualmente y distribuye en Suecia URUGUAY-bulletinen, Box 754, 22007
Lund

Prensa Libre

Box 3059

14303 VÄRBY GÅRD

SWEDEN

La cuestión del fascismo

agustín cueva



Desprendidos de un universo teórico que les confiera un sentido inequívoco los conceptos terminan por parecerse a esos albergues de la juventud europeos en donde uno no encuentra más cosas que las que personalmente ha traído. En tal caso los conceptos tienen un uso arbitrario y cualquiera discusión al respecto desemboca en el vacío del nominalismo. Pero hay que suponer que nadie trata en términos tan rudimentarios un problema crucial como el de las brutales dictaduras que asuelan a buena parte de nuestro continente, sino que el tema es abordado siempre a partir de un marco teórico por lo menos subyacente y que convendría volver explícito con el fin de canalizar adecuadamente la actual controversia en torno al fascismo.

Si enfocamos el problema en una óptica weberiana por ejemplo, habrá que proceder a la construcción de un *tipo ideal* a partir de los elementos más significativos de una situación histórica que en nuestra "cultura" ha recibido el nombre de "fascista", creando así un *modelo* heurístico que servirá para evaluar otras situaciones que aparentemente presentan rasgos afines. Mas téngase en cuenta que aquellos elementos "significativos" no se seleccionarán de acuerdo con un criterio distintivo de lo que es realmente esencial y lo que no lo es —puesto que tal jerarquía no existe objetivamente para Weber— sino que la selección estará normada por criterios en última instancia subjetivos ("culturales") como los que maneja la sociología comprensiva. En el mejor de los casos se llegará por este camino a la elaboración de un concepto "típico ideal" bastante descriptivo de fascismo, basado en cuatro, seis, ocho o por qué no veinte o treinta rasgos provenientes de cualquier instancia, forma o aspecto de la situación histórica que sirve de referente empírico. No es por lo demás un azar el que con este "método" se llegue casi siempre a una misma "conclusión" que para Weber —más coherente que sus discípulos— era más bien una premisa teórica: la de que los hechos históricos constituyen constelaciones causales fatalmente singulares y por ende irrepetibles. Y es que, a condición de aceptar de entrada cierta concepción de la historia, el resto se torna evidente por sí solo: el Chile de los años setenta "obviamente" no es la Alemania de los años treinta, lo del Ave Fénix no es más que un mito.

En cambio, si uno se coloca en una perspectiva de análisis marxista la cuestión se plantea en términos radicalmente distintos. Ya no se trata de construir modelos "culturalmente" significativos ni de trabajar con categorías puramente descriptivas, sino de empezar operando una distinción neta entre lo que es objetivamente esencial y aquello que no lo es, de acuerdo con la teoría materialista y dialéctica y mediante la aplicación

de sus categorías más adecuadas a la naturaleza del fenómeno que se busca analizar. Lo que interesa en el caso de regímenes como los del Cono Sur de América Latina es pues conocer su esencia, y no por mero capricho intelectual sino porque ese conocimiento es de vital importancia para la acción política. Si tal esencia coincide con la conceptualización marxista ya existente sobre el fascismo, lo conveniente es llamar a las cosas por su nombre: lo contrario no pasa de ser un acto de logomaquia que incluso nos priva de un término que es al mismo tiempo una consigna de aglutinación y de lucha.

Al hablar de fascismo sin duda aludimos a un fenómeno de la superestructura político-estatal, o sea de aquella instancia en que lo económico se "concentra" a través de la lucha de clases. El Estado, decía Marx, es "el índice de las luchas prácticas de la humanidad", índice que como sabemos cristaliza en estructuras de dominación de una clase sobre otra u otras. *Quién ejerce el dominio sobre quién y de qué manera lo hace* son por lo tanto las interrogaciones esenciales en la esfera de lo político.

Tratándose del fascismo la tradición marxista —por lo menos desde Dimitrov para acá— parece acorde en responder a estas interrogaciones de una manera muy precisa: el fascismo es la dictadura terrorista que los sectores más reaccionarios del capital monopólico ejercen sobre la clase obrera primordialmente, en situaciones de crisis o cuando por cualesquiera otras circunstancias sienten amenazado su sistema de dominación. En el concepto de fascismo hay por consiguiente un cierto número de elementos esenciales que conviene destacar:

1. Se trata no solamente de una dictadura burguesa, sino de una dictadura en que el sector monopólico tiene el predominio omnímodo, incluso sobre los sectores burgueses no monopólicos.

2. Esa dictadura adquiere un carácter terrorista hasta el punto de producir un cambio cualitativo en la forma de dominación y consecuentemente en la forma del Estado, operando una ruptura radical con las formas democrático-burguesas.

3. Esta forma de dominación se ejerce en lo fundamental contra la clase obrera, que la burguesía identifica como su enemigo principal.

4. Tal dictadura aparece como el "remedio infalible en donde el capitalismo atraviesa por una crisis y teme un colapso" (Togliatti).

¿Y los demás elementos que a veces se mencionan como constitutivos del fascismo, tales como el partido de masas, el soporte pequeño burgués o la ideología nacional-chauvinista? Por el momento limitémonos a recalcar que lo esencial no está en estos elementos puesto que ellos constituyen simples *medios* destinados a "apuntalar" lo fundamental. "Como ya advirtiera Dimitrov —escribe Rodney Arismendi— no es la existencia o no de un partido de masas lo que define primordialmente al fascismo, sino su naturaleza de clase y el cambio cualitativo que impone a las formas del Estado".¹ Y el mismo Arismendi nos recuerda que en los casos de Finlandia, Bulgaria y Yugoslavia el fascismo se implantó sin una base de masas, apoyado exclusivamente en el aparato militar del Estado. Conviene precisar, por lo demás, que el fascismo no es en modo alguno una dictadura de la pequeña burguesía. Y, en cuanto a ciertos elementos ideológicos concretos que suelen señalarse como característicos del fenómeno, es evidente que se trata de materiales históricos mutables pero que siempre se articulan sobre un eje que les confiere una identidad esencial,

reflejo de la estructura básica del fascismo: me refiero al rabioso anti-comunismo.

Definido en esta forma el fenómeno fascista podemos preguntarnos ya si existe o no en países como los del Cono Sur de América Latina. Comencemos por señalar que el hecho de que Chile, Uruguay, Argentina o Brasil no sean países imperialistas, sino por el contrario países sometidos a la dominación imperialista, no es óbice para que allí puedan darse procesos de fascistización; antes bien, la penetración profunda del capital transnacional en esas economías es el punto de referencia fundamental para la comprensión de tales procesos. Si ahora podemos hablar con propiedad de fascismo —seguramente por primera vez en la historia del subcontinente— es justamente porque a través de esa penetración han madurado las condiciones económicas necesarias para que dicho fenómeno pudiese ocurrir.

Casi huelga insistir en que América Latina ya no es en la década de los sesenta una simple área semicolonial en la que el capital imperialista esté presente de manera casi exclusiva en los sectores primario-exportadores; se trata ahora de una región en proceso de industrialización "dependiente", es decir, de un espacio económico permeado hasta la médula por un capital transnacional que ha penetrado en el seno mismo de nuestro mercado interior. Por muy imprecisamente formuladas que hayan sido las observaciones que algunos autores hicieron la década pasada en el sentido de que el imperialismo no es para nosotros un factor exclusivamente externo sino también interno, no dejaban de revelar la toma de conciencia de una mutación tan importante como la que acabamos de señalar.

Sea de esto lo que fuere, el control de los sectores claves de la industria latinoamericana por el capital imperialista es un hecho que no deja lugar a dudas desde hace más de una década y media, como incontrovertible es también el control que ese capital ha establecido en la órbita financiera. En torno a estos puntos nuevos de desarrollo del capital monopólico, a los que habría que añadir naturalmente el gran comercio y los complejos agroindustriales de factura más reciente, ha ido creándose además una franja de burguesía monopólica nativa y con ella el elemento interno decisivo para la conformación de un *bloque monopólico* extranjero-local ("transnacional" en el fondo) que, junto con las alturas de la burocracia militar y civil vinculadas no sólo política sino incluso económicamente a él, constituye el eje social de una dominación eventualmente fascista, o sea, presta a fascistizarse cuando las circunstancias históricas lo requieran.

Ya no se trata pues de aquellas complejas situaciones de transición al capitalismo que engendraron a los *regímenes absolutistas* del pasado (regímenes "oligárquicos"), expresión del dominio tripartita de los "junkers" locales, la burguesía "compradora" y los intereses imperialistas; tampoco es ya cuestión de las antiguas situaciones de "enclave", que en el plano político dieron origen a las *tiranías semicoloniales*; en fin, ya no estamos frente a crisis de hegemonía ocasionadas por fisuras en el seno del bloque oligárquico-burgués-imperial (con o sin la acción de movimientos de masas de confusos perfiles clasistas), crisis que dieron lugar a las *dictaduras militares tradicionales*. Al menos este ya no es el caso de países como Chile, Uruguay, Brasil o la Argentina, aunque en situaciones como las de Bolivia, Nicaragua o Haití los procesos de fascistización se presenten íntimamente entrelazados con elementos de dictadura militar tradicional en el primer caso o de tiranías semicoloniales en los dos últimos.

Conviene insistir en que, sobre todo en el caso de los procesos más avanzados de fascistización, el predominio del bloque monopólico se expresa por el rápido desplazamiento del eje central de poder de las franjas burguesas nacionales (o sea premonopólicas) así como de los sectores terratenientes tradicionales. Esto es fácil de comprobar en un modelo como el brasileño por ejemplo, con sólo examinar el desarrollo industrial y agrícola de 1964 para acá. El proceso de violenta centralización y concentración de capitales en el primer sector es bastante conocido y por lo tanto huelga abundar sobre él; en cuanto a la evolución del agro sólo quisiera señalar que estudios recientes han podido comprobar que frente al auge de los complejos agroindustriales de propiedad monopólica hay hacendados con predios mayores de 300 hectáreas que apenas perciben un ingreso anual equivalente a la mitad de lo que les correspondería a título de salario mínimo regional. "El aspecto nuevo que emerge de estas investigaciones —escribe Alberto Passos Guimarães— es el de que la pobreza rural ha dejado de ser una peculiaridad exclusiva de la masa de campesinos y asalariados, pues alcanza ya a una parcela importante de agricultores-empresarios de no pequeño tamaño".²

Todo esto no significa, claro está que los remanentes de la burguesía nacional o de los terratenientes tradicionales (y hablo de "remanentes" porque sus estratos de punta son refuncionalizados e incorporados al bloque monopólico) queden inmediata y totalmente excluidos de ciertos niveles de poder una vez que el fascismo se instaura. El temor al socialismo o a la simple reforma agraria democrática puede convertirlos incluso en sólidos puntos de apoyo del proceso de fascistización, pero es un hecho que sus intereses y proyectos de clase distan mucho de ser los hegemónicos. Basta recordar que la política económica de los regímenes fascistas persigue una despiadada eliminación de los niveles empresariales "internacionalmente no competitivos" para comprender el destino de estos sectores que cuando más pueden sobrevivir vegetativamente en áreas de la economía que no interesan de manera directa al capital monopólico o supeditándose cada vez más a su dominio. La omnimoda dominación de este último parece pues incuestionable y por ese lado hay base más que suficiente para calificar de fascistas a las dictaduras del Cono Sur.

En cuanto al otro aspecto definitorio del fascismo, o sea al hecho de que la dictadura terrorista del capital monopólico se ejerza fundamentalmente en contra de la clase obrera, también parece difícil de impugnar. Hay, en primer lugar, un conjunto de hechos políticos que saltan a la vista. Tanto el golpe de Estado de Bánzer en 1971 como el de Pinochet dos años más tarde, fueron la culminación de acciones contrarrevolucionarias dirigidas centralmente contra fuerzas proletarias que a través de procesos políticos diversos lograron articular alternativas socialistas. En este sentido resulta paradójico, por decir lo menos, que algunos estudiosos destaquen el aspecto contrarrevolucionario de estos regímenes, pero más bien para negar con ello su carácter fascista. Es probable que su razonamiento gire en torno a la idea de que los procesos en cuestión eran en verdad "reformistas" y no prosocialistas, pero entonces ¿cómo explicar el hecho de que los mencionados golpes se hayan dado con el explícito fin de "salvar a la patria del comunismo"?

El mismo golpe de 1964 en el Brasil fue más anticomunista que "antipopulista" (por más que ciertas interpretaciones interesadas en hacerlo distorsionen este carácter) y el golpe de Bordaberry en Uruguay se inició con una inequívoca represión masiva de la clase obrera (hasta ese entonces la represión se había ejercido, y muy duramente, contra movi-

mientos revolucionarios de otra extracción social). El caso argentino es un tanto más complejo y por eso algunos sectores de izquierda dudan en calificar a la situación actual de fascista; pero aquí también es notorio que la instauración de la dictadura de Videla no fue sólo una reacción contra el desmoronamiento del gobierno de la señora Martínez, sino también una respuesta represiva a las reivindicaciones obreras y sobre todo a los intentos de autonomización política de esta clase. Interesa destacar, por lo demás, que en todos los casos mencionados el sistema entero había entrado en una fase crítica que —al menos en opinión de los interesados en defenderlo— lo ponía al borde del colapso.

Pero no hay sólo estos aspectos políticos, que tendrán continuidad con la represión constante de toda actividad obrera autónoma, sea sindical o partidaria, sino que además está la cuestión económica que revela con claridad meridiana el carácter fundamentalmente antiobrero de tales regímenes. El balance al respecto es bastante fácil de establecer, ateniéndose a los propios datos oficiales: desde que se instauraron regímenes fascistas en Brasil, Chile, Uruguay y Argentina el proletariado de estos países ha sufrido una pauperización absoluta que en promedio es del orden del 50%.³ El proceso es tan brutal y desembozado que uno puede formular la función del fascismo en este terreno en términos inequívocos: se trata de producir la mano de obra más barata posible en beneficio del capital monopolista por métodos terroristas. Incluso es legítimo afirmar que el fascismo es el eslabón político necesario para la rápida fusión del capital monopólico nativo con el multinacional sobre la base de la creación de una nueva "ventaja comparativa" (la mano de obra barata justafente) que constituye el "atractivo" substancial que la burguesía local puede ofrecer entonces a su socio mayor. Es en todo caso el medio por el cual la gran burguesía intenta salir de su atolladero histórico, ya no sólo aliándose sino esta vez fundiéndose con un capital transnacional que a su turno está más ávido que nunca de superbeneficios, ahora que la tasa de ganancia ha decrecido severamente a nivel mundial por efecto de la crisis.

En fin, parece difícil cuestionar el carácter terrorista generalizado que para cumplir con sus propósitos han asumido las dictaduras del Cono Sur. Se trata de un terror "moderno", institucionalizado y sistemático, que sin duda marca un cambio radical en el funcionamiento de la superestructura estatal. "La supresión total de las libertades democráticas, como la libertad de coalición, de prensa, de reunión, el derecho de huelga, el sufragio universal directo, etcétera, como también la prohibición de crear organizaciones autónomas de masas", todos estos elementos que Togliatti señalaba como característicos del fascismo en Italia los encontramos sin duda en los países latinoamericanos fascistizados.⁴

Incluso un apologista tan conocido de las dictaduras del Cono Sur, como es Mariano Grondona, reconoce que ellas expresan el advenimiento de una forma estatal cualitativamente distinta de la democrático-burguesa. Grondona, cierto es, no admite que se trate de Estados fascistizados sino que prefiere equiparlos con las formas absolutistas que Europa conoció en la fase de transición al capitalismo; desde un punto de vista marxista resulta sin embargo difícil imaginar que Pinochet o Geisel estén cumpliendo tareas históricas similares a las de Luis XIV.⁵

El desmantelamiento del Estado democrático-burgués y su sustitución por una forma fascista no tiene desde luego por qué revestir aquí exactamente las mismas *modalidades concretas* que tuvo en Europa, en donde por lo demás variaron de país a país. Y ni siquiera es necesario que el proceso sea estrictamente uniforme en todos los países fascistizados de

América Latina. Bien sabemos que Geisel mantiene una caricatura de parlamento mientras le conviene, clausurándolo y reabriéndolo a voluntad, o que los fascistas uruguayos colocan un títere civil a la cabeza del gobierno, en tanto que Pinochet prefiere prescindir de este tipo de rodeos. Son singularidades nacidas de la peculiaridad de cada desarrollo nacional, de cada equilibrio o desequilibrio de fuerzas, y en este nivel tienen que ser entendidas y evaluadas para ver si tienen o no relevancia en la lucha política; sea de esto lo que fuere, importa tener presente que como simples modalidades que son únicamente pueden señalar la posibilidad o imposibilidad de ciertos movimientos *tácticos* pero jamás fundar una estrategia. Esta tiene que basarse en una comprensión, o sea en el reconocimiento de que la lógica que rige el funcionamiento de la superestructura política en su conjunto no es otra que la impuesta por la dictadura terrorista del capital monopólico.

Dentro de la unidad que constituye el fascismo hay obviamente margen para la diversidad, y ello por una razón más que no cabe olvidar: el desarrollo dialéctico de la historia, determinado por la lucha de clases, hace que nunca se den superestructuras "químicamente" puras, cristalizadas de una vez por todas. Se trata siempre de *procesos* en que diversos elementos se combinan de manera compleja, produciendo ciertamente rupturas de orden cualitativo sin las cuales sería imposible hablar siquiera de distintas formas de Estado, pero abriendo al mismo tiempo un abanico de gradaciones y matices. Por lo tanto puede haber grados variables de fascistización en cada formación social, como efectivamente los hay en el Cono Sur. Chile, por ejemplo, parece presentar en el momento actual un grado de fascistización mayor que el del Brasil.

Entre el plano de lo esencial-universal y el de las singularidades concretas existe además un plano intermedio, el de la particularidad, que el análisis materialista no puede pasar por alto. En el caso de América Latina esta particularidad está dada por el hecho de tratarse de países subdesarrollados y dependientes, con una economía atrasada, deformada y que ocupa una posición siempre subalterna en el seno de la constelación capitalista-imperialista mundial.

De aquí se desprende una primera característica del fascismo latinoamericano que consiste en su imposibilidad de conseguir una base de apoyo popular, o sea de sustentarse en algún movimiento de masas. Ello tiene que ver sobre todo con el hecho siguiente: los países dependientes no pueden disponer de una afluencia de excedente proveniente del exterior que les permita expandir de manera rápida y a la vez relativamente homogénea su economía, sino que más bien están sujetos a un drenaje constante de excedentes. En esas condiciones, o bien su economía crece pero acentuando violentamente las desigualdades de todo orden y desarrollando únicamente los puntos que interesan al capital extranjero (sería el caso del Brasil), o bien zozoban en el estancamiento como sería el caso de Chile, Uruguay y Argentina en el momento actual. La diferencia entre el primer caso y los tres últimos está dado por dos factores: a) el que el Brasil haya adquirido la condición de aliado privilegiado del imperialismo y b) el que su "modelo" haya logrado implantarse antes de que el capitalismo mundial entrara en crisis. La conjunción de ambos factores le permitió adquirir el carácter de "milagro" (antes de la crisis), pero con un costo social bien conocido que constituye la barrera estructural que ha impedido el desarrollo de un fascismo con apoyo de masas. Inútil pensar siquiera en la posibilidad de una movilización fascista de ciertos sectores obreros o campesinos cuando estas dos clases en conjunto sufren un proceso de pauperización pocas veces conocido: aventurado

tratar de movilizar en igual sentido a las masas pequeñoburguesas cuando el grueso de éstas soportan los efectos de un brusco proceso de centralización de capitales en beneficio de los monopolios extranjeros.

En los casos de Chile, Uruguay y la Argentina la cuestión es más clara todavía. Limitémonos a añadir que incluso las capas medias han experimentado aquí una depauperación y una "marginación" que probablemente son las más graves de su historia. Su nivel de vida ha descendido bruscamente y los solos despidos masivos de empleados públicos han contribuido a crear una legión de cesantes.

En estas circunstancias nada tiene de extraño que la "línea de masas" del fascismo haya sido —allí donde se dio— de muy corta duración. La hubo en Chile, por ejemplo, en el momento en que la gran burguesía se enfrentó con el gobierno de la Unidad Popular movilizando en su contra a vastos sectores de la pequeña burguesía y ciertos estratos de las capas medias; pero tales movilizaciones terminaron el mismo 11 de septiembre de 1973, sin que se intentara siquiera construir un partido fascista sobre la base de estos movimientos sociales. Factor clave del proceso de desestabilización del gobierno de Allende, no podían convertirse en un sólido soporte orgánico del régimen que se instauró después ya que sus intereses y perspectivas estaban condenadas a entrar en colisión con la política promonopólica que es la médula del fascismo. En el momento mismo de escribir estas líneas la prensa da cuenta de una abierta pugna del gremio de camioneros y la asociación médica con la dictadura chilena, en razón de la penuria económica a que se ha conducido a los miembros de estas dos organizaciones que paradójicamente constituyeron los más eficaces arietes "populares" de la lucha anti-llendista.⁶

Otro rasgo particular del fascismo latinoamericano consiste en su imposibilidad de implantar una política de tipo nacionalista, dada nuestra configuración dependiente. En el plano objetivo esto se torna impensable puesto que el capital monopólico dominante es justamente extranjero y mal puede desarrollar una política en contra de sí mismo. Y en el plano subjetivo tampoco es fácil agitar banderas nacionalistas para movilizar a las masa por las sencilla razón de que en los países dependientes ello corre el riesgo de adquirir desde la base proyecciones antiimperialistas.

El elemento nacional-chauvinista del fascismo alemán o japonés se asentaba sobre un elemento objetivo constituido por la posibilidad real de expansión del capital monopólico nativo más allá de sus fronteras patrias; nada de esto puede darse en el caso del fascismo latinoamericano que en sí mismo es el resultado de un movimiento inverso, es decir, de la penetración del capital extranjero en nuestros espacios nacionales. Resulta poco menos que ridículo imaginarse a Chile, Uruguay, Bolivia e incluso la Argentina convertidos en países imperialistas por obra y gracia de la política fascista, e incluso aquello del "subimperialismo" brasileño debe analizarse con la debida atención. En primer lugar parece desacertado examinar el movimiento del capitalismo en el Brasil como si fuese realmente autónomo, o sea independiente del movimiento del capital internacional que predomina en esta formación social. El intervencionismo "brasileño", patente en la vida política boliviana, uruguayana y chilena (para no hablar de la intervención armada en la República Dominicana en 1965), es un hecho que dista mucho de corresponder a una diástole del capital nativo; en su esencia no es otra cosa que un reflejo mediado de la expansión del capital transnacional. Para afirmar lo contrario habría que demostrar previamente que el capital originario de Brasil ha entablado una lucha con el capital imperialista de otras nacionalidades por la

conquista de mercados y el aseguramiento de fuentes de materias primas, lo que es falso; para que esto sucediese tendría que comenzar por independizarse en el seno de su propia formación social, cosa que por lo menos hasta ahora no ha ocurrido.

Lo anterior no quiere decir que la franja de capital monopolístico nativo no intervenga como socio menor de ciertas aventuras expansivas o que la propia dictadura brasileña no alimente la ilusión de convertir al Brasil en potencia imperialista aunque sea de segundo orden, lo cual ha dado origen a cierta dosis de "nacionalismo". Quiere decir, simplemente que lo uno y lo otro chocan con la barrera objetiva de haber llegado tarde al reparto del mundo. Nada más ilustrativo al respecto que el fallido proyecto de ocupar por lo menos el lugar del declinante imperio portugués en África en el preciso momento en que su derrumbe, lejos de facilitar la realización de aquel proyecto, permitía más bien que las antiguas colonias se encaminasen por una vía socialista.

El fascismo latinoamericano es en todo caso la alternativa política más expedita para la desnacionalización de nuestras economías, como lo prueba el propio "milagro" brasileño. En los países que se fascistizaron posteriormente, en la década de los setenta, este proceso supone incluso el desmantelamiento del antiguo sector capitalista de Estado, cuya privatización es sinónimo de desnacionalización. Con ello el Estado nacional acaba por perder todo grado de autonomía frente al capital extranjero y aun ideológicamente queda desarmado en este terreno por más que ciertos teóricos intenten disfrazar la situación hablando de un "nacionalismo de fines" (últimos) que habría reemplazado a un anterior "nacionalismo de medios". Lo que esconden frases como estas no es más que el real proceso de sustitución del viejo capitalismo de Estado, muchas veces antimonopolístico y nacionalista, por una nueva situación de capitalismo monopolista de Estado en la que la fuerza brutal del fascismo militar se aúna con el capital monopolístico extranjero y la franja monopolista local "transnacionalizada" para llevar a cabo un proceso simultáneo de explotación de las clases populares y de desnacionalización de la economía latinoamericana. Con ello el fascismo termina por operar no sólo un cambio cualitativo en la forma de la dominación política sino además un cambio de igual orden en el papel económico del Estado. Culminación de un proceso previo de monopolización del proceso productivo, el Estado fascistizado devine a su turno la palanca más eficaz de constitución plena de la fase capitalista monopolista de Estado con las modalidades específicas que ésta tiene que asumir en los países dependientes.

Incapaz de poner en marcha un proceso de desarrollo autosustentado, internamente coherente y con reales posibilidades de expansión, el fascismo latinoamericano dista mucho de resolver la crisis de las sociedades a las que subyuga. Tampoco puede establecer en ella una verdadera hegemonía de la clase a la que expresa, si por hegemonía entendemos el hecho de aparecer ante las masas como encarnación de los intereses de la nación. Falto de un "consenso", este fascismo se sustenta básicamente en un aparato militar que tiene que ocupar desde fuera, en una operación de "guerra interna", todos los puntos estratégicos de la sociedad civil, comenzando por los denominados "aparatos ideológicos de Estado". Su fuerza es pues una fuerza militar; su debilidad una debilidad civil.

No hay que caer sin embargo en la ilusión de pensar que se trata de regímenes fascistizados pero de una fragilidad tal que pueden derrumbarse ante la primera arremetida de las masas. En sí mismo el terror no es

poca cosa y peor aún cuando los cuerpos armados que lo ejercen son una prolongación del aparato imperialista mundial de represión. Tampoco hay que subestimar la capacidad del capital monopólico para incorporar a su proyecto a las "alturas" de la burocracia civil y a las capas de gerentes y administradores de su vasto aparato productivo, constituyendo en torno a ellos una red importante de intereses locales. En fin, el hecho de que el fascismo local no pueda conseguir un amplio "consenso" no quiere decir que esté incapacitado de ejercer un terrorismo ideológico generalizado, incrementando así toda suerte de temores, incertidumbres y vacilaciones. De no disponer de este abanico de recursos económicos, políticos e ideológicos los regímenes en cuestión se habrían derrumbado ya como castillos de naipes.

Si la debilidad "civil" del fascismo señala su talón de Aquiles y abre la posibilidad de conformar en un plazo más o menos breve un frente de masas capaz de derrocarlo, su fuerza militar impone la necesidad de crear una verdadera contrafuerza social dando a dicho frente la mayor amplitud, o sea convirtiéndolo en el punto de convergencia de las aspiraciones legítimas de todos los sectores antifascistas que constituyen la inmensa mayoría de la población. Este punto de convergencia no puede ser otro, a nuestro juicio, que el de la lucha por el establecimiento de una democracia avanzada que sea la fase mediadora entre la etapa de fascistización que estamos viviendo y la meta socialista que no tardaremos en alcanzar.

Me parece innecesario extenderme aquí sobre el contenido concreto de la fase de democracia avanzada, puesto que sus líneas fundamentales han sido ya trazadas por los partidos populares que son los auténticos portavoces de nuestros pueblos y la garantía de que las transformaciones previstas se llevan efectivamente a cabo. Sólo quisiera, antes de terminar con este breve ensayo, referirme a un punto particular de la controversia sobre el fascismo que a muchos desconcierta.

No hace mucho, alguien me preguntaba por qué si múltiples estudios sobre las dictaduras del Cono Sur coinciden en sus análisis concretos de lo que allí sucede en los planos económico, político e ideológico, difieren sin embargo en cuanto a la "caracterización" de la situación como fascista o no y sobre todo hacen (o hacemos) de este asunto una cuestión vital. Yo creo que la respuesta sólo puede provenir de la constatación de que en el marxismo no existen terminologías "puras" en el sentido de carente de connotaciones políticas, ideológicas y aun estrictamente simbólicas. Así como al hablar de un feudalismo latinoamericano uno no deja de revelar un mínimo siquiera de filiación con el denominado marxismo "tradicional", asimismo al emplear el término fascismo no deja de insertarse en cierta perspectiva política y agitar cierta bandera. Y he subrayado lo de "término" para poner de relieve que sin aquella filiación o esta inserción *conceptos* como los mencionados igualmente podrían expresarse con una palabra distinta, es decir con otro signo lingüístico. Técnicamente hablando nada impide que un significado (concepto) se exprese a través de cualquier significante.

Lo importante, para no caer en el puro nominalismo, es tener conciencia de que ninguna estrategia ni ninguna táctica pueden desprenderse de tal o cual palabra que empleemos, sino del análisis que hagamos de una situación determinada *conceptualizándola* adecuadamente. Quiero decir con esto que no porque denominemos "dictadura gorila" o algo por el estilo al régimen terrorista que el capital monopólico ha establecido contra el pueblo chileno va a cambiar un ápice de su *contenido* fascista, ni va

alterarse en nada la correlación de fuerzas objetivas que de esta situación se deriva. Y sería más ingenuo todavía suponer que la sustitución del término fascismo por otro es el acto de magia que permite "quemar" etapas y saltar de inmediato al socialismo. Si de cuestiones verbales dependiera el avance de la historia, con seguridad los grupos que desde hace mucho las cultivan habrían conseguido por lo menos un éxito en alguna parte del planeta. Tengo la impresión (a lo mejor errónea) de que esto todavía no ha ocurrido ni está cerca de ocurrir, mientras por otro lado me parece posible constatar un poderoso crecimiento de la conciencia *antifascista* en escala no sólo latinoamericana sino mundial. Creo que los intelectuales progresistas podemos contribuir con nuestros análisis y denuncias al robustecimiento de esta conciencia positiva y apoyar así las luchas de las genuinas organizaciones de masas. Es un punto de vista muy personal, pero a él me apego con firme convencimiento.

- ¹ *Reflexiones sobre el momento actual de América Latina*, publicado en *El día*, de México, los días 7 y 8 de enero de 1977.
- ² *O complexo agroindustrial no Brasil*, publicado en el semanario brasileño *Opinão*, 5 de noviembre de 1976.
- ³ Cf. nuestro artículo "Fascismo y economía en América Latina", publicado por la revista *Controversia*, N° 2, Guadalajara, febrero-abril de 1977.
- ⁴ "A propósito del fascismo", en *Escritos políticos*, Ed. ERA, México, 1971.
- ⁵ Revisense los múltiples editoriales que al respecto ha publicado Grondona en la revista *Visión* en 1976.
- ⁶ Me refiero a los cables publicados por los diarios mexicanos *Excelsior*, *El día* y *El sol* en la segunda semana de mayo del presente año.

Publicado en la "Revista Mexicana de Sociología", nro.1, año 39, enero-marzo 1977

Revolución Socialista

Periódico del
núcleo uruguayo
de COMBATE.

Box 5103
16305-SPÅNGA 5
Sweden

alternativa

"...es el fruto del esfuerzo de un grupo de uruguayos en el exilio, y no tiene otro compromiso que el que emana de su identificación con el destino del Uruguay y América Latina".

BOX 1028
16212 Vällingby
SUECIA

El neofascismo en América Latina

PEDRO VUSKOVIC

Publicado en ZONA ABIERTA,
Nro. 14/15, 1978

Presentación a la «Semana Latinoamericana», organizada por el Centro Cultural de Estudiantes de Belgrado, Yugoslavia, del 7 al 14 de noviembre de 1977.

LA CRISIS LATINOAMERICANA

1. No hay exageración alguna en hablar hoy día de una profunda crisis latinoamericana, ni en sostener que América Latina atraviesa una etapa particularmente decisiva de su historia, enfrentada como está a problemas y opciones fundamentales, cuya resolución tendrá, además, efectos muy importantes en todo el cuadro mundial.

Una de las expresiones más ostensibles de esa crisis es la entronización, en un número ya muy grande de países de la región, de unos regímenes de fuerza, brutalmente represivos, caracterizados como «neofascistas», y la amenaza latente de su extensión al resto del subcontinente.

2. El significado de tales regímenes se proyecta en todos los planos. En una profun-

dización extrema de la dependencia exterior y la subordinación a los intereses del capitalismo, imponiendo retrocesos implacables en la trayectoria histórica por afirmar la independencia económica nacional. En la regresión más despiadada de las conquistas sociales alcanzadas como resultado de muchas décadas de lucha de los trabajadores, para imponer términos agudizados de sobreexplotación del trabajo asalariado. En el arrasamiento de las construcciones institucionales forjadas en un largo recorrido de dominación democrático-burguesa, para reemplazarlas por la dictadura abierta del gran capital ejercida con mano militar. En las políticas que implantan de real genocidio económico y del destierro forzado que imponen a millones de personas. En los retrocesos ostensibles de toda expresión de vida cultural, de creación artística, de desarrollo científico. Y en la eficiencia de unas prácticas represivas que desconocen todo derecho humano o social, se sustentan en las tecnologías más adelantadas puestas al servi-

cio de la persecución y del asesinato; y articuladas a escala supranacional mediante la coordinación de los aparatos policiales y militares organizados por los instrumentos del imperialismo norteamericano.

3. No puede entenderse esa presencia así extendida de tales regímenes sino como expresión de una crisis muy profunda que los precede y motiva, y que con ellos profundiza aún más sus consecuencias. Una crisis en el curso de cuya gestación y desarrollo han venido quedando comprometidos progresivamente las estructuras económicas y sociales, las aspiraciones y valores tradicionales, los aparatos de dominación, las categorías sociales pluriclasistas y las concepciones ideológicas.

Se derrumbó la expectativa, predominante hasta la década de los cincuenta, de una América Latina capaz de afirmar un camino de desarrollo capitalista que la condujera a estadios comparables a los de las sociedades contemporáneas de capitalismo avanzado. La industrialización sustitutiva, la absorción de símbolos cada vez mayores de «modernización», la transformación de sus poblaciones en predominantemente urbanas, la multiplicación de las cifras del ingreso medio por habitante, terminaron mostrándose insuficientes para atenuar la dependencia, asegurar la continuidad del desarrollo de las fuerzas productivas y extender siquiera parte de sus frutos al conjunto de las poblaciones nacionales. Los hechos mismos levantaron el interrogante fundado de si, en definitiva, era viable para América Latina un destino en capitalismo y dependencia. O, cuando menos, si podría mantenerse —ante la agudización creciente de las luchas de clases a que conducían aquellas tendencias— la compatibilidad del sistema de capitalismo dependiente con un proceso de desarrollo democrático, por limitado que fuera.

4. Innecesario detallar las expresiones económicas de la crisis, de sobra conocidas. Pero sí es indispensable señalar al menos su

proyección a otros ámbitos, en que se reflejan las luchas que preceden a la entronización del fascismo, como el de los valores nacionales que comienzan entonces a tambalearse ante el avasallamiento de los capitales extranjeros. Las burguesías locales abandonan paulatinamente sus concepciones de un «proyecto nacional» para buscar su supervivencia en la articulación subordinada con los intereses del imperio. La extranjerización económica se hace también, cada vez más, una extranjerización cultural en su más amplio sentido.

Las organizaciones políticas populares reciben de esa realidad social el desafío de revisar sus concepciones; de reevaluar las posibilidades verdaderas de un papel transitoriamente progresivo de las burguesías locales ante la realidad nueva de la creciente articulación de éstas con los intereses imperialistas; de reexaminar la validez de centrar la lucha inmediata en torno a objetivos reformistas, o la necesidad, por el contrario, de encarar directamente propósitos de transformación revolucionaria. Y en esa última dirección, a partir de la resolución exitosa de la revolución cubana, enfrentan el desarrollo gigantesco de los aparatos de «contrainsurgencia» sostenidos por el imperialismo norteamericano, sufren la derrota de experiencias como la del gobierno popular en Chile y quedan enfrentadas a los más decisivos interrogantes sobre las formas eficaces de encauzar sus luchas futuras.

Las Iglesias son sacudidas profundamente en su interior ante la constatación de los grados de inhumanidad que supone el sostenimiento del capitalismo dependiente. No sólo cuando recurre a las formas más opresivas de dominación política, sino en su realidad permanente de exclusión y marginación de capas crecientes de las poblaciones, de la extensión persistente del desempleo y el subempleo, de las situaciones de «extrema pobreza» que afectan a tantos en contraste con el privilegio de unos pocos.

Las universidades experimentan conmociones comparables al reflejarse en su seno las fuerzas contradictorias que buscan, de un lado, constituir las en valla de contención a las tendencias de extranjerización y regresión, y, de otro, en los instrumentos de suministro de los cuadros tecnocráticos que demandan los grandes monopolios, que se imponen cada vez más sobre la vida nacional.

Y las fuerzas armadas son convocadas, como última instancia, a hacerse cargo de la defensa del sistema en crisis. Haciendo valer, por encima de su función de defensa nacional o de la extracción social de sus componentes, las necesidades «tecnológicas» que derivan de su concepción de la defensa en el mundo moderno, factor de dependencia de los aparatos militares latinoamericanos respecto al imperialismo y que determina, en definitiva, su disposición de servicio a los intereses de las grandes corporaciones.

En suma, una crisis de tal profundidad que no hay aspecto significativo de la vida nacional y social en que no terminen por reflejarse sus consecuencias.

UN NUEVO MODELO DE ACUMULACION CAPITALISTA

5. En el trasfondo de esa crisis sería erróneo interpretar la presencia de esos regímenes neofascistas, que cubren con su mancha negra una extensión ya tan grande del mapa latinoamericano, como fenómenos relativamente casuales en su simultaneidad, o brevemente transitorios en su función y permanencia. Tras ellos hay ciertamente fuerzas más profundas.

Como sería igualmente erróneo buscar la interpretación particular de cada uno de los elementos de la crisis latinoamericana que se constata, descuidando la identificación de sus raíces comunes.

Una y otra cosa reclaman un marco mayor de entendimiento en el que situar a la vez la

significación real de esas expresiones del fascismo ya entronizado y el riesgo de que se extiendan a otros países y el carácter y destino de la lucha con que se les enfrenta.

Estas notas buscan, como propósito principal, resaltar algunos elementos que pudieran contribuir a la definición de ese marco básico de interpretación. De ahí que no se insista en la denuncia de cuánto vienen significando esos regímenes para los pueblos latinoamericanos, sobre lo cual afortunadamente se ha forjado ya una clara y definitiva conciencia internacional. Tampoco resulta ser lo más importante, desde este ángulo, detenerse en una discusión sobre la propiedad o el rigor de su calificación como «fascistas», «neofascistas» o de «fascismo dependiente», cuestión que ha generado una viva polémica en los análisis latinoamericanos. En cambio, sí quisiera procurarse que los elementos de interpretación que se proponen sean tomados, desde el punto de vista de la polémica, no menos aguda — y de reflejo más directo en la acción política inmediata —, sobre el carácter que asume la lucha contra tales regímenes y los enunciados programáticos de los proyectos sustitutivos.

6. Con tal propósito, la línea de pensamiento central que proponen estas notas es la de que la extensión de regímenes de fuerza en América Latina, caracterizados como «neofascistas», viene a expresar en su esencia los requerimientos políticos del tránsito a un nuevo patrón de acumulación capitalista dentro del sistema de la dependencia¹.

Este nuevo patrón de acumulación — cuyos elementos comenzaron a insinuarse en las economías latinoamericanas desde los años

¹ Las páginas siguientes reproducen, en lo fundamental, parte de las ideas y formulaciones contenidas en un trabajo que elaboramos conjuntamente con Javier Martínez y que presentamos a la discusión del Seminario Permanente sobre Latinoamérica (SEPLA) con el título «Once proposiciones sobre la situación actual de América Latina».

cincuenta y toman cuerpo en la década del sesenta— se basa principalmente en la incorporación extendida de capitales trasnacionales, de elevada composición orgánica, y en la sobreexplotación del trabajo asalariado.

Su causa determinante se encuentra en las necesidades de reestructuración de la economía mundial por parte del gran capital imperialista y en la agudización extrema de las contradicciones en el plano interno, inherentes al modelo anterior de acumulación. Y, tanto por una razón como por la otra, no puede imponerse sino a través de agudas luchas de clases al interior de nuestros países.

7. El patrón anterior de acumulación, muy vinculado en su origen a la industrialización sustitutiva, buscó afirmar un desarrollo capitalista dependiente que conciliara las relaciones de dominación exterior neocoloniales, con algún grado de desarrollo «nacional»; las relaciones sociales capitalistas, con alguna diseminación de los frutos del crecimiento económico al conjunto de las poblaciones, y la explotación que le era inherente, con algunas expresiones de desarrollo democrático. Los objetivos de modernización y, en ocasiones, las políticas reformistas y populistas que puso en práctica buscaban precisamente asegurar esas conciliaciones.

La realidad puso de manifiesto, por el contrario, unos procesos incontenibles de creciente concentración, extranjerización y desigualdad, y, finalmente, un debilitamiento progresivo de la aptitud de los sistemas económicos para asegurar la continuidad del desarrollo de las fuerzas productivas, lo que condujo a tendencias cada vez más ostensibles a su agotamiento. Los signos de la crisis se hicieron evidentes en los desequilibrios externos e internos, en la profundización de la dependencia, la marginalidad de cuotas crecientes de las poblaciones, la extensión persistente del desempleo y el subempleo y las bajas tasas de crecimiento económico global. Situación que afecta al conjunto del subcontinente latinoamericano, si bien es más pronunciado en

los países de la región de mayor desarrollo económico relativo.

8. Se fundamentaron así unos postulados que en la década pasada llegaron a ser comunes en la izquierda latinoamericana, que anticipaban el «agotamiento» del capitalismo latinoamericano. Los hechos posteriores han mostrado que tales postulados estaban en lo cierto en un sentido y equivocados en otro. *Acertaban* en el sentido de que el capitalismo en América Latina era crecientemente incapaz de desarrollar las fuerzas productivas en nuestras sociedades, y que tal tendencia al estancamiento agudizaría las contradicciones sociales hasta límites críticos, es decir, hasta provocar crisis políticas muy agudas, lo que por lo demás sigue siendo válido hasta hoy como tendencia central. En cambio, *erraban* en el sentido de que lo que se agotaba no era el capitalismo en sí, sino un patrón específico de acumulación capitalista, y que, por tanto, las agudas contradicciones que desataba podían conducir *tanto* al fin del capitalismo en sí *como* al reemplazo del antiguo por un nuevo patrón de acumulación *capitalista*.

9. La «Alianza para el Progreso», en su intento de reformular las relaciones de dominación exterior en un esquema de mayor «cooperación económica internacional» y de aplacar las tensiones sociales internas con un programa de «reformas», representó el último esfuerzo por salvar los rasgos centrales del patrón de acumulación prevaleciente hasta entonces. Su fracaso, ineludible como era, marcó la crisis definitiva de ese patrón de acumulación.

La revolución cubana, por su parte, representó la primera resolución exitosa de la crisis en el sentido de un cambio del sistema mismo, en tanto que otras experiencias latinoamericanas posteriores encaminadas en la misma dirección concluyeron en su derrota. En estos últimos y los otros países, la preservación del capitalismo dependiente comenzó a demandar, sin embargo, como necesidad ineludible la alteración del patrón vigente de

acumulación, con sus consecuencias sociales y políticas, cuestionando la institucionalidad forjada en el curso del desarrollo anterior, la permanencia de las conquistas sociales impuestas por los trabajadores y la estabilidad del desarrollo democrático aun en los límites restringidos de la democracia burguesa.

10. Las luchas de clases que preceden al inicio pleno de la imposición del nuevo modelo de acumulación adquieren tal intensidad, virtual o potencial, que no pueden sino afectar profundamente y tender a descomponer los aparatos de dominación o categorías sociales pluriclasistas. De ahí que las Iglesias, las universidades, las fuerzas armadas sean sacudidas tan violentamente, y que sus componentes se polaricen en una lucha por poner el conjunto de la influencia del aparato respectivo al servicio del proyecto de una u otra clase antagonica.

Tales disputas tienden a resolverse, como tendencia general, según la ubicación estructural y las vinculaciones del aparato correspondiente (o de sus secciones internas) respecto al capital monopolico, por una parte, y/o a los servicios sociales, por otra. Lo que explica que en el plano ideológico la disputa se exprese frecuentemente en términos de una alternativa entre «tecnocracia» y «humanismo».

En unos casos, la vinculación unívoca del aparato a uno u otro polo de interés —como ocurre generalmente con las fuerzas armadas— determina una polarización relativamente uniforme de sus componentes, con lo cual tiende a producirse la adscripción del aparato, en su conjunto, a una u otra posición. En otros casos, cuando esa vinculación no es unívoca —como ocurre, por ejemplo, con las Iglesias—, la radicalización se expresa en una lucha al interior del aparato que tiende a romper su unidad interna.

11. La imposición plena del nuevo modelo de acumulación supone la resolución en favor de las clases dominante de los agudos conflictos interclases que se generan en el

agotamiento del antiguo y en las condiciones que ese nuevo modelo reclama como imprescindibles.

De hecho, el nuevo patrón de acumulación implica un estrechamiento sustancial de la base social de apoyo político, así como problemas mayores de reproducción, desventajas que se procuran salvar mediante la apelación a mecanismos extraeconómicos: la intervención permanente de las superestructuras. Lo cual quiere decir, contrariamente a la opinión habitual del desarrollismo, que la «modernización» capitalista de nuestros países, lejos de oponerse a ellos, *requiere* los sistemas políticos más «reaccionarios». En este sentido, lo que se entiende por «modernización» involucra el intento de redefinición brutal de la sociedad civil desde el Estado. Y en ello encontramos un nexo directo entre el cambio en el patrón de acumulación y las expresiones políticas que se manifiestan en la entronización de regímenes calificados como fascistas o neofascistas.

12. Si la imposición del nuevo modelo de acumulación requiere la resolución en favor de las clases dominantes de los conflictos interclase, su aplicación está llamada también a agudizar rápidamente las luchas interclases.

Esto último es consecuencia insoslayable de las profundas consecuencias que tiene el nuevo patrón de acumulación sobre la estructura económica y social de nuestros países.

Desde el punto de vista económico, cabría apuntar, entre otras, consecuencias como las siguientes:

a) una creciente polarización estructural de las economías, que circunscribe el dinamismo a un sector de alta modernización y fuertemente monopolizado, arrasa con los estratos «intermedios» y deja librados a su suerte a los sectores «tradicionales»;

b) una agudización extrema de los procesos de concentración, centralización y extranjerización del capital y una acentuación igualmente extrema en la regresividad en la distribución del ingreso;

c) una orientación crecientemente exportadora de las economías, que estrecha cada vez más la extensión de la demanda masiva de los mercados internos;

d) un crecimiento del ejército industrial de reserva a proporciones gigantescas como característica estructural y no coyuntural, y

e) en la mayor parte de los casos, una incapacidad consustancial para alcanzar niveles significativos de crecimiento.

Desde el punto de vista de la estructura de clases, habría que registrar, cuando menos, las consecuencias siguientes:

i) una creciente diferenciación y dominio de una fracción burguesa monopólico-exportadora asociada al capital transnacional;

ii) una depredación más o menos abrupta de las fracciones burguesas vinculadas en sus intereses al mercado interno de bienes-salario que se traduce en una tendencia a su disgregación, dispersión e incapacidad de desempeñar un papel hegemónico;

iii) una disminución de la proporción de la clase obrera en actividad productiva respecto al total de la población mientras se incrementa la masa de subproletarios compuesta por desocupados, trabajadores en pequeños negocios por cuenta propia y míseros servidores personales, y, en consecuencia, una dura exacerbación de los procesos de competencia obrera por la venta de fuerza de trabajo, y

iv) un empobrecimiento relativo y absoluto de las capas medias, con la sola excepción de aquellos sectores vinculados en su ocupación al gran capital monopólico o a los aparatos estatales que le resultan esenciales a éste como precondiciones políticas para su proyecto (principalmente, los aparatos represivos).

13. Las consecuencias económicas apuntadas y su reflejo en la estructura de clases son determinantes de la agudización de las luchas interclases.

Con la constatación de que tales luchas y sus expresiones políticas tienden de modo

general, en los términos del nuevo patrón de acumulación, a resolverse en favor de los sectores que mantienen una posición estratégica en la estructura y que su resultado conjunto es una polarización mayor de las luchas interclases y de las opciones políticas fundamentales.

Así ocurre, en primer lugar, al interior de las fracciones burguesas, con el enfrentamiento entre las fracciones exportadoras vinculadas al capital imperialista, de una parte, y de la otra, fracciones —más o menos «nacionales», según el caso— vinculadas al mercado interno de bienes-salario. Son las primeras las que se hacen cargo del nuevo modelo de acumulación y, en consecuencia, refuerzan su posición relativa en el conflicto intraclase. La lucha entre ambas fracciones se expresa en la alternativa entre dictadura o democracia burguesa, y por lo dicho, las fuerzas objetivas favorecen que sea resuelta en favor de la primera.

En segundo lugar, ocurre también al interior de las «clases intermedias», respecto de las cuales el nuevo modelo de acumulación viene a redefinir sus diferenciaciones. Tradicionalmente, tales diferenciaciones se originaban más que nada en el carácter propietario o asalariado de sus componentes, mientras el nuevo modelo de acumulación lleva más bien a una diferenciación distinta: principalmente, entre aquellos componentes (sean propietarios o asalariados) que se vinculan al gran capital monopólico y a los aparatos militares, y de otra parte, los que se vinculan, para decirlo de modo general, a las funciones y servicios sociales. Es esta nueva contradicción la que se expresa en la alternativa ideológica entre «tecnocracia» y «humanismo». En las condiciones del nuevo modelo de acumulación, estas luchas tienden a ser resueltas en favor de los componentes vinculados al gran capital monopólico y los aparatos militares; pero, además, lo que es especialmente importante, esa refragmentación que involucran conduce a la desaparición o progresiva neu-

tralización del papel político autónomo que las clases intermedias como conjunto llegan a representar en el anterior patrón de acumulación.

Y tercero, el proceso se refleja también al interior de las clases trabajadoras. En el nuevo modelo de acumulación, el mismo debilitamiento del papel político de las clases intermedias coloca a la clase obrera en posición de constituirse en la fuerza decisiva para el enfrentamiento con las nuevas condiciones de dominación. De allí que los conflictos entre la clase obrera, por una parte, y la pequeña burguesía desplazada y los agentes de la «reserva industrial», por la otra, que se expresa como programa de lucha en la alternativa entre un proyecto socialista y un proyecto de restauración nacional democrático, tiendan a ser resueltos en favor del proyecto socialista.

Todo lo cual lleva a polarizar las opciones políticas fundamentales en torno a, de un lado, la dictadura del gran capital como la la expresión más «eficiente» para la implantación del nuevo modelo de acumulación, capaz de preservar el sistema de capitalismo dependiente, y, de otro, la sustitución del sistema mismo en una dirección definida e inmediatamente socialista.

14. El proceso y los resultados de la lucha en relación a esas opciones políticas fundamentales caracterizan la situación actual de América Latina y las agrupaciones de situaciones nacionales que, de modo general, se identifican desde ese punto de vista.

En primer lugar, con la presencia hasta ahora singular de Cuba, de su transformación y construcción socialista, constituida en experiencia realizada que pone de manifiesto la significación social —en contraste con otras situaciones latinoamericana— de las posibilidades que abre la ruptura del sistema de capitalismo dependiente. Porque, sin alcanzar ritmos espectaculares de crecimiento económico global (por el contrario, más bien relativamente modestos, por lo menos hasta 1970),

Cuba llega a ofrecer el cuadro de una sociedad en la que se han resuelto los problemas de extensión de condiciones básicas satisfactorias de nivel de vida a la totalidad de la población; se han erradicado el desempleo y el analfabetismo y se ha logrado un desarrollo excepcional de los servicios de educación y de salud con alcances generalizados. Correlativamente, se ha modificado profundamente la estructura productiva, y se alcanzan ahora tasas de acumulación que sustentan ritmos de expansión considerablemente mayores. Al mismo tiempo se adoptan nuevas formas de organización social y se abren los canales para la expresión de una sociedad extraordinariamente participante, como etapa superior de desarrollo democrático. Y todo ello a partir de una situación inicial de dependencia particularmente profunda y deformadora, con problemas especialmente agudos de desocupación estacional y permanente, y en un país con notoria pobreza de recursos naturales.

En segundo lugar, un grupo de países con regímenes que procuran conciliar los avances progresivos del nuevo modelo de acumulación con la preservación de las expresiones de desarrollo democrático alcanzadas y, a veces, con esfuerzos de atenuación paulatina de la dependencia. Empeño cada vez más difícil por el fracaso sucesivo de diversas expectativas. En esos países, los problemas de relaciones económicas externas se suman a los de funcionamiento interno de los sistemas, alimentados recíprocamente en sus interrelaciones, configurando un cuadro de desequilibrios externos crecientes, de inestabilidad y desajustes internos, de tensiones sociales, de pérdida progresiva de dinamismo y de tendencia al estancamiento. Aun en aquellos casos en que llegan a alcanzarse expansiones económicas globales significativas y niveles relativamente altos del ingreso promedio, quedan lejos de resolverse los problemas más apremiantes de vida material de amplios contingentes de las poblaciones nacionales, en contraste con la otra realidad que se da en su

mismo interior, de modernidad avanzada, de consumos y formas de vida característicos de las sociedades capitalistas más adelantadas, de las que disfrutaban unas proporciones muy minoritarias de las mismas poblaciones. Se conforma en ellos una estructura productiva y se acumulan unas rigideces de todo orden que hacen cada vez más difícil su sostenimiento. Su signo dominante es el de la inestabilidad ante el acrecentamiento de unas tensiones sociales que no podrían contenerse por mucho tiempo en los marcos de unas prácticas de negociación que ven debilitadas cada vez más sus posibilidades reales. Vista desde otro ángulo, es la inestabilidad inherente a unas expresiones superestructurales forjadas en el curso de un patrón de acumulación que se agota, cediendo paso a otro que reclama otras condiciones para alcanzar su plena vigencia.

Y están las situaciones en que esa inestabilidad ha sido resuelta en favor del nuevo patrón de acumulación capitalista dependiente mediante la imposición de regímenes de fuerza, la entronización de los esquemas neofascistas de dominación. El contenido económico esencial de su proyecto busca superar los elementos externos de la crisis en una articulación más profunda y completa con los intereses del imperialismo, y los internos, en una reestructuración de la base productiva, al precio de una concentración y centralización extremas del capital, asociado estrechamente al capital extranjero, así como en una regresión de las conquistas sociales y una contención forzada de sus demandas, de modo que se acrecienten las posibilidades de acumulación interna y la retribución de los capitales extranjeros. La profundización de la dependencia y las condiciones de sobreexplotación del trabajo asalariado que están en la base del esquema, así como sus consecuencias sobre otras capas sociales, lo hacen incompatible con toda forma de expresión y desarrollo democrático e inducen, consecuentemente, a institucionalizar la represión como un requerimiento permanente de su sostenimiento.

15. La implantación plena del nuevo patrón de acumulación capitalista dentro del esquema de la dependencia marca así en América Latina la hora del fascismo. Y del poder asumido directamente por los aparatos militares, como sus agentes más «eficientes».

No se trata, con todo, de una cuestión mecánica, de relación absoluta entre el nuevo patrón de acumulación y las fuerzas armadas. Una comprensión más cabal del papel que éstas han pasado a desempeñar en América Latina no podría ignorar elementos muy importantes que constituyen, por así decirlo, su «lógica específica».

No configuran en ello una excepción respecto de los otros aparatos de dominación y categorías sociales pluriclasistas. En ellos, de modo general, los conflictos, más que definirse según el *origen de clase* de sus miembros, tienden a hacerlo según definiciones superestructurales (ideológicas, de disciplina, de fuerza, etc.); definiciones superestructurales que dependen a su vez del universo social con el que se relaciona el aparato correspondiente. En consecuencia, la dirección de la adscripción de un aparato o la profundidad de su ruptura, lejos de responder a un simple reflejo de sus divisiones horizontales de clase, depende de la fuerza y profundidad del proyecto ideológico de las clases antagónicas y de sus respectivas capacidades para expresarlos en términos de la lógica específica del aparato correspondiente.

En la lógica específica de los aparatos militares latinoamericanos pesa sustancialmente la concepción en que se han formado de *la defensa* en el mundo moderno y las necesidades de innovación y asimilación tecnológica que derivan de ella. Allí radica su principal factor de dependencia respecto al imperialismo y su disposición a servir los intereses de las grandes corporaciones. Es esa lógica específica la que condiciona su adecuación a los procesos de polarización —hacia «izquier-

da» o «derecha»—, que se dan en el conjunto de las clases y capas intermedias, y principalmente de las fracciones más «modernas» de la pequeña burguesía, de las que estructuralmente forman parte sus jerarquías.

16. En la situación actual de América Latina (con la excepción de Cuba), marcada por el paso de un modelo de acumulación a otro distinto y superior, pero también capitalista y dependiente, el nivel determinante de la acción de los aparatos militares y la de sus cuadros resulta ser su *condición de clase objetiva*, definida por su posición actual y cotidiana en la estructura, mucho más que su *origen de clase*, como podía sostenerse hasta hace algún tiempo.

Así miradas las cosas, las fuerzas armadas latinoamericanas pueden ser asimiladas desde el punto de vista tecnológico, al menos en los países de mayor grado de desarrollo relativo de la región, a verdaderas *empresas de enclave*. Con la particularidad de que no tienen «obreros propios», y las demandas de clases y soldados pueden ser mediadas frente a la conducción civil del Estado por las mismas jerarquías. «Enclaves» en el mismo sentido en que son dependientes, esto es, en el sentido de que operan con un «capital tecnológico» ajeno a las capacidades productivas sociales de la nación (e incluso en ocasiones a sus propias capacidades adquisitivas) y provenientes de sociedades cuyas fuerzas productivas se han desarrollado a su grado más alto. Dependen, a su vez, en consecuencia, de la innovación tecnológica que se desarrolla en esas sociedades.

Pero la incorporación de la tecnología militar avanzada implica, al mismo tiempo, la incorporación de las relaciones sociales, en cuyo seno ésta ha tenido origen: en particular, la incorporación de la división social del trabajo prevaleciente en la moderna empresa de guerra imperialista. De ese modo, los medios de destrucción arrastran consigo la transformación de los oficiales en los ingenieros y técnicos de la empresa bélica, pero la es-

tructura económica y social de su propio país no puede sustentar su desarrollo autónomo.

De ahí que, en el caso de la mayor parte de nuestras naciones, el Pentágono se constituya en el agente mediador entre los aparatos militares de enclave y las grandes corporaciones que constituyen el complejo militar-industrial norteamericano. Es por esa vía que el conjunto de los aparatos militares de nuestros países se vincula al gran capital transnacional, a la vez que, por la vía de la especialización profesional que requiere el instrumento tecnológico a su cargo, sus cuadros permanentes quedan desvinculados de los servicios sociales públicos e incluso de la vida social común.

17. Todo lo cual viene a significar que las fuerzas armadas latinoamericanas son dependientes precisamente en la medida en que *son* «profesionales», y no a la inversa. La actual configuración de los aparatos militares latinoamericanos da origen a un parentesco objetivo de posiciones sociales entre la oficialidad y los administradores y controladores (ingenieros, técnicos, etc.) de las subsidiarias de las grandes corporaciones transnacionales. Y es esa posición social objetiva de los militares la que tiende a hacerlos sustentar y apoyar una ideología tecnocrática del desarrollo, acorde con los intereses expansivos del capital extranjero.

18. Acaso sean elementos interpretativos como éstos los que puedan contribuir a una explicación más cabal del papel que, en el proceso de cambio del patrón de acumulación, han pasado a desempeñar las fuerzas armadas latinoamericanas. Y de su constitución en los portadores de los proyectos políticos neofascistas, no obstante su naturaleza esencial profundamente antinacional, que responden al nuevo modelo de acumulación.

Lo cual deja abierto el problema de hasta dónde el desarrollo de unas fuerzas armadas autónomas vendría a exigir un replanteamiento radical y completo de la propia profesión militar. Y éste, a su vez, un replanteamiento

radical y completo del problema tecnológico-productivo en nuestras sociedades.

19. Entretanto, el proyecto esencial del que las fuerzas armadas pasan a ser protagonista principal, por cuenta de intereses ajenos, tiene un carácter históricamente transitorio.

El proceso de implantación del nuevo modelo de acumulación atraviesa unas primeras etapas de graves consecuencias, económicas y sociales. Las medidas de reestructuración del sistema de precios, y simultáneamente las políticas «estabilizadoras» que supuestamente tienden a moderar su impacto inflacionario, cumplen la función de contraer brutalmente los salarios reales, condición para poner en marcha el modelo y favorecer su orientación «exportadora». De ahí las profundas caídas de producción, que constituyen, en la mayor parte de los casos, depresiones conscientemente provocadas. De otra parte, se estimula el funcionamiento especulativo del capital, con el fin de lograr su centralización más acelerada, y la violenta translación de capitales a la especulación financiera, con lo cual, generalmente, cae drásticamente la tasa de inversión real.

A más largo plazo, la concentración de demanda que se origina en la pronunciada redistribución regresiva del ingreso conduce a una creciente deformación de la estructura productiva, caracterizada por un deterioro o abandono progresivos de la producción de bienes-salario. La capacidad de alcanzar niveles significativos de crecimiento pasa a depender de las condiciones de demanda del mercado mundial y de las condiciones de competitividad de las empresas nacionales en ese mercado, por una parte, y, por otra, del tamaño absoluto y relativo de los sectores internos de consumo privilegiado. Con la doble observación adicional, respecto de lo primero, de que la demanda externa es en alto grado fluctuante y de que las condiciones de competitividad sólo pueden alcanzarse en unos pocos rubros productivos o mediante la con-

tracción brutal y permanente de los salarios reales, y que, además, una y otra cosa dependen de la asociación subordinada al gran capital transnacional y de la sujeción al nuevo esquema de división internacional del trabajo que se desarrolla bajo su égida.

En cualquier caso, y aun en las condiciones óptimas, por lo que toca tanto a los factores externos como a los internos, las condiciones de subordinación al capital transnacional que el modelo supone necesariamente implican su incapacidad consustancial para acortar la brecha de potencial productivo social entre nuestros países y los de capitalismo avanzado.

EL CARACTER DE LA LUCHA ANTIFASCISTA

20. La lucha antifascista se identifica así con la lucha contra ese nuevo modelo de acumulación capitalista en las condiciones de dependencia. Pero no puede identificarse en modo alguno con la defensa del viejo modelo: es el agotamiento de éste el que motiva la aparición de aquél, que viene a surgir cuando tal agotamiento es históricamente irreversible. Pretender reeditararlo no pasa de ser una aspiración nostálgica, porque fueron precisamente sus impotencias las que condujeron a la crisis que diera nacimiento al nuevo patrón o modelo.

21. En la fase anterior del subdesarrollo latinoamericano, el esquema sustitutivo requería de un Estado cooptador en que cristalizaran alianzas de clases de relativa amplitud social. Ello permitió el surgimiento y desarrollo, al interior del campo popular, de una ideología democrático-reivindicacionista y de una estrategia «participativa» que buscaba transformar gradualmente la estructura económica y social por la vía de la expansión democrática.

Ese proyecto vio influido y favorecido su desarrollo por el crecimiento del peso político relativo de las clases medias asalariadas como consecuencia, principalmente, de la ex-

pansión del aparato administrativo de un Estado crecientemente proteccionista, intervencionista y subsidiador.

Otra es la situación en la fase actual. El propio carácter excluyente del nuevo sistema no da lugar a la cooptación y la participación. Y, por tanto, las clases populares y sus organizaciones políticas pueden independizarse definitivamente de los límites, tanto nacionales como formales, del Estado militarizado existente.

22. El proyecto democrático-reivindicacionista no se gestaba al margen del Estado burgués, que conducía el modelo de la industrialización sustitutiva. Por el contrario, se correspondía muy bien con él y con sus características; más aún, asumía sus intereses y, para su sustentación política, se surtía, en parte importante, de sus propios cuadros administrativos. Como participante activo del Estado existente, no podía ni buscaba desbordar sus límites.

De ahí que el proyecto democrático-reivindicacionista no se propusiera la destrucción de ese Estado y su reemplazo por un Estado de nuevo tipo. Representaba, más bien, una gran negociación colectiva en escala nacional, orientada principalmente a redefinir los términos de la distribución del ingreso y de los beneficios sociales. En cambio, a los ojos de la nueva fracción burguesa, que afirmaba progresivamente su dominación, el desarrollo de ese proyecto sí subrayaba la crisis del Estado cooptador y apuntaba, por tanto, a la necesidad de sustituirlo.

Es un hecho que, en lo esencial, los proyectos democrático-reivindicativos han estado presentes bajo diversas formas (más o menos radicales) en todas las situaciones de crisis del Estado burgués-cooptador. Pero también lo es que en todas esas situaciones la coyuntura de ruptura de la antigua forma estatal ha terminado por fragmentar la base social de esos proyectos, abriendo paso a la contrarrevolución burguesa y al ascenso de la dictadura del gran capital.

Lo que cabe constatar es que en la base de esa fragmentación se encuentra la ausencia de una verdadera hegemonía proletaria. La propia ideología reivindicacionista se convirtió, en este sentido, en un obstáculo importante al desarrollo de una *conciencia política* de clase y de un *proyecto nacional* propio, por parte de la clase obrera, con capacidades de convocatoria y cimentación respecto a las restantes clases populares.

23. El carácter manifiestamente excluyente de la nueva forma estatal descubre el velo integrador de la forma precedente. Facilita, en consecuencia, el desarrollo de esa conciencia de clase, así como la identificación de un proyecto nacional propio de la clase obrera, y crea las condiciones para una conducción hegemónica proletaria.

Con dos vertientes adicionales que dan nuevos rasgos y más fuerza a esa perspectiva.

De una parte, la tendencia a la disolución del carácter «nacional» de los Estados latinoamericanos (en rigor: su «transnacionalización») y a la ruptura con sus límites por parte de las clases populares lleva a una creciente continentalización de la lucha de las clases antagónicas.

De otra, la progresiva internacionalización del capital en los sectores clave de las economías latinoamericanas tiende a producir un acercamiento objetivo entre las luchas populares de nuestro continente y el movimiento obrero y popular de los países centrales del capitalismo, tendencia que se acentúa en razón de la actual crisis capitalista.

24. Como se ha dicho, el nuevo patrón de acumulación, por la excepcionalidad del esquema político que le es consustancial, es históricamente transitorio. Pero hay que decir también que los plazos de su tránsito están determinados únicamente por el nivel que alcancen las luchas populares para romper el marco de la *coerción estatal*.

Por esta razón, la piedra angular del curso próximo de la historia latinoamericana reside en los tiempos de la manutención o ruptura

de este marco coercitivo actual. Si éstos se prolongan, la estabilidad persistente de la coerción tenderá a (y puede producir) un reordenamiento radical de la vida civil que transforme el imperio actual de la fuerza en normatividad legitimada por la reiteración. La alternativa es el hostigamiento que impida su cristalización y, en definitiva, el enfrentamiento. Con la anotación adicional, y fundamental, de que es la capacidad sostenida de llevar la *iniciativa* en ese enfrentamiento la que pasa a ser la condición principal y determinante para conquistar la hegemonía al interior de esa inmensa mayoría social objetivamente lesionada en sus intereses; capacidad que, en último término, sólo puede mantener la clase obrera.

Porque en los países latinoamericanos, en que el nuevo modelo se ha impuesto políticamente, sólo la fuerza propia e independiente de cada clase *vis à vis* el marco estatal de coerción cuenta como medida del peso específico que ha de corresponderle en cualquier alianza opositora. De allí que la cristalización de «bloques» opositores propiamente tales

depende de que se precipite la «significación» de cada clase en la nueva estructura y se revele su *fuerza autónoma* efectiva en el plano de la lucha por el poder bajo las nuevas formas políticas.

En las nuevas condiciones, para el proletariado latinoamericano existen sólo dos tipos de tareas que conforman su perspectiva de lucha: las inmediatas, marcadas por la necesidad de levantar una capacidad de iniciativa sostenida en el enfrentamiento a las dictaduras, y, más allá de ellas, las que conducen a la conquista de la hegemonía de su proyecto socialista al interior de las masas oprimidas y de quienes están contra las fuerzas opresoras.

Las tareas intermedias —la de los «recambios» o de las reconstituciones democrático-burguesas— han pasado a ser, a lo más, proyectos de unas clases intermedias que han perdido posición en la estructura ahora vigente y no tienen la fuerza para impulsarlas. Y, por lo mismo, son proyectos que carecen de viabilidad.

Comunidad

Box 151 28

104 65 STOCKHOLM



CUADERNOS DE MARCHA

Las solicitudes de suscripción en Europa deben dirigirse a:

GRISUR
Compte Nr.12-14847
Geneve
Suiza

Socialismo y fascismo en América Latina hoy *

THEOTONIO DOS SANTOS

1. *Un Balance Histórico*

La historia política reciente del subcontinente latinoamericano está marcada por la decadencia o debilitamiento de las corrientes nacionalistas y democráticas burguesas y por una radicalización política que tiende a poner frente a frente regímenes de fuerza con creciente contenido fascista y movimientos populares revolucionarios de progresiva tendencia socialista. La constatación de la existencia de esas tendencias se puede verificar cuando analizamos el proceso de lucha de clases en el continente después de la Revolución cubana y observamos que éste llegó a agudizarse en ciertos momentos, en los cuales se manifestó de manera cada vez más abierta la polarización que señalamos. Veamos algunas de esas coyunturas:

En 1961-64 hay una agudización de la lucha de clases en Brasil en respuesta a un intento golpista de derecha en 1961. En 1964 se conformó un enfrentamiento entre, de un lado, una alianza de fuerzas populares (expresada en el Frente de Movilización Popular que reunía las centrales obrera, campesina y estudiantil, el comando nacional de los sargentos y los oficiales nacionalistas, el frente parlamentario nacionalista, y que apoyaba al gobierno del presidente Goulart que hegemonizaba este conjunto de fuerzas sociales) y del otro lado la movilización de la derecha en torno a un movimiento de masas "por la familia, por Dios y por la propiedad", un frente parlamentario anti-comunista y la conspiración militar derechista, todo lo cual fue apoyado y articulado por un comando

* El presente trabajo fue elaborado como tesis para el V Encuentro de la Tribuna Internacional sobre "El Socialismo en el Mundo" a realizarse en Cavtat, Yugoslavia, del 27 de septiembre al 3 de octubre de 1976.

militar dirigido por el propio jefe del Estado Mayor de Goulart (Mariscal Castelo Branco) y por la CIA. Este enfrentamiento nunca asumió una forma ideológica abierta entre socialismo y fascismo apareciendo como expresiones radicalizadas del nacionalismo de tendencias populistas y el liberalismo conservador de tendencias autoritarias. Sin embargo, la radicalización del enfrentamiento que rompió con 150 años de tradición constitucional brasileña (sólo interrumpidos por las luchas post-independientistas, la declaración de la república en 1889 que sucedía al Imperio, por la revolución de 1930 y por el gobierno del Estado Nuevo de Vargas en 1937-45) mostraba la gravedad del momento histórico y el paso hacia una nueva fase política marcada por un Estado de excepción permanente, en constante ampliación de su área de autoridad e intervención en la sociedad civil. La ideología fascista quedaba instalada en el poder combinada y hasta subordinada a fuerzas conservadoras con matices liberal-autoritarios.

El caso brasileño era el presagio de nuevos acontecimientos que indicarían la existencia de una tendencia histórica. En todos ellos interviene la mano brasileña, base de apoyo continental de una corriente política autoritarista que se sumaba a los organizadores internacionales de esta ola represiva: la CIA y el Pentágono.

En 1966, en Santo Domingo, un enfrenamiento entre militares tiende a convertirse en una guerra civil y el general Caamaño, líder de una de las facciones, entrega armas al pueblo. La respuesta del imperialismo se hace directa y rápida: se produce la invasión norteamericana de Santo Domingo, seguida del apoyo de la OEA y la formación de un ejército de ocupación interamericano encabezado por Brasil. De tal intervención resulta un gobierno conservador dirigido por Balaguer apoyado básicamente en sus fuerzas armadas y en las de ocupación.

En este mismo año, en Argentina, después de varios períodos de confrontación entre los sectores liberales civiles, los militares conservadores y el peronismo intentan instaurar un régimen militar dirigido por el general Onganía que debería reproducir el aparentemente exitoso modelo político brasileño. Este gobierno se enfrenta sin embargo a un movimiento obrero organizado, muy flexible y táctico que limita el poder de acción de la dictadura y somete la vida política nacional, a una fuerte presión, cuyo punto culminante es la explosión del cordobazo, que se alía a una lucha guerrillera bien dirigida para lograr los objetivos de retorno del peronismo que se da en 1971. (Paralelamente se forman movimientos guerrilleros independientes del peronismo, como el ERP, que desarrollan una estrategia propia a largo plazo). Entre 1971 y 1976 la vida política argentina se verá marcada por un auge de masas sobre todo obrero, de los más significativo del continente, aliado o paralelo a un movimiento guerrillero de gran aliento y un ataque violento de la derecha peronista (masacre de Ezeiza y formación de las AAA, hegemonía del aparato estatal por el fascista declarado López Rega) y del aparato militar. Tal proceso tiene su primera culminación en el golpe de Estado de 1976, que busca imponer el camino del Estado autoritario conservador pero que cuenta con una corriente fascista muy activa la cual parece adquirir la hegemonía en ciertas circunstancias.

En 1968, un grupo militar de orientación nacionalista y populista se apodera del poder en Perú abriendo un período de transformaciones importantes en este país: nacionalización de la Gulf, del cobre, de los bancos, de la industria pesquera, de las tierras de la costa, etcétera. Posiblemente fue el único caso reciente de una importante transformación nacional-demo-

crática exitosa en el continente. En ella, no participaron activamente las masas, que sin embargo desarrollaron su capacidad organizativa y su conciencia política en el contexto de las medidas progresistas del gobierno militar. Con el tiempo se va formando una organización sindical y campesina paralela a los intentos de control estatal, la cual empieza a chocar con la estructura rígida y tecnocrática del poder militar. En estas circunstancias la corriente militar más progresista busca formas de articulación con estas bases fracasando en general debido a sus concepciones paternalistas y a sus compromisos políticos institucionales. Al mismo tiempo, una corriente militar de derecha intenta formar una base de masas para-fascista. Ambas corrientes se debilitan y el proceso sigue su camino centrista hasta el momento, con un matiz conservador creciente.

En 1970-71, se produce en Bolivia un nuevo contexto político importante: después de años de gobiernos militares, inaugurados en 1960, que buscaron liquidar el fuerte movimiento obrero que había realizado con los campesinos la revolución de 1952, aparece una corriente militar nacionalista y popular que se apodera del Estado con apoyo del movimiento obrero y estudiantil. Este hecho abre camino a la formación de una Asamblea Popular, una especie de poder dual abierto que busca someter el gobierno militar a su dirección y aspira constituir un nuevo Estado socialista. Otra vez, la respuesta de la derecha no se dejó esperar. Ella fue articulada dentro de las fuerzas armadas, se apoyó en sectores de la pequeña burguesía y del campesinado acomodado y fue asesorada por la dictadura brasileña y por la CIA. En 1971 el jefe de Estado Mayor del gobierno del general Torres, el coronel Banzer, inició el golpe y después de una resistencia armada relativamente débil, se apoderó del poder.

Los procesos aparentemente aislados que describimos forman parte de una suerte de lucha de clases continental, que encuentra su culminación en Chile entre 1970-73. En este país la lucha de clases llega a sus últimas consecuencias y la lucha ideológica y política, amortiguada por el retraso de la sociedad civil de los otros países, esclarece de manera definitiva el contenido del proceso en curso en el continente.

El gobierno de la Unidad Popular es el primero que se establece en América Latina habiendo planteado un programa de objetivo socialista antes de llegar al gobierno. Incluso el gobierno revolucionario cubano sólo se convirtió en socialista dos años después de su llegada al poder. La instalación del gobierno popular chileno fue el resultado del fracaso del reformismo demócrata cristiano y de la radicalización interna que sufrió este partido en consecuencia de la autocrítica que realizaron sus sectores democráticos (muchos de los cuales rompieron con la D.C. para reforzar la Unidad Popular).

El gobierno popular disponía, en consecuencia, de un respaldo mayoritario para las medidas anti-imperialistas y anti-latifundistas de su programa. Cuando estas medidas se completaron en el período de 1 año y medio y se plantearon las medidas antimonopólicas (nacionalización de las grandes empresas) y socialistas (planificación, dirección obrera, cambio del Estado burgués por otro basado en el poder popular) del programa de la UP, se produce el quiebre de este frente tácito y se inicia la lucha abierta entre la izquierda y la derecha para ganar los sectores medios aún indefinidos. Por un lado los trabajadores buscaban conformar un poder popular que estableciese las bases organizativas para profundizar las medidas tomadas y crear un nuevo tipo de Estado. De otro lado las fuerzas conservadoras y un sector fascista cada vez más organizado presionaban sobre la Democracia Cristiana y las fuerzas armadas para esta-

blecer una alianza en contra de la Unidad Popular. Las movilizaciones de masa, las acciones terroristas, la desorganización de la economía, el cerco parlamentario y jurídico, el terrorismo psicológico y la exacerbación de la propaganda irracionalista en los amplios medios de comunicación que poseía la derecha, asesorada y económicamente sostenida y dirigida por la CIA, culminaron con el golpe de Estado, en el cual apoyó directamente el Pentágono y que fue dirigido (¡una vez más!) por el Jefe del Estado mayor del Gobierno Popular.

Estos hechos son los más significativos: son las situaciones de punta de un proceso revolucionario y contra revolucionario continental. Tenemos también el caso de Uruguay, donde se formó un Frente Amplio que disputó elecciones con buenos resultados y donde los Tupamaros alcanzaron un alto grado de simpatía popular; y este país de una secular tradición liberal terminó en 1973 bajo un gobierno militar de los más represivos del continente. Está el caso de El Salvador, donde la Unión Nacional Opositora (UNO) ganó efectivamente las elecciones de 1971 y fue impedida de asumir el poder por el viejo mecanismo del fraude electoral y que terminó bajo un golpe militar de tipo institucional. Se dio también el caso guatemalteco, donde el movimiento guerrillero alcanzó un auge muy importante en el primer lustro de la década del 60 y terminó bajo otro gobierno militar. Otras varias situaciones similares dieron resultados no tan radicales, pero sí fórmulas intermedias.

2. Algunas lecciones generales

¿Qué nos enseñan esos hechos?

Ellos nos demuestran claramente tres cosas:

Primeramente, que hay un proceso de radicalización creciente de la lucha de clases en el continente y que las opciones ideológicas intermedias van perdiendo fuerza y dando lugar a soluciones extremas que rompen con una tradición histórica de compromisos e inaugura una nueva fase económico social y político ideológica. Eso no quiere decir que esas opciones intermedias no subsistan e incluso se mantengan en el poder en ciertos países. Sin embargo, de una forma o de otra aun estos regímenes que mantienen ciertos patrones democráticos se ven afectados y pasan por modificaciones, más lentas, pero que reflejan en lo fundamental las mismas dos tendencias generales señaladas.

En segundo lugar, el proceso de radicalización descrito conlleva en sí una tendencia a la formación de frentes de trabajadores de la ciudad y del campo que arrastran sectores de la pequeña burguesía y de la intelectualidad hasta un cierto punto en que la lucha de clases asume un carácter decisivo y se plantea la complementación de las tareas anti-imperialistas, antilatfundistas con la destrucción del monopolio industrial y financiero, su nacionalización y la centralización del poder económico en manos del Estado para iniciar la planificación de la economía y un proceso de construcción socialista. El paso a esta segunda fase del proceso revolucionario encuentra dos tipos de limitación:

a) Una limitación ideológica debida al contenido esencialmente democrático y nacional de los programas políticos populares y la falta de preparación ideológica del frente mencionado para dar este salto programático. Los obreros y sectores de la intelectualidad tienden a anticipar tales transformaciones más fácilmente que los otros sectores del frente, pero les falta experiencia y elaboración estratégica, táctica y organización para superar solos el impase en el momento preciso en que se hace

necesario arrastrar consigo a los demás sectores populares.

b) una limitación social que se debe a la aparición de una contradicción objetiva en el seno de las fuerzas que componen el movimiento de masas cuando se agota la fase destructiva de un gobierno popular. La pequeña burguesía se ve amenazada por un proceso de socialización que se anuncia anárquicamente. La vacilación de las fuerzas populares y su división interna no permiten entregar soluciones, la economía tiende a estancarse, la inflación genera una gran intranquilidad social y demuestra la incapacidad del gobierno y del movimiento popular para resolver el empate de fuerzas sociales y políticas. En este momento se crean las condiciones sociales, políticas, ideológicas y psicológicas para la movilización activa de la derecha las cuales permiten arrastrar a la mayor parte de la pequeña burguesía hacia su lado y llevar a cabo el golpe de Estado exitosamente.

En tercer lugar, el surgimiento de regímenes de derecha, en tales circunstancias, no tiende a producir un fenómeno pasajero. La derecha sabe que necesita limpiar totalmente la vida política de los riesgos que llevaron al avance del movimiento popular y logra transmitir tal sentimiento a amplios sectores pequeños burgueses, que quedan traumatizados con la "anarquía" anterior (anarquía en parte real, pues al no completarse el proceso de transformación revolucionaria, las medidas tomadas en la primera etapa son anuladas por la situación social de indefinición posterior y, sobre todo, pierden su sentido original al ser deshechas o manipuladas, bajo un nuevo signo, por la burguesía triunfante). Tal situación de terror contrarrevolucionario dominante conduce pues al vasto movimiento de fuerzas golpistas a entrar en la etapa siguiente en la cual el gran capital nacional y sobre todo internacional, asume el control del conjunto del proceso contrarrevolucionario. En esa nueva etapa de acción los gobiernos contrarrevolucionarios tratan de adoptar aquellas medidas que, según los teóricos del gran capital son las que permiten superar de manera definitiva los factores que permitieron el avance del movimiento popular y amenazaron la sobrevivencia del régimen económico social. Según esa interpretación, esos factores serían los siguientes:

a) las condiciones democráticas favorecidas por las libertades públicas democrático-burguesas serían la primera causa de la crisis vivida. En tal circunstancia, al nuevo régimen le cabe implantar el terror generalizado, la represión sobre las organizaciones de masa y los partidos populares y aun sobre sus aliados liberales que obstaculicen las medidas represivas, la censura sobre los medios de comunicación de masa, el control e intimidación de los intelectuales y de las universidades en particular. De esta manera se plantea una política sistemática represiva cuyo fundamento ideológico y psicológico es el de restablecer el orden social perdido.

b) la legislación liberal se convierte pues en un límite a esa política represiva y hace necesario establecer un Estado de excepción. Algunos sectores de orientación ideológica fascista plantean la formación de un Estado corporativo, tarea poco real en esas condiciones, debido al carácter altamente impopular de las medidas económicas que se adoptan para favorecer al gran capital y destruir la capacidad de reacción política de las grandes mayorías democráticas, e incluso de los sectores pequeño burgueses que apoyaron el golpe pero no se sienten contentos con el proceso de concentración económica y centralización de capitales que patrocina el gobierno generado por el golpe. A pesar de sentirse atraídos por un gobierno corporativista, los sectores pequeño burgueses no atraen

la confianza suficiente del gran capital, ni disponen de la fuerza necesaria para imponerle sobre todo al capital internacional, su punto de vista y su participación institucional en el Estado por la vía del corporativismo. A pesar de esas diferencias, hay, sin embargo, un acuerdo general de fortalecer al Ejecutivo, de debilitar o extinguir el parlamento, y de aumentar el poder represivo del Estado.

Ideológicamente los dirigentes golpistas tienden hacia un ideal conservador de vida de carácter liberal y privado, que sea consistente con la conservación de la sociedad civil. En general, en un primer momento, todas las limitaciones a la vida privada establecidas por el golpe se consideran como una situación transitoria. Sin embargo, la situación concreta atenta en contra de esta noción de transitoriedad. En Brasil, en 1964, se suspendieron los derechos políticos de los enemigos del nuevo régimen por 10 años, 12 años después no desaparecen las condiciones de excepcionalidad y se toman nuevas medidas de restricciones de derechos de los antiguos políticos. Al aprender esa lección el nuevo golpe de Estado uruguayo de 1976 aumentó el plazo de la suspensión de los derechos políticos de sus enemigos a 20 años. De esa forma, hay un compromiso real y cada vez más ideológico entre los sectores conservadores y los fascistas en búsqueda de una fórmula política autoritaria que suprima la condición de excepcionalidad y acepte la concepción de un nuevo Estado mucho más próximo al Estado fascista que al liberal autoritario.

En el plano económico se tiende al principio a restablecer sobre nuevas bases los principios de la libre competencia amenazados por las medidas intervencionistas de los gobiernos populistas y por los varios compromisos sociales del Estado, que afectaban la eficiencia y la productividad. Para ello es necesario atenuar las presiones del movimiento popular y manejarlo. Derrotado este movimiento y con la fuerza del Estado totalmente en manos del gran capital, éste no vacila en establecer las condiciones económicas perfectas para limpiar las empresas y los órganos públicos de los "excesos" de trabajadores, así como en destruir por la quiebra a las empresas ineficientes, en general de pequeña dimensión. Se instaura el reino de la "eficiencia" y la "productividad" y se desarrollan amplias campañas publicitarias para demostrar la preeminencia del crecimiento sobre la distribución del ingreso y de lo productivo sobre los "derechos sociales", etcétera.

Cabe señalar sin embargo que tal proceso no puede excluir un aumento creciente de la intervención estatal sobre todo como producto directo. Al Estado se le exige con todo, alta eficiencia para servir a los objetivos desarrollistas del gran capital. Esta eficiencia mostrará posteriormente contradicciones con los objetivos económicos liberales, al aumentar la capacidad competitiva de la empresa estatal, al ampliar su capacidad de acumulación y por lo tanto su expansión hacia sectores económicos de altas tasas de ganancia que normalmente se reservan al sector privado. Asimismo, la intervención del Estado sobre la economía, aun cuando sea para favorecer el proceso de acumulación con un mayor grado de concentración y centralización hace que aumenten al mismo tiempo sus instrumentos de acción así como el apetito intervencionista de la burocracia y la tecnocracia estatal.

Este conjunto de elementos políticos, jurídicos, ideológicos y económicos indican claramente que las dictaduras no vienen por un período pasajero sino para durar. Para que esta tendencia a la *duración* se convierta en una ideología abiertamente anti-liberal, que pretenda instaurar *defini-*

tivamente un régimen totalitario de carácter fascista, sólo hay una tenue barrera. Los regímenes dictatoriales actuales son pues una primera fase de un proceso de fascistización de más largo plazo. Cabe pues discutir más teóricamente la cuestión del fascismo, sea bajo su forma clásica, sea bajo su forma dependiente y atípica.

3. *Sobre la teoría del fascismo*

La discusión teórica sobre la posibilidad, viabilidad y características de un fascismo dependiente está en curso en América Latina. Ella tiene que pronunciarse sobre tres problemas. ¿Cuáles son las características esenciales del fascismo? ¿Cuáles son las condiciones históricas que llevan a su surgimiento en el subcontinente latinoamericano? ¿Cuáles son los elementos específicos que presenta esa modalidad del fascismo? Examinemos rápidamente cada uno de ellos.

Habiendo surgido en Italia en 1919 y llegado al poder en 1922, el movimiento fascista se extendió a toda Europa, a Estados Unidos y a América Latina. Posteriormente con el golpe de Estado de Pilsudsky en Polonia, en 1926, de inspiración fascista y con la victoria del nazismo en Alemania en 1933, el fenómeno fascista se presenta ya no solamente como un movimiento político, sino como una alianza de Estados nacionales que se extiende a España, Japón y posteriormente a casi toda Europa Continental ocupada por Alemania y formada de gobiernos colaboracionistas del nazismo.

Se hace pues necesario distinguir dos aspectos en el fenómeno fascista: el movimiento político y la formación de Estados fascistas, aliados y colaboracionistas.

Teóricamente se podría admitir la existencia de un Estado fascista que no fuese generado por un movimiento fascista sino por una ocupación o un golpe militar y así sucedió en Europa desde 1939 a 1945. Por otro lado se podría admitir el ascenso al poder de un movimiento fascista en posición subordinada aunque no se lograra establecer un Estado fascista, sino solamente formas parciales del mismo. Después de todo, el establecimiento de una legislación fascista en Italia, Alemania, España y Portugal fue el producto de largos años de negocios con los conservadores quienes abrieron en general la puerta hacia el fascismo.

La distinción señalada es también importante desde el punto de vista socio-económico, es decir, del contenido de clases del fascismo. El movimiento fascista surge en general en medios pequeños-burgueses, del lumpen proletariado y de sectores decadentes de la oligarquía terrateniente.

Mientras está formado por estos sectores tiene en general una vida vegetativa, escaso financiamiento y tendencias ideológicas anti-capitalistas al mismo tiempo que anticomunistas. El fascismo sólo se convierte en una fuerza capaz de llegar al poder y mantenerse en él cuando atrae el interés y el apoyo del gran capital. Este apoyo se produce cuando éste necesita de las bandas fascistas para enfrentarse al comunismo o la revolución popular. La gran burguesía acepta pactar con esos bandos de desclasados y admite entregarles el poder sólo como último recurso, cuando su base social está profundamente minada. El movimiento fascista puede cumplir el papel regenerador del capitalismo porque expresa exactamente los temores, deseos, ambiciones y valores pequeño burgueses liberados de las trabas sociales que sofocan cotidianamente a la pequeña burguesía.

Estos valores pueden servir al gran capital por su anticomunismo y su ansia de liderazgo autoritario capaz de unificar por la violencia a una clase dispersa y anárquica en sus relaciones económicas y sociales. Ellos permiten justificar la represión al comunismo y a la revolución, represión aún más aceptable para un pequeño burgués que odia al proletario que es menos culto y más bruto y mal vestido que él, pero que está organizado en muchos más casos, posee ingresos superiores a las capas bajas de la pequeña burguesía, y tiene al futuro de su lado. Por fin, el pequeño burgués odia al proletario como símbolo de su futura proletarización, que él quiere evitar a toda costa. El pequeño burgués es pues la base social adecuada para realizar la represión del movimiento proletario. El fascismo enseña el arte de movilizar activamente a esos sectores y pasa a ser necesario cuando la clase obrera amenaza al orden capitalista, sin dar el paso decisivo hacia el socialismo, cuando se desgasta, se divide y se confunde políticamente y se expone así a la represión.

Pero el Estado fascista es un resultado de la fusión de este movimiento pequeño burgués con la burguesía, particularmente con los grandes capitalistas y tiene una base social distinta. Vimos que el movimiento fascista sólo puede llegar al poder de la mano de los conservadores y específicamente cuando el gran capital, que domina al Estado y a la sociedad, lo necesita, lo acepta y lo promueve. El régimen fascista deberá reflejar en consecuencia los intereses hegemónicos del gran capital. Esto entra en contradicción aparente con la base social del fascismo. Esta contradicción se manifiesta cuando el régimen se instaura y tiene que destruir el ala antimonopolista del movimiento, sujetar los grupos paramilitares y lograr un acuerdo político e ideológico con el sector de los conservadores dispuestos a aliarse con el fascismo. Cabe aún al régimen liquidar toda resistencia liberal, que se oponga a su consolidación.

De esta manera, el régimen fascista no es una aplicación "a outrance" de los ideales confusos y demagógicos del movimiento que le da origen y no obedece necesariamente a un patrón rígido. El régimen no lograría subsistir si aplicase mecánicamente tales ideales. Los regímenes fascistas concretos son el resultado de un compromiso entre esos ideales y las condiciones objetivas. Como todo proceso sociopolítico, es un producto también del pragmatismo. El Estado fascista no se diferencia del liberal en su esencia sino en su forma, que es importante pero no decisiva. El Estado fascista busca eliminar la distinción entre la sociedad civil y el Estado, establece una adhesión incondicional del individuo al Estado, elimina el régimen de partidos y establece el partido único como extensión del Estado más que como expresión política de la voluntad de sus bases. Establece también el más fuerte verticalismo y militariza la vida social. Las formas corporativas deben ser vistas como partes de la articulación del Estado y del Partido, desde arriba hacia abajo, según la cual el orden económico y social busca controlar directamente las contradicciones nacidas de la lucha de clase en el plano económico y establecer la intervención estatal de manera más directa.

Pero el fascismo no elimina la propiedad privada, la organización empresarial capitalista y el derecho civil burgués, fundamento de aquella sociedad civil que se busca eliminar en el plano del derecho público.

Más aún, el fascismo favorece de manera especial el avance del monopolio al estimular todos los factores de concentración económica y centralización financiera y al someter a la clase obrera a condiciones negativas de negociación económica que facilitan la sobreexplotación de la fuerza de trabajo, y las altas tasas de ganancia que se revierten en favor del gran

capital, del monopolio y del proceso de concentración en general.

En consecuencia, el fascismo, a pesar de su apariencia ideológicamente totalitaria, económicamente estatista y políticamente anti o unipartidista, es decir, en su conjunto anti-liberal, no deja de ser una expresión extrema de aquellos elementos esenciales que conforma el orden liberal capitalista. La oposición entre liberalismo y fascismo a pesar de ser real y de expresar estadios distintos del capitalismo, no es sin embargo absoluta. No es tampoco absurdo pensar en un régimen mixto entre el fascismo y el liberalismo político en el cual predomine tal o cual aspecto.

En esencia, por lo tanto, el fascismo sólo triunfa y se convierte en un régimen permanente cuando se cumplen ciertas condiciones históricas:

—primeramente, que haya una amenaza abierta o próxima de una revolución proletaria o que por lo menos sea percibida así por la pequeña burguesía y por los grandes monopolios, sin que la clase obrera tenga la fuerza suficiente para triunfar o aun para imponer condiciones democráticas que permitan continuar su desarrollo:

—en segundo lugar, que haya una necesidad de unidad nacional capaz de obligar a la gran burguesía a servirse de elementos marginales para garantizar su poder. Tales circunstancias son creadas en parte por la guerra civil, o su amenaza, pero también por las necesidades económicas de aquellos países que tienen un retraso histórico en el desarrollo del capitalismo y encuentran ciertas barreras exteriores en su expansión económica hacia el mercado externo y ciertas barreras interiores para la expansión del mercado interno (sobrevivencia de las aristocracias rurales y de relaciones pre-capitalistas, incapacidad del desarrollo capitalista tardío de absorber la mano de obra que abandona el campo y su tendencia a la gran concentración del ingreso como producto de una monopolización rápida en las fases iniciales del crecimiento, etcétera).

—que el Estado democrático-liberal o formas poco articuladas de Estados de excepción no sean capaces de alcanzar la legitimidad social suficiente para mantenerse ni de asegurar los medios de represión, definiéndose una crisis general abierta de carácter institucional, de autoridad y económica (manifestada sobre todo en la ola hiper inflacionaria). Desde el punto de vista de sus características podemos afirmar que el fascismo es:

—un régimen totalitario del gran capital, ejercido por un sector social de su confianza de origen pequeño burgués en general. En el fascismo europeo este sector fue una organización paramilitar en los casos de Italia y Alemania o directamente militar en España. La importancia de las hordas paramilitares en la toma del poder determina el papel relativo del movimiento fascista en el régimen político que se instala posteriormente.

—un régimen represivo del gran capital que busca *destruir* la oposición comunista y ablandar la posición liberal, paralizar la crítica social e intelectual, destruir cualquier elemento ideológico de resistencia a su dominio total.

—un régimen del gran capital agresivo en lo exterior, con tendencias expansionista y anti Estados liberales, como una fuente mística nacional apoyada en ideales raciales, imperialistas, tradicionales, etcétera y en los enemigos de la unidad nacional que están a la vista. En este sentido su racismo tanto puede ser anti-judío, como anti-negro, o

anti-blanco, o anti-árabe, etcétera. Siempre será, sin embargo, anti-comunista.

- una ideología irracionalista, que valoriza los elementos culturales románticos, heroicos y místicos y su vínculo directo con lo político. Ideología que debe buscar una difícil conciliación entre el totalitarismo en el orden público y el criterio privado en lo económico, rompiendo sin embargo con el capitalismo liberal puro y afirmando el papel de la intervención estatal y de las grandes empresas capitalistas.
- un movimiento político de origen pequeño burgués que se desarrolla en oposición al crecimiento del movimiento revolucionario del proletariado y que afirma el principio de la autoridad y la disciplina como forma de superar el "caos" social traído por la crisis y el desarrollo del movimiento obrero. La maduración de este movimiento y su capacidad de llegar al poder sólo se hace posible cuando tiene el apoyo del gran capital y se somete a su estrategia general.

4. *Sobre el fascismo dependiente*

Históricamente el fascismo surgió en las potencias hegemónicas, en las metrópolis coloniales. Sin embargo, es necesario señalar que tanto Italia, como Alemania, como España y Portugal eran potencias coloniales de segundo orden. Y si bien Alemania, así como Japón, podrían aspirar a convertirse en imperialismos importantes habría que suponer para lograrlo, una guerra victoriosa con Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Holanda y Bélgica. Es decir habría que cambiar radicalmente la faz de la tierra. Por esto el nazismo alemán tenía que aspirar a un universalismo que en la boca de Mussolini parecía ridículo y sonaba como una aspiración ideológica, utópica e inconsistente. Mientras tanto los fascistas españoles y portugueses sólo podían sobrevivir a la sombra de la protección inglesa y después norteamericana.

Brasil y Argentina son también países atrasados cuyas burguesías aspiran o aspiraban a lograr un poder económico y político imperial sobre América del Sur. Otras burguesías latinoamericanas pueden tener aspiraciones similares. Sin embargo, ellas no pueden alcanzar ni siquiera la hegemonía de su economía nacional, pues iniciaron su desarrollo capitalista industrial en la etapa en que el capitalismo mundial había alcanzado un alto grado de integración económica bajo la hegemonía de Estados Unidos, el cual está articulado por las corporaciones multinacionales, factor concentrador de la tecnología y de la producción y centralizador del capital en escala internacional, que destruye la capacidad de las burguesías locales de dominar sus mercados internos de bienes, servicios y capitales. Al mismo tiempo, cualquier proceso de expansión hacia el exterior encuentra un mercado ocupado por estos gigantes multinacionales difíciles de derrotar o aun de competir con ellos.

En tales condiciones, el proceso político en los países capitalistas dependientes tiene que reflejar esa dinámica internacional. En los años 30, los intentos de liberación nacional y desarrollo industrial latinoamericanos chocaban con los dominadores inmediatos, ingleses o norteamericanos y muchos de sus dirigentes veían en el fascismo italiano y en el nazismo alemán un posible camino político interno y una fuente de ayuda internacional. Sin embargo, las copias del fascismo hechas principalmente por

Vargas y Perón nunca lograron identificarse con esos regímenes, pues si bien atendían a un impulso nacionalista y de crecimiento industrial similar al italiano tenían que apoyarse en bases sociales distintas. La pequeña burguesía latinoamericana se mostraba insuficiente para liderar un proceso fascista, el gran capital local de carácter agrícola, comercial y financiero tenía que ceder paso a una burguesía industrial naciente, que buscaba apoyarse en el Estado y utilizar en su favor a la clase obrera. Las formas corporativistas hacia las cuales tendía el Estado latinoamericano reflejaban, pues, un ideal liberador y no reaccionario, pero al mismo tiempo enajenaban el movimiento obrero al capital industrial y a una ideología nacionalista burguesa, autoritaria y desmovilizadora de la clase en un sentido revolucionario.

Esta ambigüedad constitutiva de esos regímenes hizo que se los identificara con el fascismo (Perón, Vargas y hasta Cárdenas fueron acusados de fascistas) para después rehabilitarlos históricamente o en el propio transcurso de sus gobiernos, (como los casos de Cárdenas y Vargas) y convertirlos en campeones de la democracia, del anti-fascismo y del anti-imperialismo. Visiones ambas equivocadas al no reconocer la naturaleza ambigua que los caracterizaba, con sus vacilaciones y oscilaciones políticas.

Hoy día la situación es diferente: los gobiernos de fuerza se constituyen en contra de los herederos del populismo anterior o de expresiones más conscientes del reformismo y de la revolución obreras. ¿Qué extraños movimientos se producen en la sociedad para que puedan darse tales fenómenos históricos tan contradictorios?

Es que el populismo perdió su vigencia histórica al fracasar la clase social que lo hegemonizó y le dio origen. Las burguesías locales, que habían ganado cierta autonomía en el mercado internacional durante la depresión mundial de 1929-34 (y la insuficiente recuperación de 1935-38 que condujo a una nueva crisis así como durante la guerra mundial de 1939-1945) habían intentado establecer un desarrollo industrial basado en el capital nacional, en la defensa de su mercado interno por medio del proteccionismo cambiario, en la importación de tecnologías y en un conjunto de medidas de desarrollo económico. Tales aspiraciones fueron vanas pues, terminada la guerra e iniciado un nuevo ciclo de acumulación capitalista en escala mundial cuyas características hemos señalado, la burguesía internacional pasó a ocupar el espacio de estas burguesías locales.

El enfrentamiento entre el nuevo modelo de acumulación basado en el capital multinacional y el viejo modelo nacional-democrático se produjo en cerca de 20 años de importantes conflictos políticos. De un lado, el imperialismo con un gran aparato financiero internacional (el FMI y el BM) y regional (BID, Eximbank, Alianza para el Progreso), un enorme instrumental militar (Tratado de Río de Janeiro, entrenamiento de oficiales, misiones militares, UNITAS, etcétera) el control de la venta de armamentos, el dominio de los esquemas estratégicos internacionales y continentales, el control de la tecnología en pleno desarrollo de la revolución científico-técnica, la movilidad extrema de capitales y el "know how" del proceso productivo y de la comercialización.

De otro lado, burguesías locales desarrolladas desde posiciones muy débiles y enriquecidas rápidamente con la oportunidad de las crisis internacionales de 1914-1921 y 1929-1945, que contaban con el apoyo de un movimiento popular muy activo, pero poco organizado, y de manejo

tanto más difícil cuanto más lejos había que llevar el enfrentamiento con el imperialismo; que aun contando con el Estado, era este producto de enormes conciliaciones de clase, sea con la oligarquía tradicional sea con los nuevos sectores de trabajadores emergentes. Esa burguesía local se caracterizaba, pues, por una debilidad intrínseca desde el punto de vista económico (baja productividad asegurada por la protección cambiaria), financiero (proceso de especulación financiera con la ayuda directa del Estado), y político (frente de clases débil y contradictorio, compromisos políticos gravosos para el aparato estatal, tendencia al déficit presupuestario permanente con sus consecuencias inflacionarias y su tendencia a la agudización en varios momentos históricos más críticos).

Fue relativamente fácil convencer a esta burguesía local de que no tenía otro camino que integrarse en los mejores términos posibles al capital internacional. Pero no fue así con respecto a las bases obreras y pequeño burguesas que continuaron impulsando el programa nacionalista y democrático al que dieron sin embargo una tonalidad cada vez más estatista, intervencionista y anti-imperialista. Era pues difícil tirar por la borda este frente de masas, que se fue enfrentando progresivamente al imperialismo hasta producirse un nuevo sistema de fuerzas en muchos países: De un lado el imperialismo y sus aliados nacionales (capitalistas, técnicos y gerentes, sectores de asalariados de clase media aspirantes a un consumo de productos tecnológicamente más avanzados que fabrican las empresas internacionales), de otro lado, los sectores populares (obreros, campesinos, sectores de la clase media de bajos ingresos, parte de la pequeña burguesía) y unos pocos sectores burgueses que aún mantenían una aspiración nacionalista.

Este nuevo enfrentamiento de bloques sociales se hizo aún más patente con el avance de la Revolución cubana desde su periodo democrático y nacional entre 1958-60, hasta el periodo socialista que instituyó la primera República Socialista de América Latina. Ello demostraba de manera evidente los límites del nacionalismo burgués y también que una lucha anti-imperialista consecuente conducía inevitablemente al socialismo.

La lucha en contra de una revolución social, en proceso de maduración en el continente, tenía que ser articulada continentalmente. Solamente el imperialismo norteamericano tenía los contactos, los medios técnicos, los recursos financieros y el poder político para dirigir tal lucha. La operación fue montada en torno de 3 elementos básicos: reformismo económico, reformismo político y represión (contra insurgencia y donde hiciese falta regímenes militares).

Los militares fueron considerados como una élite de clase media con aspiraciones modernizadoras. La doctrina de la seguridad nacional integraba los tres elementos señalados. Para lograr la seguridad interna no bastaba combatir una insurgencia que tenía orígenes sociales en el subdesarrollo y en la demagogia populista. Había que transformar la economía por la vía de reformas no revolucionarias, que estimularan el libre juego del mercado y el predominio de las fuerzas tecnológicamente más avanzadas. Había también que reformar el poder político substituyendo la demagogia populista por la eficiencia organizativa, la programación técnica y despolitizada, superior a las presiones de masas incapaces de lograr resultados eficaces.

La doctrina de la seguridad nacional ha sido la base ideológica que permitió unificar políticamente a la mayoría militar. Su contenido fascista es poco similar al clásico, pero es muy claro: esta ideología substituye la

figura del jefe por una élite tecnocrática militar y civil, la del partido por el aparato burocrático nacional militar; por otro lado, la idea de la represión y del orden como factores del desarrollo nacional de la fortaleza de la nación es típicamente fascista. El movimiento fascista de base sólo se hace necesario para provocar la desestabilización del poder de las masas. Se han usado también las milicias y los grupos para-militares para disminuir la responsabilidad directa de las fuerzas armadas en las tareas más sucias de la represión. Sin embargo, ha sido necesario siempre controlar y subordinar tales aparatos (muchas veces compuestos de militares retirados, policías y hasta de militares en ejercicio) que tienden a veces a cierta autonomía de acción y a una violencia irracional.

¿Qué diferencia pues a ese fascismo de aquel de los modelos clásicos?

Primeramente, se trata de un Estado impuesto desde arriba, que fortalece antes al capital internacional que al nacional (pero hoy día es el primero y no el segundo quien representa al gran capital aun a nivel local pues las mayores empresas del país son las transnacionales), que prefiere una represión de élite antes que movilizar las bases. Por fin, dado el carácter de compromiso político que se produjo en algunos países, el ala fascista no ocupa los puestos de mando principal y opera más bien en la sombra.

En estas condiciones es natural que, en segundo lugar, se produzca cierta independencia relativa entre el movimiento político fascista relativamente débil (que sólo alcanza cierto auge en situaciones críticas cuando este movimiento asume un carácter ideológicamente muy difuso) y el Estado fascista dominado por la élite empresarial, militar y tecnocrática. Tal Estado no puede recurrir sin problemas a mediaciones corporativas, pues no tiene mayores esperanzas de subordinar orgánicamente a la clase obrera y hasta a la pequeña burguesía, en general descontenta con el carácter claramente entreguista y pro-monopólico de la política fascista.

En tercer lugar, tales contradicciones internas debilitan estos regímenes fascistas, dan cierto espacio para la sobrevivencia política del movimiento popular, y, dialécticamente, obligan al régimen a apoyarse en una interminable acción represiva que busca resolver por la fuerza la falta de legitimación ideológica.

En cuarto lugar, el régimen sobrevive apoyado mucho más en una apatía política de amplios sectores pequeño burgueses y obreros que en una capacidad real de ganar su apoyo activo. El fascismo actual se muestra pues más débil políticamente que los modelos clásicos.

Estos elementos generales nos ayudan a plantear el último punto de este trabajo: la cuestión de la lucha antifascista.

5. La cuestión de la lucha antifascista

La victoria de varios golpes fascistas en América Latina y en otras partes del Tercer Mundo, el crecimiento de movimientos fascistas en Europa y América del Norte, la derechización de los partidos conservadores y la elaboración de una estrategia global del imperialismo de inspiración golpista, son el resultado de una doble característica de la crisis general del capitalismo contemporáneo. De un lado, la crisis general del capitalismo crea las condiciones de desarrollo del movimiento popular, su fortalecimiento, su mayor audacia ofensiva, su mayor radicalismo. De otro lado, la perspectiva de un movimiento de masas en ascenso agudiza

la capacidad de reacción de la burguesía, aumenta su decisión contrarrevolucionaria, radicaliza sus concepciones políticas y estratégicas antiobreras.

En estas condiciones históricas, la cuestión de la democracia gana una dimensión predominante. La burguesía monopólica que hegemoniza el proceso socio-político tiende a restringir abierta o subrepticamente los derechos democráticos de las masas. De otro lado, las masas tienden no sólo a luchar por conservar esos derechos sino también a ampliarlos y, lo que es más importante, a utilizarlos con el sentido de transformar el orden social existente. Es decir, la lucha democrática se inserta claramente en el interior de la lucha por el socialismo. Esta mutación de la conciencia de las masas tiende a transformarse en un fenómeno internacional, cada vez más intenso y profundo.

En los países dependientes, la lucha democrática está directamente asociada con la lucha anti-imperialista y anti-latifundista. Y, como resultado de un proceso de sumisión del desarrollo capitalista local al dominio del capital internacional, las luchas democráticas, anti-imperialistas y anti-latifundistas, en la medida en que son llevadas a sus últimas consecuencias, se insertan necesariamente en la lucha por el socialismo, único régimen capaz de permitir la consolidación de las transformaciones democráticas, anti-imperialistas y anti-latifundistas.

Por esta razón, se va estrechando cada vez más el margen de actuación liberal del imperialismo y de sus aliados locales en cada país. La opción fascista se transforma pues en una necesidad de supervivencia del gran capital internacional y local. Esta es la verdadera naturaleza del fascismo dependiente, por más que puedan variar sus formas.

La lucha antifascista asume en consecuencia un carácter universal y continental. Y a pesar de que el programa mínimo inmediato del frente de fuerzas antifascistas debe restringirse al objetivo concreto de paralizar la represión y derrumbar a sus ejecutores, estos objetivos no son suficientes para despertar la confianza y la decisión política de las grandes masas. Ellas tienen que ser advertidas de que la única destrucción efectiva del fascismo sólo se logra llevando hasta sus últimas consecuencias la lucha contra el imperialismo, el latifundio y los monopolios e iniciando la construcción de una sociedad socialista.

La claridad de este objetivo final se hace aún más evidente cuando se comprende que el fascismo es una solución desesperada, el último recurso de supervivencia del gran capital en la fase del proceso de la revolución socialista mundial.

Esto no quiere decir que la burguesía no monopólica y aun los sectores más políticos del gran capital no estén preocupados por abrir una perspectiva democrática burguesa que permita una solución de recambio frente a una eventual ruina de los regímenes fascistas, cuya falta de legitimidad y precaria base social es evidente y preocupante para tales fuerzas.

No ha sido otra la razón por la cual la Social Democracia ha buscado penetrar en el movimiento obrero no sólo latinoamericano, sino en el de África y de Asia para abrir un camino no socialista de lucha antifascista, camino al cual se suman también sectores demócratacristianos y nacionalistas de izquierda.

La lucha por la hegemonía burguesa, pequeño burguesa o proletaria en la lucha antifascista pasa a ser el aspecto fundamental de esa lucha en la etapa actual. El proceso de maduración ideológica del movimiento obrero latinoamericano ha sido lento por el propio retraso económico de esas

masas, sus aspiraciones políticas atrasadas, y la hegemonía ideológica que ejerció el nacionalismo burgués sobre el movimiento popular, y, por último, debido a la enorme y bien orquestada ofensiva ideológica del imperialismo en torno de un reformismo desarrollista que pone especial énfasis en la eficiencia y la seguridad.

La clase obrera latinoamericana tiene sin embargo algunas experiencias políticas importantes que pueden acelerar su desarrollo organizativo y político independiente y en consecuencia, tiene capacidad para hagramonizar la lucha antifascista y darle un contenido radical de liquidación de sus raíces económicas y, por lo tanto, de conducir de manera continua y revolucionaria la etapa del derrumbe del fascismo hacia la etapa inmediatamente superior de lanzamiento de las bases para la revolución socialista.

Estas experiencias políticas están expresadas en el fracaso continental de los movimientos populistas, en la imagen positiva y alentadora de la construcción socialista en Cuba y, a nivel internacional, en el despliegue de ejemplos revolucionarios de líderes auténticos aunque hubiesen fracasado en sus intentos inmediatos, en la discusión estratégico táctica creciente, en el desarrollo del pensamiento marxista en el continente e internacionalmente. Por fin, no puede dejar de influir en la formación de esa conciencia el avance del movimiento obrero en los países desarrollados y de la revolución en los países coloniales, particularmente en el Sudeste Asiático y en África.

La amenaza del fascismo se ha convertido en el problema político fundamental de América Latina. En los países bajo dictadura militar la cuestión principal es la de impedir su consolidación frente a las masas y lograr movilizarlas para provocar su caída utilizando todos los medios a disposición del movimiento popular. En los países donde persisten condiciones liberales, la tarea principal es la de impedir por la firme acción de las masas que las vacilaciones y debilidades liberales abran una vez más camino a la victoria de los sectores fascistas, alentados por el imperialismo. Tanto en un caso como en el otro, la única seguridad de triunfo en contra del fascismo y la apertura de las condiciones para una ofensiva revolucionaria de las masas es la independencia política y organizativa del proletariado, su conciencia socialista y sobre todo, como resultado y parte de la concreción de lo anterior, una firme y decidida acción del movimiento obrero y de sus partidos de vanguardia para agrupar en torno suyo a todas las fuerzas afectadas por el fascismo y por su base social, constituida por los monopolios nacionales e internacionales.

La única seguridad de triunfo sobre el fascismo depende aún de que el movimiento obrero sea capaz de entender la unión intrínseca de las tareas democráticas y anti-imperialistas con las tareas socialistas, que son las únicas capaces de asegurar la consolidación de las primeras; de su capacidad de entender, por otro lado, que el éxito de las tareas socialistas está condicionado por su capacidad de dirigir victoriosamente, sin sectarismos, pero al mismo tiempo sin compromisos paralizadores, las tareas democráticas; de no perder el apoyo de una sola fuerza ni de un solo aliado en la lucha contra el fascismo, los monopolios nacionales e internacionales y contra el latifundio; de no amarrarse las manos con ningún aliado o fuerza social que restrinja la profundidad de la lucha. Este es el desafío táctico que enfrenta un movimiento obrero en proceso de maduración.

en el próximo

número



Michael Lowy y Eder Sader, La militarización del Estado en América Latina.

Volodia Teitelbolm, Reflexiones sobre los "mil días" del gobierno de la Unidad Popular en Chile.

Enrique Erro, El militarismo latinoamericano.

Luiz Carlos Prestes, Los militares en Brasil.

Enzo Faletto, Dependencia, democracia y movimiento popular en América Latina.

José Vicente Abreu, Se llamaba S.N.

●
APORTES es una revista independiente de partidos u organizaciones políticas.

Sus costos de diagramación, impresión y distribución son financiados con el esfuerzo de los integrantes del grupo editor, la colaboración de compañeros independientes y las suscripciones.

Suscríbase y contribuya a la aparición regular de APORTES. Envíe su suscripción al postgiro número 441 69 24 - 1, Box 754, 220 07 Lund, Sweden.



DEMOCRACIA Y DICTADURA EN LENIN Y KAUTSKY

FERNANDO CLAUDIN

El presente texto constituye la introducción a la edición conjunta de «La dictadura del proletariado», de Karl Kautsky, y «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», de Lenin, publicada en 1975 por Ediciones Grijalbo, México D. F., en la colección Teoría y Praxis, que dirige Adolfo Sánchez Vázquez.

Como bien dice G. D. H. Cole en su *Historia del pensamiento socialista*, Kautsky, a partir de la revolución de octubre, se convierte en «el principal antagonista teórico del bolchevismo» (1). *La dictadura del proletariado*, publicado en septiembre de 1918, y *Terrorismo y comunismo*, que aparece cerca de un año después, son los dos escritos básicos del ataque kautskiano contra el bolchevismo, que, por lo demás, no se circunscribe al plano teórico. Kautsky tiene una participación destacada en la acción política concreta de la socialdemocracia encaminada a impedir que el proletariado alemán siga el camino revolucionario abierto por el proletariado ruso.

Los bolcheviques devuelven golpe por golpe. Convaleciente todavía del atentado del 30 de agosto de 1918, que estuvo a punto

(1) G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, t. V (primera parte), p. 120. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 2.ª ed. española, 1964.

de costarle la vida (2), Lenin replica inmediatamente al primero de los citados textos con *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*. Trotsky se encarga de salir al paso del segundo con un escrito que se publica en la primavera de 1920 y lleva el mismo título que el de Kautsky: *Terrorismo y comunismo*. Trotsky trabaja sobre él en el famoso tren blindado con el que recorre los frentes de la guerra civil. Si los dos máximos dirigentes bolcheviques roban así tiempo a las abrumadoras tareas de la revolución, para responder con urgencia a las críticas kautskianas, quiere decirse que el asunto era importante.

Kautsky, en efecto, gozaba de enorme autoridad entre los socialistas de todos los países, que lo consideraban, desde la muerte de Engels, como el más fiel intérprete de la teoría de Marx. Su contribución a la crítica teórica del revisionismo bernsteiniano y otras obras suyas hasta 1909 (en particular, *La revolución social*, que aparece en 1902, y *El camino del poder*, de 1909) le sitúan claramente en la izquierda de la socialdemocracia alemana e internacional. La joven socialdemocracia rusa aprecia particularmente su artículo «Los esclavos y la revolución», publicado en *Iskra* en 1902, en donde pronostica que el proletariado ruso puede convertirse en modelo revolucionario para el proletariado de Europa occidental. En 1906 hace un análisis de la primera revolución rusa (*Las fuerzas motrices de la primera revolución rusa*) que en lo esencial da la razón a las concepciones tácticas bolcheviques frente a las mencheviques. En *El camino del poder* formula tres tesis de gran importancia: 1) que se ha entrado en la era de las revoluciones proletarias; 2) que el capitalismo ha madurado ya para el socialismo y, en este sentido, no puede haber ya revoluciones prematuras, y 3) que la guerra se viene encima y «la guerra es la revolución» (3). A partir de 1910 se inicia una revolución en

Kautsky —marcada por una aguda polémica con Rosa Luxemburgo— hacia posiciones centristas, pero sólo un pequeño grupo de la izquierda de la socialdemocracia alemana (Rosa Luxemburgo, Pannekoek, Clara Zetkin y otros) percibió antes de 1914 la creciente contradicción entre el discurso marxista de Kautsky y su práctica política oportunista. Lenin —al que las posiciones de Kautsky en las cuestiones rusas predisponía, probablemente, a verlo bajo un ángulo favorable— siguió creyendo en su solidez marxista y revolucionaria hasta que la capitulación de la socialdemocracia alemana ante el imperialismo alemán, en agosto de 1914, le hizo tomar bruscamente conciencia de la realidad. Como él mismo indica en el prefacio a *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, sus críticas al «renegado» no se inician hasta después de comenzada la guerra. Pero estas críticas, como las de otros marxistas revolucionarios —muy pocos— sólo llegaban a pequeños círculos de socialistas dispersos y clandestinos en los países beligerantes. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que Kautsky —diciéndolo con la terminología de Lenin— no toma posiciones «social-chovinistas», sino «social-pacifistas». Es decir, no colabora, como otros destacados dirigentes socialistas, con los gobiernos de «unión sagrada», sino que opta por un internacionalismo pacifista, propugna una paz negociada sin anexiones. Su «renegamiento», por tanto, no resultaba evidente más que para la ínfima minoría marxista que, como Lenin, luchaban por la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Todo lo cual significa que a la hora de octubre, e incluso en el verano de 1918, cuando aparece su primera crítica fundamental de los bolcheviques, el prestigio marxista de Kautsky seguía casi intacto en la gran mayoría de socialistas europeos. Y esta máxima autoridad en marxismo desautorizaba la pretensión bolchevique de presentar su revolución como socialista, de presentar sus ideas y acciones como fiel expresión del marxismo. No —les decía Kautsky a los bolcheviques, con tono un tanto paternal y superior—, vuestra revolución sólo puede ser burguesa, su base es campesina; intentar llevarla más allá es puro blanquismo, aventurerismo, no tiene nada de marxismo. El proletariado no puede tomar realmente el poder

(2) Ese día, Fanny Kaplán, miembro del partido social-revolucionario, disparó contra Lenin en el momento en que éste salía de la fábrica Mijelsón, donde había hablado a los obreros. Lenin quedó gravemente herido.

(3) Ver *El camino del poder*, Ed. Grijalbo. Col. 70 No. 16, México, 1968, pp. 134-135, 142-144.

más que si es mayoría en la población, y no debe tomarlo más que respetando la legalidad democrática, el sufragio universal. Todo otro camino conduce forzosamente a la guerra civil, a la dictadura de un partido o de un Bonaparte. Para salir del callejón sin salida en que os habéis metido, confiáis en la revolución socialista europea. Y no digáis que el proletariado europeo os ha dejado en la estacada, os ha traicionado; sois vosotros los que os habéis extraviado.

La cosa era tanto más grave —y ello explica el apresuramiento de Lenin en salir al paso— cuanto que la excomunió de los bolcheviques por el «papa de la ortodoxia» (la expresión es de Lenin) tenía lugar en un momento extremadamente difícil, casi angustioso, para el poder soviético. Seis meses atrás se había visto obligado a firmar la draconiana paz de Brest-Litovsk con el imperialismo alemán. Las tropas del Kaiser ocupaban Ucrania, los Países Bálticos, Finlandia y parte de Bielorrusia. Las tropas japonesas habían desembarcado en Vladivostok y amenazaban Siberia. Los turcos ocupaban gran parte del Cáucaso y los primeros destacamentos ingleses y franceses desembarcaban en el Norte, en Murmansk y Astracán. En Siberia y las regiones del Volga y del Don la contrarrevolución armada organizaba sus huestes. La joven república obrera y campesina se encontraba como en una fortaleza sitiada, privada de sus principales bases de abastecimiento en carbón, trigo y petróleo. El hambre hacía estragos y los kulaks organizaban sublevaciones en las zonas agrarias. Lenin no disimula la gravedad de la situación. En su discurso del 22 de mayo de ese año ante los comisarios del trabajo describe la «descomposición, el caos y la desorganización», el «hambre y el paro», la «insuficiencia del combustible» y «el estado catastrófico de los ferrocarriles». El 27 de junio plantea en la Conferencia de sindicatos y comités de fábrica de Moscú que el país «está azotado por el mayor de los desastres, el hambre». Y el 23 de julio declara ante los comités de fábrica de la provincia de Moscú: «La situación de la República Soviética ha adquirido en los últimos días extrema gravedad, ya sea a causa de la situación del país en el ámbito internacional, como de las conspiraciones contrarrevolucionarias y de la crisis de alimentos, estrechamente ligada a

ellas» (4). Contra los bolcheviques no se alzan sólo los imperialistas extranjeros y la contrarrevolución interna burguesa-terrateniente, sus partidos políticos y agentes militares; se alzan también los partidos que se consideran socialistas: social-revolucionarios de izquierda. (Estos últimos colaboran en el gobierno soviético hasta julio de 1918, en que se sublevan contra los bolcheviques) (5). Pero vista desde la «fortaleza asediada», la operación de los otros partidos socialistas aparece integrando un solo frente enemigo, que amenaza la supervivencia misma del régimen salido de la revolución.

El atentado contra Lenin (que se inscribe en una serie de actos terroristas contra los dirigentes y las organizaciones bolcheviques) dramatiza brutalmente la gravedad de la situación. Al terror blanco los bolcheviques responden con el terror rojo. (Hasta agosto de 1918 la política bolchevique se había caracterizado más bien por la moderación en la represión de la contrarrevolución y, sobre todo, de los adversarios socialistas.) Es en este momento preciso cuando se produce el ataque de Kautsky. La indignación de Lenin queda bien reflejada en el tono de la réplica, donde bate tal vez todos los records, con esos excesos de lenguaje tan característicos de su estilo polémico (y que no es precisamente, digamos de paso, el lado fuerte del mismo).

(4) Lenin, **Obras completas**, en español, tomo XXVII. Ed. Cartago, pp. 392-393, 451, 531.

(5) El partido social-revolucionario se escinde a raíz de la revolución de Octubre en un partido s-r de derecha (al que pertenece la autora del atentado contra Lenin) y uno de izquierda que colabora en el gobierno soviético hasta la paz de Brest-Litovsk. Los s-r de izquierda, lo mismo que una importante fracción de los bolcheviques (llamados comunistas de izquierda) no estaban de acuerdo con la paz de Brest-Litovsk —preconizaban la guerra revolucionaria contra Alemania, aunque ello significara transitoriamente la ocupación del país, con el argumento de que así se aceleraría la revolución europea—, y se retiraron del Consejo de Comisarios del Pueblo después de marzo. Coincidiendo con el V Congreso de los soviets (julio 1918), al mismo tiempo que lanzan una ofensiva política contra la dirección bolchevique del Estado, organizan un atentado contra el embajador de Alemania e intentan un golpe de Estado contra los bolcheviques que es rápidamente aplastado.

Lo más grave para Lenin no era la repercusión que el ataque en regla kautskiano pudiera tener en la actitud de las fuerzas políticas rusas —aquí los campos estaban ya muy delimitados a esas alturas—, sino su efecto en el socialismo alemán. «La revolución rusa —insiste Lenin en su discurso del 23 de julio antes citado, repitiendo aseveraciones que se suceden desde la revolución de febrero— constituye sólo uno de los destacamentos del ejército socialista internacional, de cuya acción depende el éxito y el triunfo de la revolución que hemos emprendido» (6). Y para Lenin, el destacamento más poderoso del ejército socialista mundial, aquel que puede inclinar decisivamente la balanza a favor de la revolución mundial, es el destacamento alemán. El peligro mayor de la posición de Kautsky reside en que puede pesar gravemente en el platillo opuesto de la balanza. Pierre Broué tiene razón en su estudio de la revolución alemana, cuando subraya que *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* está escrito pensando, sobre todo, en los revolucionarios alemanes (7). En ese momento, además, Lenin considera que la revolución alemana es inminente y no hay tiempo que perder para clarificar los problemas que va a plantear. En cuanto conoce el texto de Kautsky no sólo se pone a elaborar su réplica, sino que plantea a los dirigentes de la izquierda socialista alemana la necesidad apremiante de polemizar con Kautsky a nivel teórico (8). Calculando que los acontecimientos alemanes pueden precipitarse, Lenin decide a primeros de octubre escribir un artículo con las ideas esenciales de su respuesta a Kautsky y con el mismo título, el cual se publica en *Pravda* del 11 de octubre. Le encarga a Chicherin (Comisario en ese momento de Asuntos Exteriores) para

(6) Lenin, *Obras*, ed. cit., t. XXVII, p. 531.

(7) Pierre Broué, *Révolution en Allemagne* (1917-1923), Les Editions de Minuit, 1971, página 128.

(8) Ver Lenin, *Obras*, ed. cit., t. XXVII, páginas 299-230. Lenin encarga de esta misión a Vorovski, embajador de los soviets en los países escandinavos. En mi libro *La crisis del movimiento comunista*, Ruedo Ibérico, 1970, examino la concepción de Lenin sobre la conexión entre la revolución rusa y la revolución internacional, en particular con la revolución alemana (pp. 29-33).

que organice rápidamente su entrada y difusión en Alemania (9).

Las previsiones de Lenin en cuanto a la inminencia de la revolución alemana habrían de confirmarse a los pocos días, cuando aún no había terminado su escrito contra Kautsky. Y decide cerrarlo con unas líneas y una fecha significativas: «En la noche del 9 al 10 llegó de Alemania la noticia de que la revolución se iniciaba victoriosamente, primero en Kiel y otras ciudades del norte y del litoral, donde el poder ha pasado a manos de los soviets de diputados obreros y soldados, después en Berlín, donde el soviets ha tomado igualmente el poder en sus manos. La conclusión que me quedaba por escribir de mi folleto sobre Kautsky y la revolución proletaria resulta superflua. 10 de noviembre de 1918.» Quiere decirse que para Lenin el punto clave de la discusión con Kautsky quedaba resuelto por la práctica misma. Y en efecto, ese punto clave —como la lectura atenta del libro de Kautsky permite comprobar— era si la revolución significaba o no el prelude de la revolución proletaria internacional. Al mismo tiempo que condena la experiencia bolchevique en los términos antes indicados, Kautsky declara: «La revolución bolchevique se ha basado en la hipótesis de que sería el punto de partida de una revolución europea general, que la audaz iniciativa de Rusia incitaría a los proletarios de toda Europa a sublevarse. En esta hipótesis poco importaba evidentemente qué formas tomaría la paz separada rusa, qué mutilaciones y sacrificios implicaría para el pueblo ruso, qué solución daría el derecho de libre disposición de los pueblos. Análogamente, poco importaba en ese caso saber si Rusia podía defenderse o no. La revolución europea constituía, según ese punto de vista, la mejor defensa de la revolución rusa (...) debería servir también para apartar los obstáculos que el retardo económico de Rusia suponía para la realización de un sistema de producción socialista. Todo esto era muy lógico y bien fundamentado desde el momento que se admitía la hipótesis fundamental: la revolución rusa debe necesariamente iniciar la revolución europea. ¿Y si

(9) Ver la citada obra de Pierre Broué, p. 129.

la cosa no se realizaba? Hasta hoy la hipótesis no se ha justificado (...). Nuestros camaradas bolcheviques han apostado todo a la revolución europea, pero al no producirse esta revolución se vieron arrastrados a una vía que les planteaba tareas y deberes insolubles.» Evidentemente, Lenin no podía dar mejor conclusión a su panfleto contra Kautsky que la noticia escueta, fechada, del comienzo de la revolución alemana, con la formación de soviets y la toma del poder por los soviets. Todo, al parecer, como en Rusia.

En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*, Lenin afirma que «las masas proletarias de todos los países se dan cuenta, cada día más claramente, de que el bolchevismo ha indicado la justa vía a seguir para escapar a los horrores de la guerra y del imperialismo, que el bolchevismo sirve de modelo de táctica para todos». (El concepto de táctica incluía entonces lo que hoy suele llamarse estrategia.) Esta confianza en la disposición de las masas proletarias de Occidente a seguir el ejemplo de los bolcheviques está subyacente también en la conclusión del artículo de *Pravda* al que hemos hecho referencia anteriormente: «La mayor desgracia para Europa, el mayor peligro para todos —escribe aquí Lenin— reside en que no existe partido revolucionario. Hay partidos de traidores, como los Scheidemann, Renaudel, Henderson y Cía, o de almas lacayunas, como Kautsky. No hay partido revolucionario (...). Por eso es necesario desenmascarar por todos los medios a los renegados del tipo de Kautsky, apoyando así a los grupos revolucionarios de proletarios verdaderamente internacionalistas, los cuales existen en todos los países. El proletariado se apartará rápidamente de los traidores y de los renegados e irá tras esos grupos de cuyos componentes formará sus jefes» (10).

La previsión de Lenin no habría de confirmarse. Con una fórmula esquemática puede decirse que la gran mayoría del proletariado europeo, y en particular del proletariado alemán, seguiría la táctica (estrategia) de Kautsky y no la de Lenin: sometimiento estricto del movimiento obrero a los marcos y mecanismos de la democracia burguesa,

progresión gradual a través de reformas sociales y políticas dentro de la legalidad constitucional, etc. En una palabra, seguiría la vía que cuarenta años después, cuando el movimiento comunista heredero de la Internacional Comunista vuelve a Kautsky sin decirlo (y sin que la inmensa mayoría de los militantes comunistas se apercibiesen, porque raro era el que conocía el pensamiento de Kautsky como no fuera a través de *El renegado Kautsky*) sería llamada la vía democrática, parlamentaria y pacífica hacia el socialismo.

Esta vía había conocido ya, en cierto modo, su primera prueba experimental, en el desarrollo del movimiento obrero y de los partidos socialistas (particularmente el alemán) antes del año 1914, desembocando en la renuncia a la revolución cuando la primera gran crisis del sistema imperialista, el afrontamiento bélico y sus terribles consecuencias para los pueblos, pusieron objetivamente la revolución al orden del día. La consecuencia inmediata fue que el movimiento obrero dirigido por la socialdemocracia desempeñó un papel de primer orden en la recuperación del capitalismo europeo y en el aislamiento de la revolución rusa. (Ciertamente, el proletariado internacional protegió en cierta medida a la revolución rusa contra la intervención imperialista, contribuyendo así a su supervivencia, pero las condiciones de esta supervivencia fueron de tal naturaleza, que en realidad no aseguraron su desarrollo hacia el socialismo, sino que influyeron muy decisivamente en su degeneración estaliniana.) La segunda gran prueba experimental de la seductora estrategia kautskiana fue la política de la socialdemocracia alemana bajo la república de Weimar. Punto de partida más ideal, república democrática más democrática difícilmente podía imaginarse. El resultado es bien conocido. En otro lugar hemos analizado las responsabilidades que incumbieron al partido comunista alemán y a la Internacional Comunista en la ascensión de Hitler, pero, como allí decimos también, es indudable que la máxima responsabilidad histórica recae sobre la socialdemocracia alemana (11). La vía que Kautsky teoriza en 1918 como la

(10) Lenin, *Obras*, ed. cit., t. XXVIII, páginas 105-106.

(11) Ver *La crisis del movimiento comunista*, pp. 95-130. Ed. cit.

más segura e indolora para conquistar el poder político y edificar el socialismo condujo, a través de la capitulación más vergonzosa de la historia del movimiento obrero mundial, a la barbarie fascista y a la Segunda Guerra Mundial. Otras variantes de la vía kautskiana fueron la política de los socialistas españoles bajo la segunda república, que condujo a la más sangrienta guerra civil de la historia de España y a la más dura derrota de su proletariado, y la política de los socialistas franceses en el período del frente popular, que llevó a Munich, a la guerra mundial y al hundimiento de Francia. Después de la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia pasa del bernsteinismo vergonzante que es el kautskismo al bernsteinismo declarado; de la renuncia de hecho a la revolución, encubierta aún con algunas fórmulas marxistas, a la renuncia abierta, doctrinalmente fundamentada, a la revolución y al marxismo. Paralelamente, el movimiento comunista, heredero de la Internacional Comunista, comienza a adoptar la estrategia kautskiana en el período de participación gubernamental que sigue a la derrota de la Alemania hitleriana. Tras el paréntesis de la guerra fría, a partir del XX Congreso del P. C. U. S., el kautskismo —la vía democrática-parlamentaria y pacífica al socialismo— se convierte de hecho (sin reconocerlo nunca abiertamente) en la línea general del movimiento comunista en los países capitalistas desarrollados, e incluso en algunos no tan desarrollados. Agreguemos, para completar esta rápida recapitulación, que en ninguno de los países donde los partidos socialistas han llegado democráticamente al gobierno y han gobernado ajustándose al sistema democrático vigente se ha producido la transición del capitalismo al socialismo. Agreguemos también que la vuelta vergonzante al kautskismo de los partidos comunistas europeos tampoco ha dado hasta ahora ningún resultado positivo —ningún avance real hacia el socialismo— en los países capitalistas, donde los partidos comunistas representan una fuerza política considerable (en particular, Francia e Italia). En el período 1945-1947 su política contribuyó considerablemente —en colaboración con los socialistas— a la rápida recuperación del capitalismo europeo. Actualmente esos partidos parecen orientarse a la colaboración con los sectores más diná-

micos del capitalismo para ayudarle a superar, mediante algunas reformas que no afectan a su esencia, la grave crisis estructural que atraviesa a escala mundial. Y mencionemos, por último, el ejemplo más reciente de a dónde puede conducir en períodos de aguda lucha de clases, en situaciones revolucionarias, el respeto fetichista a los cauces y mecanismos de la democracia burguesa, que Kautsky recomendaba hace cincuenta y seis años como el camino más seguro e indoloro al socialismo: la tragedia chilena.

Resumiendo. En el curso de tres cuartos de siglo la vía kautskiana no ha llevado en parte alguna al socialismo, y en muchos casos condujo a la catástrofe a la clase obrera y a los pueblos. Tres cuartos de siglo —que constituyen además una época de vertiginosa aceleración histórica, de guerras, revoluciones y colapsos sociales de todo tipo, de revoluciones en todos los dominios de la ciencia— representan, sin duda, un espacio de tiempo suficientemente prolongado como para tomar muy en consideración el balance negativo que arrojan en tanto que «prueba experimental» de la vía kautskiana.

A la luz de este rápido balance histórico se realza lo que hay de verdad y de permanentemente actual —más allá de excesos de lenguaje y de juicios unilaterales, determinados en gran parte, aunque no sólo por las circunstancias en que Lenin escribe— de la aguda crítica leniniana a la fetichización kautskiana de la democracia. Kautsky cae en esa fetichización —demuestra el análisis de Lenin— manipulando el concepto «democracia» fuera de todo contenido de clase, de su condicionamiento por el estadio en que se encuentra el capitalismo (libre competencia o monopolismo), por la fase de auge o de crisis, de evolución o revolución, que atraviesa; haciendo abstracción, en una palabra, de la lucha de clases, aunque la referencia formal a ésta pueda aparecer en el discurso. La «democracia kautskiana se presenta como una estructura neutra, marco ideal —simultáneamente— del desarrollo capitalista y del desarrollo del movimiento obrero. Con la peculiaridad de que en ese paralelo y armónico curso el movimiento obrero lleva cada vez más la ventaja, por la simple razón de que la regla de oro de la democracia es el gobierno de la mayoría, al cual se accede por el no menos simple ejercicio del sufragio

universal. Y como el desarrollo del capitalismo implica inevitablemente la proletarianización de la mayoría del pueblo, con la misma inevitabilidad llega la hora del ascenso del proletariado al poder. Una vez en él, el sistema democrático creado bajo el capitalismo le sirve al proletariado de instrumento óptimo para edificar el socialismo. No hace falta decir que esta concepción lleva implícita la idea de la neutralidad del Estado, puesto que la democracia es ante todo una forma de Estado. Este imaginario Estado neutro kautskiano lo mismo puede ser instrumento de la burguesía que del proletariado. A Lenin le es fácil mostrar la contradicción de esta concepción tanto con la teoría de Marx como con la realidad.

En el texto incluido en este volumen Lenin concentra deliberadamente su análisis de la democracia burguesa en la denuncia de los rasgos y aspectos donde se manifiesta más agudamente su función de mecanismo político, militar e ideológico de dominación de la burguesía (y otras clases explotadoras). Lo mismo sucede en sus tesis al I Congreso de la Internacional Comunista (marzo de 1919) sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado. En ambos textos Lenin parte de que se está en plena revolución, y de que para ayudar al proletariado a comprender sus tareas revolucionarias lo importante no es ponerse a disertar —como hace Kautsky— sobre la superioridad de la democracia burguesa en relación con el orden feudal, sino explicar su funcionamiento de sistema de dominación sobre el proletariado y las masas trabajadoras en general. Y además, porque justamente en períodos de crisis del sistema, de revolución, es cuando más brutalmente se manifiestan los citados rasgos, como sucedía en toda Europa desde el comienzo de la guerra. En *La revolución proletaria y el renegado Kautsky* Lenin no olvida que el proletariado debe utilizar en su lucha la democracia burguesa, pero éste es un problema que aborda sobre todo en trabajos anteriores a 1917 y posteriores a 1919, cuando ve desvanecerse la revolución europea. Y su valoración de la utilidad de la democracia burguesa para la lucha de clases del proletariado es inequívoca. Por ejemplo, en *Dos tácticas*, una de las obras en que más ampliamente trata este problema antes de 1917, formula esa valoración en términos

tajantes: «Quien quiera ir al socialismo por otro camino que no sea el democratismo político llegará infaliblemente a conclusiones absurdas y reaccionarias» (12). Su posición no varía un ápice en todo el período que va de la revolución de 1905 a la de 1917. En vísperas de esta última, en 1916, polemiza con el bolchevique Piatakov, que bajo el impacto de la guerra imperialista, el militarismo y la liquidación de los derechos democráticos lo mismo en los países monárquicos que republicanos, pone en duda la posibilidad y utilidad de que el proletariado luche por la república democrática y otros objetivos democráticos, de que aproveche las instituciones democráticas, etc. Lenin refuta enérgicamente ese pesimismo: «A través de la utilización del democratismo-burgués hacia la organización consecuentemente democrática y socialista del proletariado contra la burguesía y contra el oportunismo. No hay otro camino. Toda otra «salida» no es salida. El marxismo no conoce otra salida como no la conoce la vida real.» Y añade con su agudo sentido dialéctico: «La lucha contra el oportunismo renunciando a la utilización de las instituciones democráticas creadas por la burguesía y desnaturalizadas por ésta en la sociedad capitalista dada representa una capitulación completa ante el oportunismo» (13). En 1920, cuando ve —como hemos dicho— esfumarse la revolución europea, escribe su conocida obra *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, donde sale al paso enérgicamente de toda subestimación «izquierdista» de las diferentes formas de la democracia burguesa en el curso de la lucha de clases.

En una palabra, la posición de Lenin ante el problema de la relación entre democracia y lucha de clase bajo el capitalismo es compleja y dialéctica (como suele ser la posición de Lenin ante todos los problemas políticos). Considera que esa relación debe ser apreciada en cada caso, concretamente, según sus parámetros específicos. No es lo mismo en período «normal» que en período de crisis

(12) Lenin, *Obras escogidas*, ed. española, en tres tomos, Moscú, t. I, p. 510.

(13) Lenin, *Obras*, ed. cit., t. XXVIII, páginas 15, 14.

o revolución. Lenin no refuta en el discurso de Kautsky el papel positivo del marco democrático para el proceso de organización, unión y maduración de la conciencia del proletariado. Porque se trata del proletariado, de la clase, de millones y no de un pequeño grupo, ese proceso no puede desarrollarse plenamente en un régimen sin libertades democráticas, en la ilegalidad, clandestinamente. Lo que refuta Lenin es la unilateralidad de Kautsky en la calificación de ese marco, consecuencia de que Kautsky hace abstracción de toda referencia a su contenido de clase y a la situación concreta de la lucha de clases. Argumenta, como él mismo dice, con la «democracia pura». La objeción básica de Lenin es que sin salirse en cierta forma de ese marco, constantemente, es decir, sin denunciar sus limitaciones, sin luchar por rebasarlas, y sin llegar, en definitiva, a romperlo, el proletariado no puede vencer y convertirse en clase dominante. En primer lugar, porque si el proletariado no lleva a cabo esta lucha, si se sujeta estrictamente al marco democrático-burgués, la función burguesa de este marco —su función de disciplinar e integrar al proletariado, de modelarlo ideológicamente— encuentra campo libre para ejercer plenamente, y al final de la fase «normal», cuando llega la hora de la verdad, cuando el sistema entra en crisis, el proletariado no está preparado para la revolución, sino para restablecer, junto con la burguesía, el proceso «normal». En segundo lugar, precisamente porque el proletariado puede llevar muy lejos, dentro de la democracia burguesa, el proceso de su formación como fuerza revolucionaria, la ruptura del marco democrático-burgués se hace inevitable. De provocarla se encarga la propia burguesía que en cuanto ve en peligro sus intereses fundamentales no vacila en recurrir a los «grandes medios» (ejército, policía, provocación, demagogia, etc.), los cuales forman parte permanentemente del sistema —cosa de la que hace abstracción Kautsky—, pero en período «normal» quedan disimulados en un segundo plano (lo cual facilita que la abstracción kautskiana pueda ser aceptada por las masas mientras no hayan adquirido una experiencia directa del funcionamiento de la democracia burguesa en circunstancias «anormales»). Como dice Lenin en *La revolución proletaria y el renegado Kautsky*:

«Cuanto más desarrollada esté la democracia más cerca está, en caso de divergencia política profunda y peligrosa para la burguesía, de la matanza y de la guerra civil.» Y Lenin ilustra esta tesis —que llama «ley» de la democracia burguesa— con una serie de ejemplos de su tiempo, La serie podría prolongarse hasta nuestros días con otros muchos, innumerables. El riesgo mortal para el proletariado, frente al que le desarma el discurso kautskiano, no reside en desarrollar a fondo el democratismo —como pretende cierto «izquierdismo»—, sino en desarrollarlo a la manera burguesa (creyendo en el carácter «puro», «neutral», de la democracia) y en seguir limitándose a los cauces y mecanismos democráticos normales cuando la burguesía cambia de métodos y pone en juego los «grandes medios». «Si el trabajo preparatorio para la revolución proletaria, la educación y la formación del ejército proletario, han sido posibles (y necesarios) en el marco del Estado democrático-burgués —dice Lenin, refiriéndose al período precedente—, encerrar al proletariado en ese marco cuando hemos entrado en las «batallas decisivas» es traicionar la causa proletaria, ser un renegado.»

Es posible, de todas maneras, pese a los juicios de Lenin, que más arriba hemos citado, y a otros muchos similares que podríamos añadir sobre la necesidad de la democracia para la plena expansión del movimiento obrero bajo el capitalismo, que el jefe de octubre no llegara a percibir en todas sus dimensiones y profundidad un aspecto esencial de la relación entre movimiento obrero y democracia en los países capitalistas de Europa Occidental. (Las características del desarrollo histórico ruso, parámetro referencial imprescindible de la manera de concebir Lenin el marxismo, podrían explicar perfectamente esa limitación.) Nos referimos a las profundas raíces del movimiento obrero occidental en esa democracia, que no por ser «burguesa» deja de ser, ante todo, una conquista de la clase obrera, el fruto de una larga historia de luchas de clases jalonada de victorias y derrotas en torno, justamente, a objetivos democráticos. Esa necesidad de la democracia como marco más favorable para la lucha de la clase obrera bajo el capitalismo, que Lenin se esforzaba por explicar a los revolucionarios rusos antes de 1917 y a los

grupos «izquierdistas» de la Internacional Comunista a partir de 1920, era (y es) una necesidad perfectamente comprendida por las grandes masas del proletariado occidental. Puede decirse que es —y lo era ya medio siglo atrás— como una segunda naturaleza de ese proletariado. El primer partido político de la clase obrera, el partido cartista, se forma en la primera mitad del siglo pasado en torno a la lucha por el derecho de voto para las masas trabajadoras. Marx y Engels unen inseparablemente, desde el primer momento, la lucha por la democracia y la lucha por el socialismo. La democracia burguesa del siglo XX no es ni inherente a las exigencias del desarrollo capitalista, ni una simple conquista de la burguesía en su lucha contra el feudalismo; es, en grado considerable, si no decisivo, un producto de la lucha de clases entre proletariado y burguesía, la expresión en cada momento de un cierto equilibrio de fuerzas en esa lucha. Y por eso no se limita a una determinada forma de Estado —aunque el Estado sea la pieza capital—, sino que engloba, en una especie de coexistencia conflictiva o antagonista, las diversas formas de organización del movimiento obrero y de otros sectores sociales oprimidos. Tal vez este aspecto no aparece con suficiente claridad en Lenin. Y a veces el concepto de «democracia burguesa» es manejado demasiado abstractamente frente al manejo abstracto de la «democracia» a secas por Kautsky.

La insuficiente percepción de este aspecto de la relación entre movimiento obrero y democracia burguesa en Europa occidental puede explicar, tal vez —como hemos dicho en otro lugar (4)—, el excesivo optimismo con que Lenin prevé la ruptura del proletariado europeo con sus jefes «traidores», y su disposición a seguir la «táctica bolchevique». El restablecimiento de la democracia —prácticamente liquidada durante los años de guerra—, con su radicalización respecto a la expresión que tenía antes del conflicto (liquidación de la monarquía e instauración de la república, algunas reformas sociales, etcétera) aparecía ante el proletariado alemán

como un objetivo sumamente atractivo. Y algo análogo, según las condiciones concretas, sucedía en los otros países beligerantes de capitalismo desarrollado. Una estrategia de profundización de la revolución hacia el socialismo tenía que partir de este dato básico, de lo que era concretamente la experiencia histórica y, por consiguiente, la formación política e ideológica del proletariado occidental.

El movimiento real demostraría rápidamente que el bolchevismo no podía ser un «modelo de táctica» para todos. En cambio, lo que había sido creación espontánea del proletariado ruso en condiciones de crisis revolucionaria —primero en 1905 y luego en 1917— la forma soviética de organización y de lucha, en la que se fundían el momento político y el momento económico de la lucha de clases, los objetivos inmediatos y la tendencia a transformarse en clase dominante; esta creación espontánea del proletariado ruso sí fue adoptada y reproducida por los proletarios de Occidente en todos los países donde la crisis provocada por la guerra desembocó en revolución o en situaciones revolucionarias. (Aunque la práctica puso también en evidencia que la forma soviética no garantizaba por sí misma un desenlace de la lucha de clases a favor del proletariado.) Así nacía un nuevo tipo de democracia.

El impacto del soviétismo en el proletariado occidental se refleja en el propio texto de Kautsky, que rinde tributo al «grande y glorioso pasado de la organización soviética», y declara que «le está reservado un porvenir aún más magnífico, y no sólo en Rusia», porque «contra las fuerzas colosales de que dispone el capital financiero en el dominio económico y político los antiguos métodos de lucha económica y política del proletariado se revelan en todas partes insuficientes. Pero al mismo tiempo, Kautsky se pronuncia contra la transformación de la organización soviética en poder estatal, y niega al sistema político soviético instaurado por la revolución de Octubre la condición de dictadura del proletariado. Para Kautsky, la dictadura del proletariado —expresión que se resigna a aceptar únicamente por haber sido utilizada alguna vez por Marx (no en la única que Kautsky indica, pero sí, hay que reconocerlo, muy pocas veces)— es simplemente el «estado de cosas» resultante de que el

(14) Ver Fernando Claudin, *La crisis del movimiento comunista*, Ed. Ruedo Ibérico, París, páginas 34-39.

proletariado llegue a ser la mayoría de la población (premisa objetiva, producto ineluctable del desarrollo capitalista), y, a través del sufragio universal, conquiste en el Estado democrático el poder político (factor subjetivo, producto de la acción consciente del proletariado, de su maduración organizacional, política e ideológica). De hecho, ésta es la única idea teórica sobre la dictadura del proletariado que encontramos en una obra aparentemente consagrada a este tema, y cuyo título es «la dictadura del proletariado». Como no puede ilustrar su tesis con ningún ejemplo positivo (y al cabo de más de medio siglo sigue siendo imposible encontrar tal ejemplo), Kautsky la ilustra con el que, a su juicio, es la prueba *ab absurdo*: el sistema soviético. La disolución de la Asamblea Constituyente, la privación del derecho a voto a los miembros de las clases explotadoras derrotadas, la elección de los organismos soviéticos superiores por elecciones de segundo, tercero o cuarto grado, la elección según el principio del lugar de trabajo y no del territorial, la prohibición de los partidos políticos burgueses y, luego, de los partidos socialistas no bolcheviques, la composición sociológica de la población (mayoría aplastante del componente campesino) que de aplicarse consecuentemente la ley soviética daría lugar —argumenta Kautsky— a una dictadura campesina, y no a una dictadura proletaria; el conjunto de estos y otros aspectos y elementos del sistema soviético son retenidos y comentados por Kautsky para llegar a la conclusión de que el sistema soviético no es la dictadura del proletariado, sino de un partido que, en todo caso, tiene con él una fracción del proletariado. Por tanto, una forma política que no sea emanación del sufragio universal no puede ser dictadura del proletariado.

Según Lenin, la razón profunda de la oposición de Kautsky a que la organización soviética se convierta en organización estatal, y su negativa a reconocer a ésta la condición de dictadura del proletariado, reside simplemente en que Kautsky repudia la violencia revolucionaria, trata de esquivar por todos los medios la necesidad ineluctable de la revolución violenta en las condiciones del capitalismo llegado a su estadio imperialista, del desarrollo del militarismo y la burocracia. Estas condiciones, considera Lenin, cancelan

la hipótesis formulada por Marx en el año 1872 de que en Estados Unidos y en Inglaterra los trabajadores podían llegar al socialismo por medios pacíficos. En la época del imperialismo, la revolución no puede por menos de pasar por la lucha armada, la insurrección, la guerra civil. Y no sólo a escala nacional, sino internacional. Por tanto, la dictadura del proletariado no puede concebirse al margen de esas condiciones objetivas que determinan su configuración y funcionamiento. El pacifismo de Kautsky, observa Lenin, no le permite interrogarse siquiera sobre la eventualidad de que las clases explotadoras derrotadas o en trance de ser derrotadas en lugar de respetar el fallo del sufragio universal recurran a las armas y a la violencia de todas sus formas. La transformación de los soviets de antes de octubre en dictadura del proletariado no es el resultado de un plan bolchevique —viene a decir Lenin—, sino el resultado de la lucha entre la revolución y la contrarrevolución. Los bolcheviques han sabido comprender las exigencias de esta lucha y actuar en consonancia con ellas. No las han inventado. Para Lenin, el problema que está realmente sobre el tapete en la discusión con Kautsky, es el problema de la revolución. Lo esencial es saber si la revolución proletaria está o no al orden del día en la Europa y el mundo de 1918; si esta revolución, dadas las condiciones concretas en que se produce, puede avanzar y vencer de otra manera que no sea el enfrentamiento violento, hasta la guerra civil, de las clases en pugna; si el régimen (la dictadura del proletariado) salido de esa revolución en caso de victoria puede no reprimir por todos los medios los intentos que las clases derrotadas no dejarán de hacer para recuperar el paraíso perdido. Sólo abordando así el problema, a partir del movimiento real, se pueden dilucidar acertadamente aspectos parciales del proceso revolucionario global, como son el del tipo y la «dosis» de «democracia», el tipo y la «dosis» de «dictadura» en cada fase concreta de la lucha de clases. El problema de fondo es el de si se está o no con la revolución y la clave de toda la posición de Kautsky —plantea Lenin— es su renuncia a la revolución. Por eso no parte del movimiento real, sino de una determinada concepción «liberal», tanto de la democracia como de la dictadura; una concep-

ción pacifista y «liberal». Como el proceso efectivo de la lucha de clases no se ajusta al esquema de esa concepción, Kautsky puede sostener que la hora de la revolución proletaria no ha llegado. La revolución rusa —afirma— no es una revolución proletaria, sino burguesa. El 1789 ruso. Y al querer convertirla en proletaria, al querer imponer una dictadura del proletariado en un país abrumadoramente campesino, los bolcheviques han provocado la guerra civil y se han creado una situación insoluble. En lugar de dictadura del proletariado, y para impedir la dictadura del campesinado, lo que resulta es la dictadura de un partido, o incluso de un grupo, que sólo puede sostenerse con la liquidación de toda democracia y finalmente desembocar en una dictadura bonapartista. Las relaciones de producción capitalistas —considera Kautsky— no son suprimidas en realidad, sino que sus agentes son reemplazados por otros de origen obrero. La revolución agraria sobre la base de la cesión de la tierra a los pequeños propietarios no hace más que crear la base objetiva para la reproducción de las relaciones capitalistas, levantando un obstáculo insuperable a la transformación socialista.

Ahora bien, ¿qué quiere decir exactamente esa «renuncia» de Kautsky a la revolución, que Lenin zahiere con el epíteto de «renegado» cuando no, de «traidor»? Desde 1914 Kautsky «reniega», en efecto, algunas de sus tesis anteriores sobre la conexión entre la guerra imperialista que se veía venir y la revolución proletaria, sobre la desaparición del riesgo de revolución prematura en los países capitalistas industrializados, sobre la manera como el proletariado debía responder a la guerra imperialista, etc. «Renuncias» no pequeñas, desde luego, y que en su conjunto significan, prácticamente, la renuncia a la revolución concreta que se ponía al orden del día. Pero, por otra parte, en cuanto a la concepción general de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado que mantiene Kautsky en 1918, la concepción que constituye el basamento teórico de su ataque a los bolcheviques y a la revolución de Octubre, no hay renuncia alguna respecto a sus posiciones anteriores. No es casual que Kautsky pudiera incluir en *La dictadura del proletariado* un extenso y crucial fragmento de *El camino del poder*, tan apremiado por Lenin. Justamente aquél donde se argumenta «el método llamado pacífico de la lucha de clases, el que se limita al empleo de medios no militares, como el parlamento, las huelgas, las manifestaciones, los periódicos y otros medios de presión semejantes», para llegar a la conclusión de que allí «donde la democracia está arraigada», «la revolución proletaria, a diferencia de la revolución burguesa, podrá ser realizada por medios «pacíficos», de naturaleza económica, legislativa y moral, sin recurrir a medios de fuerza física». A renglón seguido de citar ese fragmento revelador de sus puntos de vista en 1909, Kautsky escribe: «Tal sigue siendo mi opinión actualmente.»

En cuanto a la forma de la dictadura del proletariado, todos los marxistas, desde Marx y Engels hasta Kautsky y Lenin, pensaban que sería la república democrática y parlamentaria. Las reflexiones de Marx sobre la Comuna no fueron desarrolladas ulteriormente, quedaron olvidadas, y Lenin no comienza a propugnar la forma soviética hasta entrada la revolución de 1917 (15). A esta nueva concepción no llega Lenin a partir de la teoría, sino de la nueva realidad creada por el genio revolucionario de las masas. Recurre a Marx y la Comuna cuando se ve obligado a polemizar con la posición tradicional y a dar a la nueva una fundamentación teórica marxista (en *El Estado y la revolución* y otros trabajos de los meses que preceden a Octubre).

La idílica visión que tenía Kautsky de la revolución socialista era producto de la práctica anestesiadora del movimiento obrero en un largo período de desarrollo relativamente pacífico y próspero del capitalismo. Esta práctica indujo a Kautsky y a otros marxistas relevantes a hipostasiar el profundo democratismo que penetra toda la teoría de la revolución de Marx, tanto en lo que respecta a las formas de lucha de la clase obrera bajo el capitalismo como a las formas de ejercer su dominación de clase; a hipostasiar ese de-

(15) En su artículo *Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa*, publicado en agosto de 1915, Lenin escribe: «La forma política de la sociedad en la que triunfe el proletariado derrocando a la burguesía será la república democrática» (tomo XXI, ed. cit., p. 311).

mocratismo aislándolo de su contenido de clase, conceptualizándolo en un ente fuera de tiempo y lugar, una «democracia» reguladora todopoderosa de la lucha de clases, no sometida a sus contingencias. La hipótesis del principio democrático va unida en Kautsky (como en la mayor parte de los teóricos marxistas de la Segunda Internacional) a la hipótesis del principio económico, justificándose recíprocamente. (Y llegando a su máxima conjugación en la teoría del ultraimperialismo.) Según la concepción kautskiana, lo mismo que el desarrollo económico del capitalismo crea automáticamente las condiciones materiales del socialismo, el desarrollo de la democracia burguesa —posible gracias al desarrollo económico y viceversa— crea automáticamente las condiciones políticas del socialismo. La revolución política es la fruta madura que cae del árbol de la revolución social una vez que sus raíces han penetrado hondamente, por todas partes, en el suelo capitalista, preparándolo óptimamente para el cambio cualitativo y dejándolo inerte para toda reacción defensiva. En esta concepción la guerra de 1914-1918 no cabía más que como un paréntesis de sangre y barbarie tras el cual había que proseguir la evolución «normal», el camino del desarrollo económico y democrático hacia el socialismo; en modo alguno como la forma bárbara y sangrienta que tomaba la crisis del sistema capitalista y el afloramiento de la revolución proletaria. Mientras Kautsky, en nombre de esa concepción economista, parlamentaria y pacifista de cómo *debía* ser la revolución socialista, niega la revolución real, en acto, y contribuye directamente a extinguirse en su principal foco europeo, Alemania, Lenin parte de esa revolución efectiva, concreta, modificando en consonancia con los problemas que plantea sus anteriores posiciones teóricas y concentrado todo el esfuerzo del partido en impulsarla hasta sus últimas consecuencias.

Aplicando ese método, Lenin modifica y completa su concepción de la dictadura del proletariado, compleja y dialéctica también como la de la democracia. El hilo conductor de la misma es ver la dictadura del proletariado como el producto de una fase determinada de la lucha de clases en condiciones de revolución; la fase del derrocamiento de las clases explotadoras, de conquista del po-

der por el proletariado y de utilización de ese poder para reprimir los intentos contrarrevolucionarios de las clases derrocadas e iniciar la construcción del socialismo. En tanto que producto de ese proceso la dictadura del proletariado tiene dos caras inseparables: dictadura para los explotadores y reaccionarios, democracia para los trabajadores. En su respuesta a Kautsky, Lenin argumenta la necesidad y el contenido de cada una de estas facetas. Si en lo que concierne a la primera la razón y la solidez de la posición de Lenin parecen evidentes, porque la realidad misma de cada día (como seguirá sucediendo hasta hoy) desmentía el bucólico cuadro de la lucha de clases en que se fundamentaba la estrategia kautskiana, respecto a la segunda faceta la concordancia entre los argumentos o afirmaciones de Lenin y la realidad no era, ni mucho menos, indiscutible. En su folleto contra Kautsky, Lenin nos describe una democracia de contenido proletario que implica derechos democráticos efectivos para la gran mayoría de la población, cuyo funcionamiento y estructuras permiten una intervención y un control de las masas imposibles en la más avanzada de las democracias burguesas. Esa descripción corresponde, sin duda, a un tipo de democracia efectivamente muy superior, cualitativamente, al de la democracia burguesa más avanzada. Todo el problema reside en si esa descripción refleja efectivamente el sistema soviético real.

Cuando Lenin escribe ese texto el partido bolchevique monopoliza el poder y es el único partido totalmente legal en el país y en los soviets. Los demás partidos socialistas (socialrevolucionarios, mencheviques y anarquistas) —sin hablar ya de los partidos burgueses— eran *de jure* o *de facto* ilegales o semilegales —salvo pequeños grupos— y habían sido eliminados de los soviets. Las masas trabajadoras que seguían a esos partidos —entre las que había fracciones no despreciables de la clase obrera y masas de campesinos pobres y medios— quedaban, si no excluidas totalmente de la democracia soviética, al menos en situación de inferioridad. Por otra parte, los imperativos de la guerra civil —militarización, disciplina de hierro, medidas draconianas— habían limitado extraordinariamente el funcionamiento democrático de los soviets. El aparato de los soviets —y cada vez más el aparato del par-

tido—reemplazaba desde el punto de vista del poder real a los organismos electos. Aunque la responsabilidad de este proceso recayera ante todo en las fuerzas contrarrevolucionarias interiores y exteriores, el hecho en sí constituía un dato primordial para calibrar el grado de democracia efectiva del sistema soviético en ese momento. Pero más grave tal vez como dato sintomático es que Lenin no parece inquietarse de los efectos negativos que ese proceso de militarización (resumiendo en este término todo un complejo de fenómenos) y la ilegalización de las otras tendencias sociales podían tener en el desarrollo efectivo de la democracia soviética. Ciertamente, en años posteriores, Lenin expresa cada vez más frecuentemente su inquietud ante la evolución del Estado soviético, ante su creciente burocratización y alejamiento de las masas. Pero cuando se trata de poner remedio Lenin no parece considerar que una de las causas principales reside en la falta de libertad política, tanto dentro de los soviets como en la sociedad rusa en general. Todo parece indicar que, a su juicio, la capacidad teórica y política del partido, y en particular de su dirección, podían compensar la liquidación de la democracia proletaria. Sin embargo, la evolución de la situación habría de confirmar cada vez más el premonitorio juicio de Rosa Luxemburgo, escrito en la cárcel, en el verano de 1918, coincidiendo prácticamente, por tanto, con los textos de Kautsky y Lenin: «Al ahogar la vida política en todo el país es inevitable que se paralice cada vez más en los soviets mismos. Sin elecciones generales, sin libertad ilimitada de prensa y de reunión, sin lucha libre entre las opiniones, la vida muere en todas las instituciones políticas, se convierte en apariencia de vida, quedando como único elemento activo la burocracia. Es una ley a la que nadie se sustrae... La vida pública se adormece poco a poco. unas cuantas docenas de jefes del partido, de inagotable energía y de idealismo sin límites, dirigen y gobiernan; entre ellos, la dirección está en realidad en manos de una docena de hombres de eminente inteligencia, y de cuando en cuando se convoca a una élite obrera para aplaudir los discursos de los jefes y votar a la unanimidad las resoluciones que le presentan. En el fondo, por tanto, es un gobierno de capilla, una dictadura, cier-

tamente, pero no la dictadura del proletariado, no: la dictadura de un puñado de políticos, es decir, una dictadura en el sentido burgués, en el sentido de la dominación jacobina...» (16).

Como vemos, Rosa Luxemburgo, la revolucionaria, coincidió en lo esencial con el «renegado» Kautsky al prever los peligros que acechan a la evolución del régimen si persiste la supresión de la libertad política. Rosa Luxemburgo, a diferencia de Kautsky, no negaba la necesidad de la violencia revolucionaria y comprendía perfectamente que situaciones de emergencia en el curso de una revolución son difícilmente evitables; a diferencia de Kautsky, estaba con la revolución de Octubre, por su defensa incondicional, y admiraba la audacia y la energía revolucionarias de los bolcheviques; a diferencia de Kautsky, creía que la revolución socialista alemana estaba al orden del día y junto con el grupo spartakista —convertido en partido comunista de Alemania a finales de 1918— luchó al precio de su vida por impulsarla. Pero su clarividencia marxista le permite comprender también las inevitables consecuencias de convertir en sistema de gobierno y de vida política los métodos justificados en condiciones de emergencia; la incompatibilidad de la dictadura del proletariado y de la edificación del socialismo con tales métodos.

No podemos entrar aquí en el gran tema de las causas de la degeneración del sistema soviético originario y de cuál es la naturaleza del sistema social salido de esa degeneración. Las discusiones e investigaciones a este propósito se inician con los primeros pasos del nuevo régimen —como muestran los dos textos recogidos en este volumen y otros del mismo período, en particular el escrito de Rosa Luxemburgo que acabamos de citar— y no han cesado todavía. No sólo no han cesado, sino que actualmente cobran nuevo vigor, debido, sin duda, a que la comprensión marxista de esa enorme y trágica experiencia es de vital necesidad para progresar en la lucha por una sociedad comunista, libre y fraternal, única alternativa real a la barbarie tecnificada. No podemos entrar

(16) Rosa Luxemburgo, *La revolución rusa*, Editorial Maspero, 1964, p. 65.

en ese tema y hemos de limitarnos a constatar que en el sistema actual, cuyos dirigentes presentan como socialismo desarrollado, persiste la división en clases dominantes y dominadas (aunque estas clases, en particular la dominante, tengan características estructurales y funcionales distintas de las de las clases en la sociedad capitalista); no se da la condición básica del socialismo: que los trabajadores sean dueños efectivos —y no sólo porque formalmente se proclama en la Constitución, cosa que es posible también en la sociedad burguesa— de los medios de producción y, en general, de sus condiciones de vida. Esta condición no puede darse sin una democracia política y social verdadera, plena, sin restricciones. Cosa que no existe en la URSS, como permite comprobar la más superficial observación empírica.

Por tanto, mientras la vía kautskiana, democrático-parlamentaria y pacífica al socialismo desemboca a menudo en derrotas y catástrofe para el movimiento obrero, desarmándolo frente al fascismo y la guerra; mientras esa vía, que después de la Segunda Guerra Mundial es adoptada, incluso, por los partidos comunistas, no ha conducido al socialismo en parte alguna, el régimen exaltado por Lenin, frente a los ataques de Kautsky, como primera encarnación histórica de la dictadura del proletariado evolucionaba hacia una nueva sociedad de clases. Parece, pues, como si la historia, en una de sus habituales jugarretas, hubiera dado la razón a Lenin contra Kautsky y a Kautsky contra Lenin. Pero tras esta paradoja hay una verdad profunda, una lección que todas las revoluciones —y todos los tiempos entre las revoluciones— enseñan al proletariado: con la sola democracia no puede vencer, no puede convertirse en clase dominante y marchar hacia la sociedad sin clases, pero sin la democracia aunque le parezca vencer es vencido, de su propio seno surge una nueva clase dominante y explotadora.

Evidentemente es más fácil tomar conciencia de esta antinomia que encontrar el método de su superación de la práctica, dependiendo como depende de las condiciones de cada época histórica, de cada coyuntura concreta, de cada país y de las relaciones internacionales. No cabe duda, sin embargo, que aunque lo esencial para encontrar soluciones sea la nueva práctica y la mejor comprensión

teórica de las nuevas condiciones, ambas requieren el enriquecimiento de la memoria del movimiento obrero, el conocimiento de los debates y experiencias pasadas. Y no a través de uno solo de los puntos de vista, como era habitual en la buena tradición sectaria de un cierto «marxismo-leninismo», sino con los textos de unos y otros. En este sentido conviene recuperar para esa memoria toda una serie de trabajos, condenados hasta ahora al olvido o a circular entre especialistas, de los principales teóricos de la socialdemocracia clásica, que con sus aciertos y errores son la expresión de toda una etapa histórica del desarrollo del movimiento obrero y del marxismo.

Considerados bajo esa óptica los dos textos aquí reunidos pueden ser de utilidad. Los problemas que discutían en 1918 los dos máximos representantes de las dos principales corrientes del movimiento obrero de inspiración marxista, siguen estando hoy sobre el tapete, y con más actualidad que nunca, aunque sea en una nueva situación que encierra grandes cambios respecto a la de medio siglo atrás. Pero es también una situación de crisis aguda del sistema capitalista mundial que pone a los partidos y organizaciones obreras ante opciones históricas de las que puede depender en gran medida que el capitalismo logre recuperarse una vez más, a costa de la explotación y los sufrimientos de las masas trabajadoras del mundo entero, o de que se vea obligado a ceder la plaza a un nuevo tipo de desarrollo social hacia el comunismo.

FERNANDO CLAUDIN

Publicado en ZONA ABIERTA,
nro. 8, 1976, España.-

Información/Solidaridad

7to. CONGRESO DE ORGANIZACIONES DE SOLIDARIDAD CON URUGUAY en Suecia.

El 5 y 6 de mayo de 1979 se reunió en la ciudad de Goteburgo el 7to. Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia. Con la asistencia de delegados de todos los comités integrantes del Congreso, y observadores de Casa del Uruguay y Asociación Uruguay, se resolvió, después de discutir los distintos puntos que integraron el temario del Congreso, volver a reunirse en la ciudad de Lund el 8 y 9 de setiembre próximos.

La discusión y adecuación de los Estatutos y Reglamento del Congreso, a los efectos de crear un organismo nacional que reúna instrumentos de ejecutividad y eficacia tendientes a mejorar la actual coordinación de actividades de los Comités, será el 1er. punto del Orden del Día del próximo Congreso.

Comité URUGUAY (URUGUAY-kommittén), de Lund.

El 18 de mayo ppdo., con la asistencia de 27 personas, convocadas por un grupo de ex-prisioneros políticos, fue constituido en Lund un Comité de Solidaridad cuyos objetivos son:

- a) desarrollar tareas de solidaridad y apoyo al pueblo uruguayo;
- b) bregar por la libertad de todos los presos políticos; y
- c) apoyar todas las formas de lucha contra la dictadura uruguaya.

Por una resolución posterior, y en Asamblea General, se decidió la integración del Comité URUGUAY de Lund (Uruguaykommittén) al "Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia".-

La dirección postal del URUGUAY-kommittén, Lund, es:

Fack 1569, 22101 Lund, Sweden

Daniel VIGLIETTI en Suecia.

Organizado por los URUGUAY-kommittén y el URUGUAY-bulletinen actuó en cuatro ciudades suecas: Stockholm, Göteborg, Lund y Växjö, acompañado por el cantor sueco J. HAMMARLUND, el cantor y poeta uruguayo DANIEL VIGLIETTI.

La recaudación de los 5 conciertos que ofrecieron Viglietti y Hammarlund, fue destinada al FONDO DE SOLIDARIDAD CON LOS PRESOS Y PERSEGUIDOS POLITICOS en Uruguay. El Fondo fue organizado y es administrado por las organizaciones integrantes del "Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia".-

INFORMACIÓN SUMARIA

eduardo mignona

"Prefiero una conciencia limpia, aunque me dure tres meses, y no la mera subsistencia en la indiferencia y el desprecio a lo que nos rodea."

Jorge Juan Escribano

Conocía sus desventajas, el terreno que pisaban sus zapatos brillosos y abotinados, la conversación que le esperaba y que podía reproducir de antemano sin temor a equivocarse. Sin embargo, sabía que no podía prescindir de ella; de nada podía prescindir aquella mañana. Lo aceptó con apatía y esperó frente al despacho. Al rato, la puerta se abrió sorprendiéndolo quieto y dispuesto a sonreír; a punto de inclinarse y saludar, y esperar que le devolvieran el saludo y le ofrecieran el servicio de una silla.

—¿Qué tal, doctor? —dijo amigablemente, con una pizca de entusiasmo y dejando ver, deliberadamente, lo improbable de su optimismo.

—Aquí estamos... —fue la respuesta del forense, mientras con su ademán le invitaba a tomar asiento—. Cuarenta y ocho horas en este gallinero son como veinticinco años de los suyos —hablaba con la boca abierta, esperando un bostezo que tardaba en llegar—. ¿Y usted, doctor?

El abogado pensó un momento lo que iba a contestar; después juntó las cejas y dijo.

—Vengo por un favor personal.

El forense sonrió; sus ojos celestes desaparecieron entre los pómulos rubicundos de gafés pampeanizado y un raso precoz, como arresto de la infancia, le adornó el rostro.

—Usted es como el diablo —dijo el forense—. Aparece en la tierra disfrazado de hombre solamente cada cien años; manicurado y con buen bigote, como debe ser en un caballero que apoya el taco en los sesenta.

—Me humilla, doctor, sabe que soy del veinte.

Por encima de sus manos cruzadas, el forense asintió sin dejar de sonreír. Se empeñaba en fingir un humor que había perdido vaya a saberse en que rato de la noche.

—Y dígame: ¿Quién le cuida el físico? —preguntó—. No me diga que es obra de un profesional; ahí se nota la mano de una muchacha quinceañera...

El abogado aceptó con humildad; cruzó las piernas y esperó. El terreno de las mujeres era vasto, florido, y con vericuetos, además de ser el predilecto del forense. En tanto la conversación avanzaba, olfateó la humedad del verano que inundaba la seccional: "Olor a mugre que viene de los calabozos y de los zapatos de la guardia —pensó—. Olor a radio vieja. Olor a mate frío". Fuera de su cabeza, el forense aprovechaba la posibilidad de tener un cliente en la mañana aburrida y pegajosa, y con voz lenta, pereza, le sonreía al recuerdo de la sala de terapia intensiva del Clínicas, donde se había permitido el disparate de innumerables y fraternales enfermeras. Cuando el monólogo bordeó el tope de una úl-

tima historia, el forense pareció advertir que si el diablo había descendido a la tierra, sus motivos tendría. Se lo preguntó y aguardó, con paciencia, la larga pausa que hizo el abogado antes de contestar.

—Es por la hija, doctor —dijo el abogado—. Cosa de muchachos que según van creciendo nos desilusionan cada día un poco; ya se sabe. Pero como uno los echó al mundo... —se interrumpió para forzar a fondo el tono irresoluto—. Tal vez usted pueda ayudarme; sé agradecer.

Por la puerta entreabierta asomó la cara grisácea de un cabo. El forense se volvió hacia él y alzó los hombros; la mano ancha y colorada, dispuesta a responderle al abogado, quedó suspendida en el aire. ¿Quedamos así? —preguntó el cabo, enganchado en el filo de la puerta e inclinándose levemente la cabeza y la peinada oscura, goteada aún de tan reciente—. ¿Así, cómo? Hablá, el doctor es amigo —contestó el forense—. Asado al horno, con papas y verdura —explicó el cabo—. La mano del forense se dobló con parsimonia y apuntó luego hacia la puerta: Está bien —dijo marcando las palabras—; pero a las doce, no a las dos de la tarde. Después se volvió hacia el abogado y se disculpó con una sonrisa mientras trataba de rastrear la charla.

—Su hija... Dígame —repetió sin saber si hablaba de una viuda o de una niña de pecho—. Cuente conmigo: hay una vieja obligación entre nosotros y algo me dice que estoy en deuda. Hable tranquilo.

—No se trata de eso, ya le dije. La profesión a un lado. Recorro a usted como amigo, sin pensar en usar la relación. ¿Me entiende? Los negocios están a un costado. No vengo en nombre de ninguna deuda pendiente —el abogado hablaba con premeditada lentitud—. Ampliando el recuerdo de las deudas y omitiéndolas sin aceptar el regateo. Apoyado en los favores privados y contabilizados, pero rechazando la oferta: con la austera habilidad de tantos años de profesión.

—Vamos, doctor, no es necesario dar tantas vueltas —protestó el forense—. Usted y su hija están metidos en algún embrollo. Vea: fumemos y me lo cuenta.

El abogado aceptó con la cabeza pero rechazó el cigarrillo. En algún cuarto cercano, una máquina de escribir había comenzado a tabletear.

—Pasó una desgracia —dijo lentamente el abogado—. Anoche en viaje desde la facultad atropellé a un hombre con mi auto... Ya se sabe, las mujeres siempre manejan mal. Pero aún si son meno-

res de edad —hubo un kilómetro de silencio; al cabo, continuó—. Se bajó para socorrerlo pero ya estaba muerto. Incrustado en el radiador. Reventado —tomó aire y agregó con aprensión—. Una carnicería.

El forense lo miraba a través del humo, jugando con los dedos sobre el filtro achatado y húmedo del cigarrillo. Recorriendo en zig-zag las solapas celestes y cruzadas, el cuello almidonado de la camisa, el nudo diminuto y saltón de la corbata. Cuando el humo fue una cortina intraspasable, acomodó el espinazo en el sillón y preguntó, o afirmó, daba igual —sonó igual.

—¿La vieron?

El abogado asintió con la cabeza:

—Había gente. Fue frente al Bellas Artes. Gente que andaba por ahí y se acercó. Parece que pasó de largo uno de esos semáforos —la mano del abogado se deslizó por el borde del escritorio imitando la dirección del automóvil. Su cintillo rozó la madera: tic-tic—. Un desastre. Llegó la policía y se la llevó a la 40ª. Mi esposa está desesperada.

El modesto sonido de la máquina de escribir cesó sin avisar, desguarneciendo el rumor de alguna voz, femenina y desprotegida; lejana. En seguida se escuchó el ruido áspero de un papel resbalando por el rodillo y una orden ronca, reclamando una firma.

El forense estiró los huesos; apoyó sus palmas sobre el escritorio y se alzó. El abogado lo siguió con la mirada: Era un gigante rubio y fofo al que el entrenamiento nocturno en alguna desolada cancha de rugby no le había hecho ningún favor. Aquel cuerpo irreparable, recortado en el perfil por los pliegues poco sólidos que le estiraban la camisa y el cintillo, parecía ser el "antes" ideal de algún aviso para grageas diuréticas. A pesar de ello, alguna mujer le admiraría en secreto la espalda; siempre ocurre.

—Veremos —dijo el forense—. No creo que implanten la silla eléctrica de un día para el otro. Hágame el favor de esperar —volvió a desperezarse y salió del despacho. Cuando regresó, el abogado sorbía un café con desgano. A su espalda, el cabo pegaba una etiqueta en el lomo de un bibliorato.

—Calma en el gallinero —dijo el forense, sentándose otra vez—. El fulano al que atropelló su hija era un vago con más entradas que Villarino. Pudo haberse liquidado de cualquier manera —el cabo dejó caer el bibliorato en una mesa y salió—. Diría que tuvimos suerte —con-

tinuó el forense—: La gente de la 40ª es medio pariente nuestro. Además, el comisario en persona se está encargando del asunto. De todas formas, hay un trámite que hacer —sonrió y agregó—. Usted se encarga.

El abogado estiró el cuello y dijo que sí con la cabeza. Nadie hablaba fuera del despacho, ninguna voz, ningún ruido; solamente unos pasos lentos recorriendo el pasillo y el golpe del lampazo pasándole la lengua a las baldosas percutidas. El olor a radio vieja comenzaba a ocultarse tras la acaroina.

—Le vamos a entregar un sobre con unos documentos para que se los alcance al oficial de guardia de la 40ª —dijo el forense—. Él ya está al tanto. Lo va a estar esperando: Los documentos pertenecen a un tal Villalbita —el forense acercó la cara al centro del escritorio y continuó—. Cuando el oficial se los deje ver, usted nos hace el favor de decirle a su hija que preste la debida atención a la fotografía. En adelante, ése es el fulano que ella atropelló. ¿Me entendió?...

El abogado se pasó la mano por el pelo cepillado y renegrido de la patilla y volvió a cabecear.

—El otro vago no cruzó nunca frente al Bellas Artes —aclaró el forense—. Por lo menos, no anoche.

Estuvieron un momento sin hablarse. Pendientes de alguna palabra que sobra o no encajara en la explicación; hurgando un posible desliz, como ante un truco de magia doméstica.

—Ya ve, doctor —dijo finalmente el forense—. Es favor por favor.

—No, doctor, es favor a secas —corrigió el abogado—. No cambiemos las cosas.

—Las cosas no las cambia nadie, es cuestión de ordenarlas con prolijidad para que nos sean de utilidad a todos.

En algún lugar indescifrable, los resortes de la vieja máquina habían comenzado a tensarse, quejosos y monótonos, otra vez. El abogado pensó que alguien estaba escribiendo lo que debía decir. Esquivó el humo del cigarrillo agónico y aceptó:

—Uno tiene familia.

Primera mitad del combate: Draw. Se miraron y estuvieron de acuerdo con el fallo. Pausa. Último e innecesario sorbo al café frío; borra; ejercicios respiratorios, y fintas otra vez. El cabo volvió a atravesar la puerta del despacho.

—El tal Villalbita está muerto. Como se imaginará —dijo el forense—. Lo acertaron con varias descargas en un grill de

provincia. Lo conocí cuando ya estaba en la heladera —el cintillo golpeó nuevamente sobre el escritorio: tic—. Le hice una autopsia breve: El hijo de un oficial estudia medicina y vino con otros practicantes. Querían ver como queda la piel por dentro cuando se acierta con una 7.65 —en medio de los dos hombres se entrometió un brazo corto; apenas una manga de camisa color beige: Si no fuera por nosotros —apuntó el cabo—, usted se muere de hambre, doctor. El forense ignoró la voz y la mano que se alejaba con el pocillo. Hizo un gesto ambiguo y siguió—. Fue inútil. Había ciertas reservas con el cadáver de Villalbita; sin embargo, traté de que los pibes no se fueran con los portafolios vacíos...

Mientras consentía en escuchar la explicación del forense, la mano del abogado, escabullida bajo el escritorio, se deslizaba con suavidad sobre la hinchazón dolorida del empeine; tanteaba y recorría la curva inútil y la protuberancia del hueso que, inexorablemente, deformaba sus zapatos.

—Ya se sabe qué piensa la muchachada. Prefieren los muertos a los vivos. Es endopático —acabó diciendo el forense.

—Una gran tristeza.

Por el largo corredor avanzaron unos pasos desaparejos, entrefrenados: algo, o alguien, iba siendo arrastrado. "Una bolsa con papas para la comida de las doce" —pensó el abogado—.

—Aquí vienen, cortan lo que quieran cortar, y se van. Yo los dejo. En otras seccionales, no se. Igual te van a odiar hasta el día que se reciban —el forense hablaba con la boca abierta de par en par; entre lo que parecía ser una ancha y obvia sonrisa—. Entonces pierden la voluntad: Y los mismos que te acusaban de verduguear, y de usar el estetoscopio con las embarazadas antes de autorizar la picana, se presentan a todos los concursos a pelearse el puesto.

El abogado se metió en la pausa que siguió a la última palabra. No sabía si el forense tenía pensado continuar.

—En serio: Una gran tristeza —dijo al rato.

Una puerta se abrió y se cerró en algún recodo del patio; dos veces y con el mismo chirrido. Un momento después, los pasos desandaban el corredor; con naturalidad. El forense se rascó el cuello con torpeza, y dijo:

—El caso es que el tal Villalbita era un mano dura. Y ya se sabe cómo acaban los mano dura. Si uno les da tiempo.

sacan la matraca y rompen todo —tic—. Naturalmente, no estoy hablando del patotero de esquina que sólo se anima a envenenar el cocker spaniel a alguna vieja loca de la cuadra...

"Vaya a la mierda todo: El cocker y los bastardos. Mi hija estará sentada en un banco; sin saber qué va a pasar."

—No, doctor —reiteró el forense—. Me-
rer arsénico en el esófago de un perro
es una pendejada. Me estoy refiriendo a
un mano dura en serio.

El abogado sonrió. Después inclinó la
cabeza, y dijo con tono respetuoso:

—Está hablando como un policía,
doctor.

Se quedaron mirando otra vez. Sin apu-
ro; indultándose mutuamente. Un agente
joven y lampiño pidió permiso para entrar
y dejó el sobre con los documentos en
un ángulo del escritorio.

—Para terminar —dijo por fin el fo-
rense—. Al Villalbita, o lo que quedó de
él, se lo comieron los caballos de la mon-
tada. Así es la cosa. Pero su apellido y
su fotografía se conservó en el fichero;
esperando ser útil a quien lo merezca.
Como usted —alzó el índice y lo seña-
ló—, o su hija, en este caso...

El abogado sintió que sudaba. Sacó el
pañuelo y lo dejó apoyado en el bigote.

—En una palabra, doctor —remató el
forense—: El Villalbita no tiene tía que
lo lllore, y es todo suyo. En atención por lo
que usted ya sabe.

—Vamos, no insista —se quejó el abo-
gado—. Me va a hacer pensar que sólo
me echa una cuarta para quedar a mano.

El forense tomó un cigarrillo y se lo
llevó a los labios. Antes de encenderlo,
apoyó el puño cerrado sobre la boca y
así se quedó; impassible. Pensando en
algo que no valía la pena repetir o con-
testar. Con el borde levemente desgas-
tado de la camisa a la vista y los ojos
fijos en el techo del cuarto, como si hu-
biera estrellas.

—El gallinero no está para dejar cosas
pendientes —dijo como recordando—. Hay
que estar en paz. ¿Quién dice que a uno
no le den tiempo para desfondar una ino-
fensiva botella de Ballantine?

—Desde luego, doctor, no hay garan-
tías —asintió el abogado—. A mí me pasa.

—¿A usted le pasa, doctor? —pregun-
tó el forense fingiendo desasosiego—.
Entonces me equivoqué: usted no es el
mismísimo diablo.

Rieron los dos a la vez festejando la
comprobación. Una chicharra sonó larga
y monótona desde el parlante del inter-
comunicador. El abogado la recibió con
entusiasmo: aquél timbrado podía señalar
el final del último round, y a esa altura,
sentía que había ido perdiendo estilo. El
forense empujó el cajón semiabierto del
escritorio con la corpulencia de su vien-
tre, y con un ademán distraído señaló el
sobre. El abogado estiró el brazo y lo
tomó. Se pusieron de pie y salieron al pa-
sillo; mientras cruzaban el embaldosado
de la guardia, el forense juntó los homó-
platos y abrió la boca para sostener un
largo y tentador bostezo.

—Así está la cosa —dijo el forense,
nunca menos atlético.

Unos pasos cortos y retumbantes sona-
ron en el zaguán: el cabo del peinado
grasiento y achatado venía de la calle
trayendo un paquete mal envuelto. Entre
los dobleces del papel de diario, una ra-
mita de hinojo; florecida y verde, como
los árboles del tiempo, asomaba indómi-
ta. El abogado advirtió la mirada del cabo
y se sintió obligado a un saludo. En se-
guida se volvió y tendió su mano hacia
el forense.

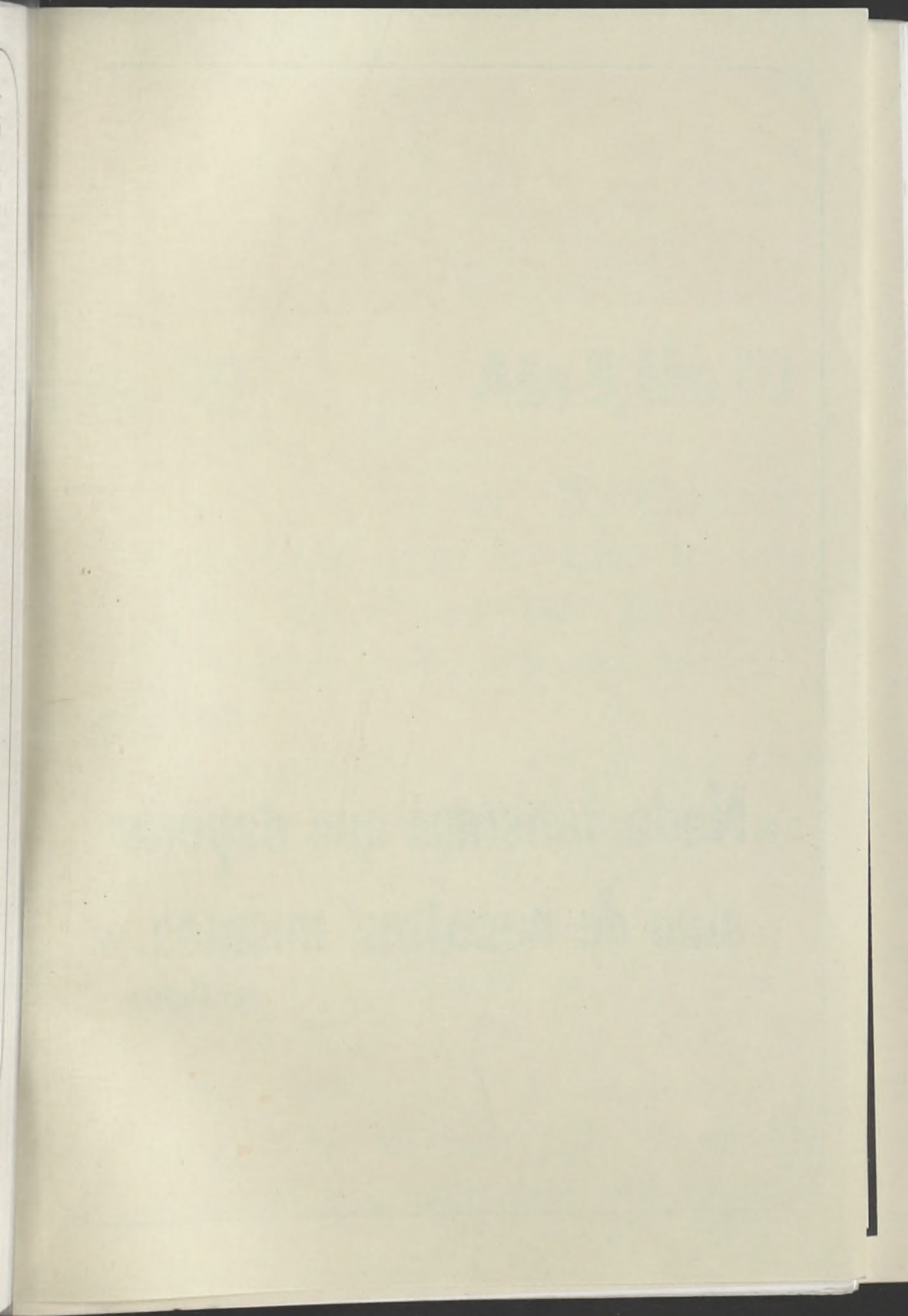
—Le doy las gracias por todo, doctor
—dijo.

La máquina de escribir continuaba ta-
bleteando; sin descanso y en el mismo
lugar indescifrable. Al llegar a la calle,
escuchó detrás suyo el leve ruido de la
puerta del despacho al entornarse. No le
hizo caso. Apretó el sobre con los docu-
mentos y siguió caminando. Sabía que
una caja de whisky escocés bastaba para
abrir otra vez aquella puerta. Sin embar-
go, un último y desalentador pensamien-
to, lo llevó a suponer que los ciento vein-
te kilos del forense, se podían venir aba-
jo como la carpa de un circo. Sin ninguna
explicación y en cualquier momento.

(Sin computar el balazo que en la es-
palda del forense, firmaría, una semana
después, un mes después, un año des-
pués, el Comando Villalba.)

Publicado en *Crisis*, nro 5
setiembre 1973





**«Nada tenemos que esperar
sino de nosotros mismos.»**

Artigas



URUGUAY-bulletinen, Box 754, och
APORTES, Box 760, 220 07 LUND, SWEDEN

Compañero (a):

"aportes" es una revista independiente de partidos u organizaciones políticas.- Su edición responde a la necesidad de información que tienen los uruguayos en el exilio, sobre el desarrollo político y social en nuestro país.

Ahora, al comenzar un nuevo período (el tercero), con un tiraje de 600 ejemplares y 8 números publicados durante los años 1977 y 1978, estamos efectuando una campaña financiera que nos permita seguir editando APOR-
TES.

Respondiendo a nuestro llamado a suscribirse a la Revista y a la vez hacer - más suscriptores, se nos han enviado direcciones de compañeros que podrían estar interesados en recibir APOR-
TES.

El número que enviamos junto a esta circular, permite conocer la Revista y los criterios que usamos para la selección de artículos y notas.

